

Akal Pensamiento crítico

DESPUÉS DEL IMPERIO

**ENSAYO SOBRE LA DESCOMPOSICIÓN
DEL SISTEMA NORTEAMERICANO**

Emmanuel Todd

2.^a EDICIÓN



Akal / Pensamiento crítico / 12

Emmanuel Todd

Después del imperio

**Ensayo sobre la descomposición del sistema
norteamericano**

Traducción: José Luis Sánchez-Silva



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

No habrá un imperio norteamericano. El mundo es demasiado vasto, demasiado diverso, demasiado dinámico para aceptar la dominación de una sola potencia. El examen de las fuerzas demográficas y culturales, industriales y monetarias, ideológicas y militares que están transformando el planeta no confirman la percepción, hoy banal, de unos Estados Unidos invulnerables. Emmanuel Todd nos propone en estas páginas una descripción realista de una gran nación cuya potencia ha sido indiscutible, pero cuyo declive relativo parece irreversible. Los Estados Unidos, antaño indispensables para el equilibrio mundial, ya no pueden mantener su nivel de vida sin los subsidios del mundo.

Los Estados Unidos intentan enmascarar su retroceso mediante una actividad militar teatral dirigida contra países insignificantes. La lucha contra el terrorismo, Irak y el «eje del mal» no son más que pretextos. Al carecer de las fuerzas necesarias para controlar a los principales actores económicos y estratégicos que son Europa y Rusia, y China y Japón, los Estados Unidos perderán esta última partida por el dominio del mundo y se convertirán en una potencia más.

«El más influyente y más debatido de los textos antiamericanos.»

Adam Gopnik, *The New Yorker*

«Un libro que merece la pena ser leído.»

Gerald Horne, *Political Affairs*

«Recomendaría este libro a cualquier lector preocupado por el imperialismo estadounidense.»

Clare Short, *New Statesman*

Emmanuel Todd es diplomado del Instituto de Estudios Políticos de París (Francia) y doctor en historia por la Universidad de Cambridge. Historiador, demógrafo y sociólogo de fama mundial, en Akal ha publicado *Después de la democracia* (2010) y, junto a Youssef Courbage, *Encuentro de civilizaciones* (2009).

Diseño de portada

RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

1.^a edición: marzo 2003

2.^a edición: enero 2012

Título original

Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain

© Éditions Gallimard, 2002

© Ediciones Akal, S. A., 2012

para lengua española

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3968-6

Para Magaly

APERTURA

Los Estados Unidos se están convirtiendo en un problema para el mundo. Antes estábamos más acostumbrados a ver en ellos una solución. Durante medio siglo fueron garantes de la libertad política y el orden económico, pero en la actualidad se están transformando en un factor de desorden internacional cada vez más preocupante, puesto que no dudan en alimentar la incertidumbre y el conflicto siempre que pueden. Hoy, exigen que todo el planeta reconozca que ciertos Estados de importancia secundaria constituyen un «eje del mal» que debe ser combatido y aniquilado: el Iraq de Sadam Husein, vocinglero pero insignificante como potencia militar, la Corea del Norte de Kim Jong-il, primer (y último) comunismo en instituir una sucesión por primogenitura, un residuo de otra época llamado a desaparecer sin intervención exterior alguna. Irán, otro blanco recurrente, es un país importante desde el punto de vista estratégico, claramente inmerso en un proceso de apaciguamiento interno y externo. Sin embargo, el gobierno norteamericano lo estigmatiza obsesivamente como miembro de pleno derecho de ese eje del mal. Los Estados Unidos provocaron a China bombardeando su embajada en Belgrado durante la guerra de Kosovo y atiborrando de micrófonos fácilmente localizables un Boeing destinado a sus dirigentes. Entre tres abrazos públicos y dos acuerdos de desarme nuclear, también provocaron a Rusia patrocinando, a través de Radio Free Europe, emisiones en lengua chechena, enviando consejeros militares a Georgia y estableciendo bases permanentes en la antigua Asia central soviética; es decir, en las mismas narices del ejército ruso. Finalmente, la guinda teórica de ese militarismo febril: el Pentágono ha filtrado documentos sobre posibles ataques nucleares a países no nuclearizados. El gobierno de Washington aplica así un modelo estratégico clásico pero inadaptado a una nación de escala continental, la «estrategia del loco», que consiste en presentarse como irresponsable ante los adversarios potenciales para intimidarlos. En cuanto al famoso escudo espacial, que rompería el equilibrio nuclear y permitiría a Estados Unidos reinar sobre el resto del

mundo mediante el terror, con él nos introducimos en un universo digno de la ciencia ficción. ¿Cómo sorprenderse ante la nueva actitud de desconfianza y miedo que embarga, uno tras otro, a todos aquellos que basaban su política exterior en un axioma tranquilizador: la única superpotencia es ante todo responsable?

Los aliados y clientes tradicionales de Estados Unidos están tanto más inquietos cuanto más cerca se encuentran de las zonas designadas por su líder como sensibles. Corea del Sur recuerda continuamente que no se siente amenazada por su vecino paleocomunista del Norte; Kuwait afirma que ya no tiene contencioso alguno con Iraq.

Rusia, China e Irán, tres naciones cuya prioridad absoluta es el desarrollo económico, tienen una sola preocupación estratégica: resistir a las provocaciones estadounidenses, no hacer nada; y lo que es más, actualmente militan por la estabilidad y el orden mundial, algo que hubiera sido inconcebible hace sólo diez años.

Por su parte, los grandes aliados de Estados Unidos están cada vez más perplejos, se sienten cada vez más incómodos. En Europa, donde sólo Francia se jactaba de su independencia, observamos con cierta sorpresa a una Alemania irritada y a un Reino Unido, fiel entre los fieles, claramente inquieto. Al otro lado de Eurasia, el silencio de Japón expresa un malestar creciente más que una adhesión sin fisuras.

Los europeos no comprenden por qué Estados Unidos se niega a resolver la cuestión palestino-israelí, cuando tiene un poder absoluto sobre la misma. Empiezan a preguntarse si, en el fondo, Washington no estará satisfecho con la existencia de un foco de tensión perpetuo en Oriente Próximo y con la creciente hostilidad que los pueblos árabes manifiesten hacia el mundo occidental.

La organización Al Qaeda, un hatajo de terroristas desequilibrados y geniales, ha emergido de una región definida y limitada del planeta, Arabia Saudí, aunque Bin Laden y sus lugartenientes hubiesen reclutado a algunos tráfugas egipcios y a un puñado de colgados procedentes de los suburbios de Europa occidental. Los Estados Unidos se esfuerzan, no obstante, en transformar a Al Qaeda en una potencia tan estable como maléfica, el «terrorismo», omnipresente —de Bosnia a Filipinas, de Chechenia a Pakistán, del Líbano a Yemen—, legitimando así cualquier acción punitiva, en cualquier momento y en cualquier lugar. La elevación del terrorismo al

estatus de fuerza universal institucionaliza un estado de guerra permanente a escala planetaria: una cuarta guerra mundial, según ciertos autores norteamericanos que ya no tienen reparos en hacer el ridículo considerando la guerra fría como la tercera^[1]. Es como si los Estados Unidos buscasen, por una razón oscura, el mantenimiento de cierto nivel de tensión internacional, de una situación de guerra limitada pero endémica.

A tan sólo un año del 11 de septiembre, esta percepción de Estados Unidos resulta paradójica. Durante las horas que siguieron a los atentados contra el World Trade Center fuimos testigos de la dimensión más profunda y simpática de la hegemonía americana: un poder aceptado en un mundo que admitía, muy mayoritariamente, que sólo la organización capitalista de la vida económica y democrática de la vida política eran razonables y posibles. Entonces vimos claramente que la fuerza principal de Estados Unidos era su legitimidad. La solidaridad de las naciones del mundo fue inmediata; todas condenaron el atentado. Entre los aliados europeos brotó un deseo de solidaridad activa que se expresó en la implicación de la OTAN. En cuanto a Rusia, no desperdició la oportunidad de demostrar que, por encima de todo, deseaba mantener buenas relaciones con el Oeste. No en vano, proporcionó a la Alianza del Norte afgana el armamento que necesitaba, y abrió a las fuerzas armadas estadounidenses el espacio estratégico indispensable en Asia central. Sin la participación activa de Rusia, la ofensiva americana en Afganistán hubiera sido imposible.

El atentado del 11 de septiembre ha fascinado a los psiquiatras: la revelación de la fragilidad de Estados Unidos causó inestabilidad en todas partes, no sólo entre los adultos, sino también entre sus hijos. Una verdadera crisis psíquica puso de manifiesto la arquitectura mental del planeta, de la que Estados Unidos, única pero legítima superpotencia, constituía una especie de clave de bóveda inconsciente. Proamericanos y antiamericanos eran como niños privados de la autoridad que tanto necesitaban, ya fuese para someterse a ella o para combatirla. En suma, el atentado del 11 de septiembre reveló el carácter voluntario de nuestra servidumbre. La teoría del *soft power* de Joseph Nye quedaba ampliamente verificada: los Estados Unidos no reinaban solamente, ni siquiera principalmente, por las armas, sino por el prestigio de sus valores, de sus instituciones y de su cultura.

Tres meses más tarde, el mundo parecía haber vuelto a su equilibrio normal. Los Estados Unidos habían vencido, volvían a ser omnipotentes gracias a la fuerza de unos cuantos bombardeos. Los vasallos volvían a sus asuntos, esencialmente económicos e internos. Los contestatarios se disponían a retomar, en el punto en que la habían dejado, su eterna condena del imperialismo americano.

Todo el mundo esperaba que la herida del 11 de septiembre —bastante relativa si pensamos en las experiencias europea, rusa, japonesa, china o palestina de la guerra— acercase a Estados Unidos al común de los mortales, lo hiciese más sensible a los problemas de los pobres y los débiles. El mundo tuvo un sueño: el reconocimiento de todas las naciones, o casi todas, de la legitimidad del poder estadounidense iba a conducir a la emergencia de un verdadero imperio del bien, el planeta dominado aceptaría un poder central, los dominadores norteamericanos se someterían a la idea de justicia.

Pero entonces el comportamiento internacional de Estados Unidos empezó a cambiar. A lo largo del año 2002, vimos resurgir la tendencia a la unilateralidad, ya manifiesta durante la segunda mitad de la década de los 90, con el rechazo de Washington, en diciembre de 1997, del Tratado de Ottawa que prohibía las minas antipersonas y, en julio de 1998, del acuerdo para la creación de una Corte Penal Internacional. La historia parecía volver a su curso anterior con el rechazo de Estados Unidos del protocolo de Kyoto sobre las emisiones de gas carbónico.

La lucha contra Al Qaeda, que, si hubiese sido dirigida modesta y razonablemente, hubiera consolidado la legitimidad de Estados Unidos, puso de manifiesto su irresponsabilidad. La imagen de unos Estados Unidos narcisistas, sobreexcitados y agresivos reemplazó, en algunos meses, la de la nación herida, simpática e indispensable para nuestro equilibrio. Y en ese punto nos encontramos. Pero ¿dónde nos encontramos realmente?

Lo más inquietante de la situación actual es, en el fondo, la ausencia de un modelo explicativo satisfactorio para el comportamiento norteamericano. ¿Por qué la «superpotencia solitaria» ya no es, conforme a la tradición establecida tras la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente bonachona y razonable? ¿Por qué es tan activa y desestabilizadora? ¿Porque es omnipotente? O, por el contrario, ¿porque siente cómo se le escapa el mundo que está a punto de nacer?

Antes de proceder a la elaboración de un modelo explicativo riguroso del comportamiento internacional de Estados Unidos, tenemos que deshacernos de la imagen estandarizada de una nación cuyo único problema sería el exceso de poder. Los antiamericanos profesionales no nos serán de ninguna utilidad en nuestro empeño, pero los pensadores del *establishment* serán guías muy seguros.

RETORNO A LA PROBLEMÁTICA DEL DECLIVE

Los antiamericanos estructurales nos proponen su respuesta habitual: los Estados Unidos, encarnación estatal de la malignidad del sistema capitalista, son malos por naturaleza. Éste es un gran momento para los antiamericanos de toda la vida, admiradores o no de pequeños déspotas locales como Fidel Castro, hayan comprendido o no el fracaso inapelable de la economía dirigida, puesto que por fin pueden invocar sin ruborizarse una contribución negativa de los Estados Unidos al equilibrio y la felicidad del planeta. No nos engañemos, la relación con la realidad y con el tiempo de esos antiamericanos estructurales es la de los relojes parados que, lógicamente, siguen dando la hora dos veces al día. Por otra parte, los más típicos son americanos. Quien lea los textos de Noam Chomsky, no encontrará en ellos conciencia alguna de la evolución del mundo. Nada ha cambiado: los Estados Unidos siguen siendo los que eran antes del desmoronamiento de la amenaza soviética: militaristas, opresivos, falsamente liberales, lo mismo hoy en Iraq que hace un cuarto de siglo en Vietnam[2]. Pero, según Chomsky, los Estados Unidos no son solamente malos, sino también omnipotentes.

En un estilo más cultural y moderno, podemos mencionar *Jihad vs. McWorld*, de Benjamin Barber, que nos presenta el cuadro de un mundo asolado por el enfrentamiento entre una despreciable infracultura americana y unos no menos insoportables tribalismos residuales[3]. Pero la victoria anunciada de la americanización sugiere que, más allá de su postura crítica, y sin ser plenamente consciente de ello, Benjamin Barber es otro nacionalista americano. Él también sobrestima el potencial de su país.

En ese mismo registro sobrevalorativo encontramos la noción de *hiperpotencia* americana. Cualquiera que sea la opinión que nos inspire la política exterior desarrollada por Hubert Védrine cuando era ministro de

Asuntos Exteriores, hay que admitir que ese concepto que tanto le gusta más que iluminar a los analistas, los ciega.

Esas interpretaciones no nos ayudarán a comprender la situación actual. Todas ellas dibujan a unos Estados Unidos exagerados, a veces en la dimensión del mal, siempre en la del poder, y nos impiden descifrar el misterio de la política exterior norteamericana, porque la solución debe buscarse en su *debilidad* y no en su poderío. La trayectoria estratégica errática y agresiva, en suma, las maneras de borracho de la «superpotencia solitaria», sólo pueden explicarse de manera satisfactoria mediante la comprensión de ciertas contradicciones no resueltas o insolubles, y de los sentimientos de inferioridad y miedo que se derivan de ellas.

La lectura de los análisis publicados por el *establishment* americano es más reveladora. Más allá de todas sus divergencias, encontramos, en Paul Kennedy, Samuel Huntington, Zbigniew Brzezinski, Henry Kissinger o Robert Gilpin la misma visión comedida de una nación que, lejos de ser invencible, *debe gestionar la inexorable reducción de su poder relativo en un mundo cada vez más poblado y desarrollado*. Los análisis del potencial norteamericano son diversos: económico en Kennedy o Gilpin, cultural y religioso en Huntington, diplomático y militar en Brzezinski o Kissinger. Pero en todos los casos nos encontramos frente a una representación inquieta de la fuerza de Estados Unidos, cuyo poder sobre el mundo parece frágil y amenazado.

Kissinger, al margen de su fidelidad a los principios del realismo estratégico y de la admiración que siente por su propia inteligencia, hoy por hoy carece de una visión de conjunto. Su última obra, *Does America need a Foreign Policy?* no es más que un catálogo de dificultades locales[4]. Pero en *The Rise and Fall of Great Powers*, una obra de Paul Kennedy ya antigua, pues data de 1988, encontramos una descripción muy útil de un sistema norteamericano amenazado de *imperial overstretch*, cuyo desproporcionado despliegue militar y diplomático se deriva de una pérdida de potencial económico relativo[5]. Samuel Huntington publicó en 1996 *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, versión larga de un artículo aparecido en 1993 en la revista *Foreign Affairs* cuyo tono es francamente depresivo[6]. Al leer su libro, a menudo nos asalta la impresión de tener en las manos un pastiche estratégico de *El declive de Occidente*, de Spengler. Huntington llega a poner en cuestión la universalización de la

lengua inglesa, y recomienda un modesto repliegue de Estados Unidos sobre su alianza con Europa occidental, es decir, con el bloque católico-protestante, rechazando a los «ortodoxos» del Este de Europa y abandonando a su suerte a otros dos pilares del sistema estratégico norteamericano, Japón e Israel, marcados con el sello de la otredad cultural.

La visión de Robert Gilpin combina consideraciones económicas y culturales; es muy universitaria, muy prudente, muy inteligente. Gilpin, que cree en la persistencia del Estado-nación, percibe en su *Global Political Economy* las debilidades potenciales del sistema económico y financiero norteamericano, y la amenaza fundamental que supone la «regionalización» del planeta: si Europa y Japón organizaran, cada uno por su lado, sus zonas de influencia, la existencia de un centro americano del mundo sería superflua, con todas las dificultades que implicaría, en tal configuración, la redefinición del papel económico de los Estados Unidos[7].

Pero fue Brzezinski quien, en 1997, en *The Grand Chessboard*, se mostró más perspicaz, pese a su desinterés por las cuestiones económicas[8]. Para comprender bien su interpretación, hay que hacer girar un globo terráqueo y ser conscientes del extraordinario aislamiento geográfico de Estados Unidos: el centro político del mundo está en realidad lejos del mundo. A menudo se acusa a Brzezinski de ser un imperialista simplón, arrogante y brutal. En efecto, sus recetas estratégicas pueden hacernos sonreír, sobre todo cuando designa a Ucrania y a Uzbekistán como objetos necesarios de las atenciones de Estados Unidos. Pero su percepción de una Eurasia donde se concentra la mayoría de la población y la economía mundiales es fundamental, máxime cuando esa Eurasia se está reunificando tras el desmoronamiento del comunismo y tiende, cada vez más, a olvidar a los Estados Unidos, aislados en su nuevo mundo; se trata de una intuición fulgurante de la verdadera amenaza que planea sobre el sistema norteamericano.

LA PARADOJA DE FUKUYAMA: DEL TRIUNFO A LA INUTILIDAD DE ESTADOS UNIDOS

Si queremos comprender la inquietud que corroe al *establishment* norteamericano, debemos reflexionar seriamente sobre las implicaciones estratégicas que tiene para Estados Unidos la hipótesis del *fin de la historia*

propuesta por Francis Fukuyama. Esta teoría, que data de los años 1989-1992, fue motivo de diversión entre los intelectuales parisinos, asombrados por el uso simplificado pero altamente consumible que Fukuyama hacía de Hegel[9]. Según Fukuyama, la historia tiene un sentido y culminará en la universalización de la democracia liberal. El desmoronamiento del comunismo no sería entonces más que una etapa en la marcha hacia la libertad humana, que sucedería a aquella otra etapa importante que supuso la caída de las dictaduras del sur de Europa: Portugal, España o Grecia. La emergencia de la democracia en Turquía se inscribe en ese proceso, así como la consolidación de las democracias latinoamericanas. Coincidiendo con el desmoronamiento del sistema soviético, este modelo de la historia humana fue acogido en Francia como un típico ejemplo de la ingenuidad y el optimismo americanos. Quien tenga en mente al Hegel de carne y hueso, sometido a Prusia, respetuoso hacia el autoritarismo luterano y devoto del Estado, disfrutará con esta divertida caricatura del mismo como demócrata individualista. El que nos propone Fukuyama es un Hegel edulcorado por los estudios Disney. Por otra parte, Hegel se interesaba por el desarrollo del espíritu en la historia, pero Fukuyama, incluso cuando teoriza sobre la educación, privilegia siempre el factor económico y, a menudo, recuerda más a Marx, que anunciaba otro fin de la historia completamente diferente[10]. El carácter secundario del desarrollo educativo y cultural en su modelo hacen de Fukuyama un hegeliano bastante extraño, sin duda contaminado por el economismo delirante de la vida intelectual norteamericana.

Una vez planteadas estas reservas, debemos reconocer a Fukuyama una mirada empírica muy ágil y pertinente sobre la historia en curso. Observar, *ya en 1989*, que la universalización de la democracia liberal era una posibilidad que merecía ser examinada fue toda una hazaña. Por su parte, los intelectuales europeos, menos sensibles al movimiento de la historia, concentraban sus facultades analíticas en la condena del comunismo, es decir, en el pasado. Fukuyama tuvo el mérito de especular sobre el futuro, que es más difícil, pero también más útil. Por mi parte, creo que la visión de Fukuyama contiene una importante parte de verdad, pero no capta la estabilización del planeta en toda su amplitud educativa y demográfica.

Dejemos de lado por un momento el problema de la validez de la hipótesis de Fukuyama sobre la democratización del mundo y

concentrémonos en sus implicaciones a medio plazo *para Estados Unidos*.

Fukuyama integra en su modelo la ley de Michael Doyle, cuya conclusión es la imposibilidad de una guerra entre democracias liberales; esta teoría data de comienzos de los años ochenta y se inspira en Kant más que en Hegel[11]. Con Doyle nos encontramos ante un segundo caso de empirismo anglosajón, aparentemente ingenuo pero, en la práctica productivo. El hecho de que la guerra sea imposible entre democracias se verifica mediante el examen de la historia concreta, que demuestra que, si bien las democracias liberales no escapan a la guerra contra sistemas adversos, nunca combaten entre ellas.

La democracia liberal moderna tiende hacia la paz en toda circunstancia. No se puede reprochar a las democracias francesa y británica de los años 1933-1939 su belicismo, y, lamentablemente, el aislacionismo de la democracia americana hasta Pearl Harbor es fácil de constatar. Sin negar la escalada nacionalista que se produjo en Francia y en Gran Bretaña antes de 1914, hay que admitir que fueron el Imperio austrohúngaro y Alemania, cuyos gobiernos no eran, en la práctica, responsables ante el Parlamento, los que arrastraron a Europa a la Primera Guerra Mundial.

El sentido común sugiere que a un pueblo con un nivel educativo elevado y un nivel de vida satisfactorio no le será fácil producir una mayoría parlamentaria capaz de declarar una guerra mayor. Dos pueblos con una organización similar encontrarán inevitablemente una solución pacífica a sus diferencias. Pero la pandilla incontrolada que dirige, *por definición*, un sistema no democrático y no liberal, tiene mucha más libertad de maniobra para decidir romper las hostilidades, yendo así contra el deseo de paz que generalmente alberga la mayoría de los hombres ordinarios.

Si a la universalización de la democracia liberal (Fukuyama) le sumamos la imposibilidad de la guerra entre democracias (Doyle), obtenemos un planeta instalado en la paz perpetua.

Un cínico de la vieja tradición europea sonreirá e invocará la eterna e inmutable capacidad del hombre para hacer el mal y la guerra. Pero sigamos el razonamiento sin detenernos en esta objeción, busquemos las implicaciones de este modelo para Estados Unidos. La defensa de un principio democrático que se percibía bajo amenaza —la del nazismo alemán, el militarismo japonés, o los comunismos ruso y chino— se ha convertido en su especialidad por obra de la historia. La Segunda Guerra

Mundial, y después la guerra fría, institucionalizaron, si se nos permite la expresión, esa función histórica de Estados Unidos. Pero si la democracia triunfase en todas partes, se produciría la paradoja de que los Estados Unidos, como potencia militar, se volverían inútiles para el mundo y tendrían que resignarse a no ser más que una democracia más.

Esta inutilidad de Estados Unidos es una de las dos angustias fundamentales de Washington, y una de las claves que permiten comprender su política exterior. La formalización de este nuevo miedo entre los jefes de la diplomacia norteamericana a menudo se ha manifestado, como suele ocurrir, bajo la forma de una afirmación inversa: en febrero de 1998, Madeleine Albright, a la sazón secretaria de Estado de Clinton, definió a Estados Unidos como la nación indispensable^[12] cuando intentaba justificar un bombardeo con misiles sobre Iraq. Como bien dijera Sacha Guitry^[13], lo contrario de la verdad está ya muy cerca de la verdad. Si se afirma oficialmente que los Estados Unidos son indispensables, es evidente que la cuestión de su utilidad para el planeta está sobre la mesa. Los dirigentes dejan filtrar así, mediante pequeños lapsus, la inquietud de los analistas estratégicos. Madeleine Albright expresaba a través de una negación la doctrina Brzezinski, que percibe la situación excéntrica, aislada, de Estados Unidos, lejos de esa Eurasia tan poblada, tan industrial, donde podría concentrarse la historia de un mundo apaciguado.

En el fondo, Brzezinski acepta la amenaza implícita en la paradoja de Fukuyama y propone una técnica diplomática y militar para conservar el control del Viejo Mundo. Huntington no es tan buen perdedor: no acepta el universalismo simpático del modelo de Fukuyama y se niega a contemplar la eventualidad de que los valores democráticos y liberales se extiendan por todo el planeta. Muy al contrario, este autor se refugia en una categorización religiosa y étnica de los pueblos, la mayoría de ellos excluidos por naturaleza del ideal «occidental».

En este punto de la reflexión no se trata de escoger entre las diversas posibilidades históricas: ¿la democracia liberal es generalizable? Si así fuera, ¿garantiza la paz? Pero tenemos que comprender que Brzezinski y Huntington contestan a Fukuyama, y que la posibilidad de una marginación de Estados Unidos, paradójica cuando el mundo entero se inquieta ante su omnipotencia, obsesiona a las elites americanas. Lejos de dejarse tentar por un regreso al aislacionismo, los Estados Unidos tienen miedo a quedar

aislados, a encontrarse solos en un mundo que ya no los necesite. Pero ¿por qué tienen miedo ahora de un distanciamiento con el resto del mundo que fue su razón de ser desde la Declaración de Independencia, en 1776, a Pearl Harbor, en 1941?

DE LA AUTONOMÍA A LA DEPENDENCIA ECONÓMICA

Ese miedo a devenir inútiles, y al aislamiento que podría derivarse, es, para los Estados Unidos, más que un fenómeno nuevo, una verdadera inversión de su postura histórica. La separación respecto a un Viejo Mundo corrompido fue uno de los mitos fundadores de América, tal vez el principal. Tierra de libertad, de abundancia y de perfeccionamiento moral, los Estados Unidos de América optaron por desarrollarse con independencia de Europa, sin mezclarse en los conflictos degradantes de las cínicas naciones del Viejo Continente.

En realidad, el aislamiento del siglo XIX sólo fue diplomático y militar, puesto que el crecimiento económico de Estados Unidos se alimentó con dos flujos continuos e indispensables llegados de Europa: por un lado el capital, por otro el trabajo. Las inversiones europeas y la inmigración de mano de obra con un alto grado de alfabetización fueron los verdaderos trampolines económicos de la experiencia americana. Por otra parte, a fines del siglo XIX, los Estados Unidos no sólo disponían de la economía más potente del planeta, sino también de la más autosuficiente, masivamente productora de materias primas y ampliamente excedentaria en el plano comercial.

A principios del siglo XX, los Estados Unidos ya no necesitaban al mundo. Teniendo en cuenta su poder efectivo, sus primeras intervenciones en Asia y América Latina fueron bastante modestas. Pero, como se hizo evidente a partir de la Primera Guerra Mundial, el planeta sí los necesitaba a ellos. Los Estados Unidos no tardaron mucho en acudir a la llamada: en 1917 exactamente. Después volvieron a optar por el aislamiento al negarse a ratificar el Tratado de Versalles. Hubo que esperar a Pearl Harbor y a que Alemania les declarase la guerra para que los Estados Unidos, a iniciativa, si se nos permite la expresión, de Japón y Alemania, ocupasen el lugar en el mundo que correspondía a su potencial económico.

En 1945, el producto nacional bruto norteamericano representaba más de

la mitad del producto bruto mundial, y el efecto de dominación fue mecánico, inmediato. Ciertamente, el comunismo se extendía, hacia 1950, por el corazón de Eurasia, de Alemania del Este a Corea del Norte. Pero los Estados Unidos, potencia naval y aérea, controlaban estratégicamente el resto del planeta con la bendición de una multitud de aliados y clientes cuya prioridad era la lucha contra el sistema soviético. La hegemonía norteamericana quedó instaurada con la aprobación de buena parte del mundo, y pese al apoyo que numerosos intelectuales, obreros y campesinos proporcionaron, aquí y allá, al comunismo.

Si queremos comprender la evolución de los acontecimientos, tenemos que admitir que esa hegemonía fue beneficiosa durante muchos años. Sin el reconocimiento del carácter generalmente beneficioso que tuvo la dominación americana entre 1950 y 1990, no podremos captar la importancia del viraje ulterior de Estados Unidos de la utilidad a la inutilidad; y las dificultades que se desprenden, para ellos tanto como para nosotros, de tal viraje.

Entre 1950 y 1990, la hegemonía sobre la porción no comunista del planeta casi hubiera merecido el título de imperio. Sus recursos económicos, militares e ideológicos proporcionaron a Estados Unidos, durante un tiempo, todas las dimensiones del poder imperial. La predominancia de los principios económicos liberales en la esfera dirigida política y militarmente desde Washington ha acabado trasformando el mundo —es lo que llamamos «globalización»—. Por otra parte, también ha afectado profundamente a la estructura interna de la nación dominante, debilitando su economía y deformando su sociedad. Al principio, el proceso fue lento, progresivo. Sin que los actores de la historia se diesen realmente cuenta, quedó establecida una relación de dependencia entre Estados Unidos y su esfera de influencia. A comienzos de los años setenta, apareció el déficit comercial de Estados Unidos, elemento estructural de la economía mundial.

El derrumbamiento del comunismo acarreó una dramática aceleración del proceso de dependencia. Entre 1990 y 2000, el déficit comercial estadounidense pasó de 100.000 a 450.000 millones de dólares. Para equilibrar sus cuentas exteriores, los Estados Unidos necesitan un flujo de capitales exteriores de volumen equivalente. En este comienzo del tercer milenio, ya no pueden vivir sólo de su producción. En un momento en que

el mundo, en vías de estabilización educativa, demográfica y democrática, está a punto de descubrir que puede prescindir de los Estados Unidos, éstos descubren que no pueden prescindir del mundo.

El debate sobre la «globalización» está parcialmente desconectado de la realidad, porque aceptamos, demasiado a menudo, la representación ortodoxa de intercambios comerciales y financieros simétricos, homogéneos, en los que ninguna nación ocupa una posición particular. Las nociones abstractas de trabajo, beneficio y libertad de circulación del capital enmascaran un elemento fundamental: el papel específico de la nación más importante en la nueva organización del mundo económico. Si bien su potencial económico relativo ha retrocedido mucho, los Estados Unidos han conseguido aumentar masivamente su capacidad de exacción sobre la economía mundial, hasta el punto de que es posible afirmar objetivamente que se han convertido en una nación depredadora. ¿Esta situación debe interpretarse como un signo de poder o de debilidad? Lo que es seguro es que los Estados Unidos van a tener que luchar política y militarmente para mantener una hegemonía en adelante indispensable si quieren mantener su nivel de vida.

Esta inversión de la relación de dependencia económica es el segundo factor importante, que, combinado con el primero, la multiplicación de las democracias, permite explicar una situación mundial bastante inusual, el extraño comportamiento de Estados Unidos y el desconcierto del planeta. ¿Cómo administrar una superpotencia económicamente dependiente y políticamente inútil?

Podríamos detener aquí la elaboración de este inquietante modelo, y reconfortarnos recordando que, después de todo, los Estados Unidos son una democracia, que las democracias no se hacen la guerra entre sí, y que, en consecuencia, los Estados Unidos no pueden llegar a ser peligrosos para el mundo, agresivos ni provocadores. A través del método de ensayo y error, el gobierno de Washington acabará encontrando las vías para su readaptación económica y política a ese nuevo mundo. ¿Por qué no? Pero también debemos ser conscientes de que las crisis de las democracias avanzadas, cada vez más visibles, cada vez más preocupantes, sobre todo en América, no nos permiten seguir considerando a Estados Unidos como una nación pacífica por naturaleza.

La historia no se detiene nunca: la emergencia planetaria de la democracia

no debe hacernos olvidar que las democracias más antiguas –Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, especialmente– siguen evolucionando. Actualmente, todo indica que tienden a transformarse progresivamente en sistemas oligárquicos. El concepto de *inversión*, útil para comprender la relación económica de Estados Unidos con el planeta, también lo es para analizar el dinamismo democrático en el mundo. La democracia está progresando allí donde era débil, pero, en los lugares donde era fuerte, está experimentando una regresión.

LA DEGENERACIÓN DE LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE Y LA GUERRA COMO POSIBILIDAD

La fuerza de Fukuyama radica en haber identificado muy pronto un proceso de estabilización del mundo no occidental. Pero, como hemos visto, su percepción de las sociedades está influida por el economismo; para él, el factor educativo no es el motor central de la historia, y se interesa poco por la demografía. Fukuyama no ve que la alfabetización de las masas es la *variable independiente, explicativa*, de la escalada democrática e individualista que él mismo señala. Su mayor error es deducir el fin de la historia de la generalización de la democracia liberal. Tal conclusión presupone que esta forma política es estable, si no perfecta, y que su historia se detiene una vez realizada. Pero si la democracia no es más que la superestructura política de una etapa cultural, la instrucción primaria, la continuación de la revolución educativa, con el desarrollo de las enseñanzas secundaria y superior, sólo puede desestabilizarla allí donde había aparecido en primer lugar, precisamente cuando empieza a consolidarse en los países que apenas alcanzan la alfabetización masiva[\[14\]](#).

La educación secundaria y, sobre todo, superior, reintroducen en la organización mental e ideológica de las sociedades desarrolladas la noción de desigualdad. Aquellos que han recibido una educación superior, tras un tiempo de vacilación y de falsa conciencia, acaban sintiéndose realmente superiores. En los países avanzados está emergiendo una clase nueva que, simplificando, representa el 20 por 100 de la estructura social en el plano numérico y el 50 por 100 en el monetario. A esta nueva clase le cuesta cada vez más soportar la presión del sufragio universal.

El auge de la alfabetización nos había trasladado al mundo de

Tocqueville, para quien el avance de la democracia era «providencial», casi efecto de una voluntad divina. El auge de la educación superior nos hace vivir hoy otro avance «providencial» y calamitoso hacia la oligarquía. Es un sorprendente regreso al mundo de Aristóteles, en el que la oligarquía podía suceder a la democracia.

En el mismo momento en que la democracia empieza a implantarse en Eurasia, se debilita en su lugar de origen: la sociedad norteamericana se transforma en un sistema de dominación fundamentalmente desigual, fenómeno perfectamente conceptualizado por Michael Lind en *The Next American Nation*[\[15\]](#). En este libro encontramos la primera descripción sistemática de la nueva clase dirigente norteamericana posdemocrática, *the overclass*.

No hay por qué sentir celos. Francia está casi tan avanzada como Estados Unidos en esa vía. Curiosas «democracias» estos sistemas políticos en cuyo seno cohabitan elitismo y populismo, en los que subsiste el sufragio universal, pero en los que las elites de derechas e izquierdas coinciden en impedir cualquier reorientación de la política económica conducente a la reducción de la desigualdad. Se trata de un universo cada vez más disparatado en el que el juego electoral debe desembocar, tras un titánico enfrentamiento mediático, en el *statu quo*. El buen entendimiento en el seno de las elites, reflejo de la existencia del pensamiento único, impide que el sistema político aparente se desintegre, incluso cuando el sufragio universal sugiriese la posibilidad de una crisis. George W. Bush fue elegido presidente de Estados Unidos tras un proceso tan opaco que no es posible afirmar que venció aritméticamente. Pero en la otra gran república «histórica», Francia, se dio, poco después, el caso contrario, y por lo tanto muy cercano a la lógica de Sacha Guitry, de un presidente elegido con el 82 por 100 de los sufragios. La cuasi unanimidad francesa resulta de otro mecanismo sociológico y político de obstrucción de las aspiraciones del 20 por 100 de abajo por el 20 por 100 de arriba, que por el momento controlan ideológicamente al 60 por 100 de en medio. Pero el resultado es el mismo: el proceso electoral no tiene ninguna importancia práctica; y la tasa de abstención aumenta irresistiblemente.

En Gran Bretaña, se dan los mismos procesos de re-estratificación cultural. Michael Young los analizó precozmente en *The Rise of the Meritocracy*, breve ensayo realmente profético, pues data de 1958[\[16\]](#). Pero

la fase democrática de Inglaterra ha sido tardía y moderada: el pasado aristocrático, tan cercano, aún encarnado en la persistencia de acentos de clase de extremada nitidez, facilita una lenta transición hacia el nuevo mundo de la oligarquía occidental. La nueva clase estadounidense es por otra parte ligeramente envidiosa, como manifiesta su actitud anglófila, nostálgica de un pasado victoriano que no es el suyo[17].

Por tanto, sería inexacto e injusto restringir la crisis de la democracia a Estados Unidos. Gran Bretaña y Francia, las dos viejas naciones liberales asociadas por la historia a la democracia americana, están inmersas en procesos de decadencia oligárquica paralelos. Pero ambas son, en el sistema político y económico mundial globalizado, dominadas. Ambas deben, por tanto, tener en cuenta el equilibrio de sus intercambios comerciales. Sus trayectorias sociales deben, en un momento dado, separarse de la de Estados Unidos. Y no creo que un día se hable de las «oligarquías occidentales» como antes se hablaba de las «democracias occidentales».

Pero ésa es la segunda gran inversión que explica las difíciles relaciones entre Estados Unidos y el mundo. Los progresos planetarios de la democracia enmascaran el debilitamiento de la democracia en su lugar de nacimiento. La inversión es mal percibida por los participantes en el juego planetario. Los Estados Unidos aún manejan muy bien, por costumbre más que por cinismo, el lenguaje de la libertad y de la igualdad. Y, por supuesto, la democratización del planeta está lejos de haber terminado.

Pero este paso hacia una fase nueva, oligárquica, anula la aplicación a Estados Unidos de la ley Doyle sobre las consecuencias inevitablemente apaciguadoras de la democracia liberal. Se puede afirmar que existen comportamientos agresivos por parte de una casta dirigente mal controlada, y una política militar aventurera. En realidad, si bien la hipótesis de unos Estados Unidos oligárquicos nos autoriza a restringir el dominio de validez de la ley Doyle, sobre todo, nos permite aceptar la realidad empírica de unos Estados Unidos agresivos. Ni siquiera podemos seguir excluyendo a priori la hipótesis estratégica de unos Estados Unidos que agrediesen a las democracias, recientes o antiguas. Con tal esquema reconciliamos –no sin cierta malicia, es cierto– a los «idealistas» anglosajones, que esperan de la democracia liberal el final de los conflictos militares, y a los «realistas» de la misma cultura, que perciben el campo de las relaciones internacionales como un espacio anárquico poblado por Estados agresivos por los siglos de

los siglos. Admitiendo que la democracia liberal conduzca a la paz, admitimos también que su debilitamiento puede conducir a la guerra. Incluso si la ley Doyle fuera cierta, no habrá una paz perpetua de espíritu kantiano.

UN MODELO EXPLICATIVO

En este ensayo voy a desarrollar un modelo explicativo formalmente paradójico, pero cuya esencia se resume fácilmente: en el momento en que el mundo descubre la democracia y aprende a pasarse políticamente sin los Estados Unidos, éstos tienden a perder sus características democráticas y descubren que no pueden pasarse económicamente sin el mundo.

El planeta se enfrenta por tanto a una doble inversión: inversión de la relación de dependencia económica entre el mundo y Estados Unidos; inversión de la dinámica democrática, ahora positiva en Eurasia y negativa en Estados Unidos.

Una vez planteados estos significativos procesos sociohistóricos, podemos comprender la aparente extrañeza de las acciones norteamericanas. El objetivo de Estados Unidos ya no es defender un orden democrático y liberal que se vacía lentamente de contenido en los mismos Estados Unidos. El abastecimiento de bienes diversos y de capitales se vuelve primordial: el objetivo estratégico fundamental de Estados Unidos es ahora el control político de los recursos mundiales.

No obstante, el declinante poderío económico, militar e ideológico de los Estados Unidos no les permite controlar efectivamente un mundo demasiado vasto, demasiado poblado, demasiado alfabetizado, demasiado democrático. La neutralización de los obstáculos reales para la hegemonía americana, los verdaderos actores estratégicos que son Rusia, Europa y Japón, es un objetivo desmesurado e inaccesible. Los Estados Unidos están obligados a negociar con ellos y, la mayoría de las veces, a doblegarse. Por eso tienen que encontrar una solución, real o ficticia, para su angustiosa dependencia económica; tienen que permanecer *en el centro* del mundo, al menos simbólicamente, y, para ello, escenificar su «potencia», perdón, su «omnipotencia». Estamos asistiendo por tanto al desarrollo de un militarismo teatral que comprende tres elementos esenciales:

- No solucionar nunca definitivamente un problema, para justificar así la acción militar indefinida de la «única superpotencia» a escala planetaria.
- Concentrarse en determinadas micropotencias –Iraq, Irán, Corea del Norte, Cuba, etc.—. La única forma de permanecer políticamente en el centro del mundo es «enfrentarse» con *sparrings* de segunda fila que realcen la potencia norteamericana, a fin de impedir, o al menos retrasar, la toma de conciencia de las potencias mayores llamadas a compartir con Estados Unidos el control del planeta: a medio plazo, Europa, Japón y Rusia, y a más largo plazo, China.
- Desarrollar nuevas armas que se supone colocarán a Estados Unidos «muy por delante» en una carrera de armamentos que no debe cesar nunca.

Esta estrategia convierte sin duda a Estados Unidos en un obstáculo nuevo e inesperado para la paz en el mundo, pero sus dimensiones no son amenazadoras. La lista y el tamaño de los blancos define objetivamente el poder de Estados Unidos, capaz como mucho de enfrentarse con Iraq, Irán, Corea del Norte o Cuba. No hay razón alguna para alarmarse y condenar la emergencia de un imperio americano que en realidad está en vías de descomposición, una década después del imperio soviético.

Tal interpretación de los equilibrios de fuerza planetarios conducirá naturalmente a algunas proposiciones de orden estratégico cuyo objetivo no será beneficiar a tal o cual nación, sino gestionar el declive de Estados Unidos lo mejor posible para todas ellas.

[1] Norman Podhoretz, «How to win World War IV», *Commentary*, febrero 2002, pp. 19-28.

[2] Por ejemplo: Noam Chomsky, *Rogue States. The Rule of Force in World Affairs*, Londres, Pluto Press, 2000.

[3] Benjamin R. Barber, *Jihad vs. Mc World. How Globalism and Tribalism are reshaping the World*, New York, Ballantine Books, 1995.

[4] Henry Kissinger, *Does America need a Foreign Policy? Toward a Diplomacy for the 21st Century*, New York, Simon and Schuster, 2001.

[5] Paul Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Londres, Fontana Press, 1989; primera edición 1988.

[6] Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*,

Londres, Touchstone Books, 1998; primera edición americana 1996.

[7] Robert Gilpin, *Global Political Economy. Understanding the International Economic Order*, Princeton University Press, 2001.

[8] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, New York, Basic Books, 1997.

[9] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Londres, Penguin Books, 1992.

[10] *Ibid.*, p. 116: la educación aparece como una consecuencia de la sociedad industrial.

[11] Michael Doyle, «Kant, liberal legacies and foreign policy», *Philosophy and Public Affairs*, I y II, 1983 (12), pp. 205-235 y 323-353.

[12] «If we have to use force, it is because we are America. We are the indispensable nation. We stand tall. We see farther into the future».

[13] Actor, autor dramático y cineasta francés (1885-1957), autor de piezas como *Mon père avait raison* o *Le mot de Cambronne*, y películas como *La poison* o *Si Versailles m'était conté* [N. del T.].

[14] Sobre los detalles de este mecanismo, véase mi libro *L'illusion économique*, Gallimard, 1998, nueva edición en «Folio», capítulo 5.

[15] Michael Lind, *The Next American Nation. The New Nationalism and the Fourth American Revolution*, Nueva York, The Free Press, 1995.

[16] Michael Young, *The Rise of the Meritocracy*, Harmondsworth, Penguin, 1961, primera edición 1958.

[17] Michael Lind, *op. cit.*, p. 145.

CAPÍTULO I

El mito del terrorismo universal

La imagen del mundo que se han ido forjando los occidentales durante los últimos diez o quince años es catastrófica. Día tras día, nuestros medios de comunicación han modelado la imagen de un planeta estructurado por el odio, assolado por la violencia, donde se suceden, a una cadencia acelerada, masacres de individuos y pueblos: genocidio ruandés, enfrentamientos religiosos nigerianos o marfilenses, luchas de clanes somalíes, indescriptible guerra civil en Sierra Leona, criminalidad y violaciones en Sudáfrica, no obstante ya liberada del *apartheid*, asesinatos de granjeros blancos en Zimbabwe, terrorismo en Argelia... Cambiemos de continente: revolución islámica en Irán, hoy apaciguada, conflicto de Chechenia, anarquía en Georgia, guerra entre Armenia y Azerbaiyán por la posesión del Alto Karabaj, reivindicación autonómica de los kurdos en Turquía e Iraq, guerra civil en Tadjikistán, atentados cachemires en la India, insurrección tamil en Sri Lanka, enfrentamientos entre hindúes y musulmanes en Gudjarat, guerrilla musulmana al sur de Filipinas, islamismo radical de Aceh en el norte de Sumatra, masacre de cristianos en Timor Oriental por las fuerzas especiales indonesias, régimen títere de los talibanes en Afganistán... América Latina, con los secuestros izquierdistas de rehenes en Colombia y la revuelta del subcomandante Marcos, casi parece un continente pacífico. Y eso hasta comparándolo con Europa, donde la descomposición de Yugoslavia, las masacres de croatas, bosnios o musulmanes, de serbios o kosovares, han transmitido la impresión de que la violencia iba a extenderse por nuestro Viejo Mundo, pacífico y rico, como una marea incontenible. Sería injusto no mencionar la represión de las manifestaciones de estudiantes por el régimen chino en la plaza de Tian'anmen, en 1989. No olvidemos tampoco ese súmmum de la sinrazón humana que es el conflicto palestino-israelí. Finalmente, la destrucción de las torres del World Trade Center, perpetrada en nombre de Alá por unos suicidas llegados de lo que acostumbrábamos a llamar Tercer Mundo,

parece un colofón adecuado para esta lista.

No pretendo ser más exhaustivo de lo que son los medios de comunicación un día cualquiera. Sin embargo, es difícil no extraer de esta lista de acontecimientos sangrientos el sentimiento de que el mundo se ha vuelto loco y de que vivimos en una isla más o menos preservada –a menos que consideremos los incendios de coches en nuestros suburbios, los ataques contra sinagogas en Francia, en la primavera de 2002, y la presencia de Jean-Marie Le Pen en la segunda vuelta de las últimas elecciones presidenciales, como primicias de la barbarización de Occidente.

La imagen dominante de un mundo asolado por la violencia fomenta una visión específica de la historia: la de una regresión. Todas esas matanzas no pueden tener más que una lectura: el planeta está zozobrando, el desarrollo ha encallado, hay que archivar el progreso en el baúl de conceptos caducados, como una vieja ilusión del siglo XVIII europeo.

En la situación actual, se pueden describir con rigor ciertos elementos objetivamente regresivos. Al margen de las impactantes imágenes televisivas, es posible medir la baja de las tasas de crecimiento en el mundo y el ascenso de la desigualdad tanto en las sociedades pobres como en las ricas, fenómenos asociados a la globalización económica y financiera. Ambos se derivan lógicamente y simplemente del librecomercio^[1], que, al obligar a las poblaciones activas de todos los países del mundo a competir entre ellas, conduce a la pulverización de los salarios y al estancamiento de la demanda global; además, tiende a introducir en cada sociedad un nivel de desigualdad correspondiente a la diferencia de ingresos existente entre los ricos de los países ricos y los pobres de los países pobres. Pero si nos resistimos a abandonarnos a un economismo simplón, de derechas o de izquierdas, marxista o neoliberal, podremos medir, gracias a un inmenso material estadístico, la formidable progresión cultural del mundo actual, que se expresa a través de dos parámetros fundamentales: la generalización de la alfabetización y la difusión del control de la natalidad.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Entre 1980 y 2000, la tasa de alfabetización de los individuos de 15 años o más; es decir, la proporción de la población adulta que sabía leer y escribir, pasó del 40 al 67 por 100 en Ruanda, del 33 al 64 por 100 en

Nigeria, del 27 al 47 por 100 en Costa de Marfil, del 40 al 63 por 100 en Argelia, del 77 al 85 por 100 en Sudáfrica, del 80 al 93 por 100 en Zimbabwe, del 82 al 95 por 100 en Colombia. Incluso en Afganistán, la tasa de alfabetización aumentó del 18 al 47 por 100 en el mismo periodo. En la India, progresó del 41 al 56 por 100, en Pakistán del 28 al 43 por 100, en Indonesia del 69 al 87 por 100, en Filipinas del 89 al 95 por 100, en Sri Lanka del 85 al 92 por 100, en Tayikistán del 94 al 99 por 100. En Irán, la proporción de individuos que sabían leer y escribir subió del 51 por 100 de 1980, época del desencadenamiento de la revolución de Jomeini, al 77 por 100 de 2000. En China, la tasa de alfabetización, ya un 66 por 100 en 1980, es hoy del 85 por 100.

Este ejercicio puede llevarse a cabo en todos los países pobres, que parecen comprometidos en una carrera general hacia el desarrollo cultural, comprendidos los más atrasados, como Malí, donde la tasa de alfabetización pasó no obstante del 14 por 100 de 1980 al 40 por 100 de 2000, o Níger, con una progresión más modesta, del 8 al 16 por 100. Este porcentaje es aún débil, pero, si consideramos sólo a los jóvenes de entre 15 y 24 años, Níger alcanza ya el 22 por 100 de alfabetizados y Malí el 65 por 100.

El proceso no ha terminado; los niveles de desarrollo cultural siguen siendo muy variopintos. Pero es posible entrever, para un futuro no demasiado lejano, un planeta universalmente alfabetizado. Si tenemos en cuenta cierto principio de aceleración, podemos considerar que, en lo que respecta a las generaciones jóvenes, la alfabetización universal del planeta quedará terminada hacia 2030. La invención de la escritura se remonta aproximadamente a 3.000 años a.C., por lo tanto, la humanidad habrá necesitado cinco mil años para culminar la revolución relacionada con la escritura.

ALFABETIZACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

El aprendizaje de la lectura y la escritura –sin olvidar el cálculo elemental que suele acompañarlas– no es más que un aspecto, una etapa de la revolución mental que ha acabado extendiéndose por todo el planeta. En cuanto saben leer, escribir y contar, los hombres se hacen con el control de su entorno material de forma casi natural. En Asia y en América Latina hoy,

como en Europa entre el siglo XVII y principios del XX, el despegue económico es una consecuencia casi automática del desarrollo educativo. En el contexto del librecambismo y la globalización financiera, el crecimiento económico ha sido frenado, deformado, pero aún existe. Estadounidenses, europeos y japoneses deben ser conscientes del hecho de que las deslocalizaciones de fábricas hacia las zonas con salarios bajos no habrían sido posibles sin los progresos educativos brasileño, mexicano, chino, tailandés o indonesio.

Los trabajadores del antiguo Tercer Mundo, cuyos reducidos salarios suponen una presión sobre Estados Unidos, Europa o Japón, saben leer, escribir y contar, *y eso es lo que les hace explotables*. En los lugares donde el proceso educativo no ha terminado, como en África, las transferencias de fábricas no se llevan a cabo. La globalización económica no es un principio atemporal, sino una técnica de optimización del beneficio en un entorno mundial históricamente específico: la abundancia relativa de mano de obra alfabetizada fuera de los primeros centros del despegue industrial.

Para comprender las motivaciones de los movimientos migratorios actuales hacia Europa y Estados Unidos también hay que tener en cuenta el factor educativo. Los individuos que se apalotan a las puertas del mundo rico llegan sin duda empujados por la miseria material de países aún muy pobres. Pero su voluntad de escapar a esa miseria revela un nivel de aspiraciones que se eleva y se deriva, a su vez, de las tasas de alfabetización, hoy por hoy sustanciales, de sus países de origen. Las consecuencias de la educación son innumerables. Una de ellas es el desarraigo mental de las poblaciones.

LA REVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA

Cuando los hombres, o más exactamente, las mujeres, saben leer y escribir, comienza el control de la fecundidad. El mundo actual, que permite esperar la generalización de la alfabetización para 2030, también está acabando su transición demográfica. En 1981, el índice mundial de fecundidad era todavía de 3,7 hijos por mujer. Una tasa así aseguraba la rápida expansión de la población planetaria y hacía verosímil la hipótesis de un subdesarrollo persistente. En 2001, el índice mundial de fecundidad cayó a 2,8 hijos por mujer, muy cerca de ese 2,1 que apenas garantiza la simple

reproducción 1 por 1 de la población. A la vista de estas cifras es posible prever, para un futuro que ha dejado de ser indeterminado, tal vez hacia 2050, una población estacionaria, un mundo en equilibrio.

El examen de los índices de fecundidad país por país revela un hecho impactante: la desaparición de la frontera aritmética entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado.

La tabla 1 presenta la fecundidad en 1981 y 2001 a partir de una muestra que comprende los países más poblados o más significativos del mundo. Muchos de ellos tienen tasas de fecundidad comprendidas entre dos y tres hijos por mujer. Ciertos países clasificados hace poco como subdesarrollados tienen tasas de fecundidad iguales a las de los países occidentales. China y Tailandia, con 1,8 hijos por mujer, se sitúan entre Francia y el Reino Unido, con 1,9 y 1,7 respectivamente. Irán, miembro de pleno derecho del «eje del mal», con 2,1 en 2002 (2,6 aún en 2001), tiene la misma tasa que Estados Unidos, líder autoproclamado y, muy pronto, único miembro del eje del bien[2], al menos eso espero.

Tabla 1. La fecundidad en el mundo

	<i>1981</i>	<i>2001</i>		<i>1981</i>	<i>2001</i>
Estados Unidos	1,8	2,1	India	5,3	3,2
Canadá	1,8	1,4	Sri lanka	3,4	2,1
Reino Unido	1,9	1,7			
Francia	1,9	1,9	Argentina	2,9	2,6
Alemania	1,3	1,3	México	4,8	2,8
Italia	1,7	1,3	Bolivia	6,8	4,2
España	2,5	1,2	Perú	5,3	2,9
			Brasil	4,4	2,4
Alemania del Este	1,9		Colombia	3,9	2,6
Rumanía	2,5	1,3	Venezuela	4,9	2,9
Polonia	2,3	1,4			
Rusia	2,0	1,2	Sudáfrica	5,1	2,9
Ucrania	1,9	1,1	Ruanda	6,9	5,8
			Zambia	6,9	6,1

Japón	1,8	1,3	Zimbabwe	6,6	4,0
China	2,3	1,8	Kenia	8,1	4,4
Taiwán	2,7	1,7	Tanzania	6,5	5,6
Corea del Sur	3,2	1,5	Etiopía	6,7	5,9
Corea del Norte	4,5	2,3	Zaire	6,1	7,0
Vietnam	5,8	2,3	Costa de Marfil	6,7	5,2
Tailandia	3,7	1,8	Sierra Leona	6,4	6,3
Filipinas	5,0	3,5	Liberia	6,7	6,6

Índice coyuntural de fecundidad, número de hijos por mujer.

Fuente: Population et sociétés, sept. 1981 y julio-agosto 2001, núms. 151 y 370, INED.

La transición demográfica no ha terminado en todas partes. Aún podemos encontrar, por ejemplo en Bolivia, un índice de 4,2 hijos por mujer; una parte del mundo musulmán y la mayor parte de África conservan niveles de fecundidad elevados. Pero incluso en África, a excepción de países marginales, como Níger o Somalia, podemos constatar que la tendencia bajista ya ha empezado; y en la mayoría de países musulmanes está muy avanzada.

El examen de los índices de fecundidad revela, sobre todo, que el mundo musulmán no existe como entidad demográfica. La dispersión de las tasas es máxima, y va de los 2 hijos por mujer de Azerbaiyán a los 7,5 de Níger. El islam concreto es como un resumen completo del tercer mundo en transición. Las ex repúblicas soviéticas del Cáucaso y Asia central, muy bien alfabetizadas por el régimen comunista, están en cabeza, con tasas comprendidas entre los 2 de Azerbaiyán y los 2,7 de Uzbekistán. Túnez está bastante avanzado, 2,3, mucho más que Argelia, 3,1, y Marruecos, 3,4. Pero en conjunto, el Magreb colonizado por Francia ha progresado más deprisa que Oriente Próximo, corazón del mundo árabe, que ha escapado mejor a la influencia directa de Europa.

Tabla 2. La fecundidad en los países musulmanes

	1981	2001		1981	2001
Azerbaiyán	3,1	2,0	Libia	7,4	3,9

Turkmenistán	4,8	2,2	Qatar	7,2	3,9
Túnez	5,0	2,3	Siria	7,2	4,1
Kirguistán	4,1	2,4	Kuwait	7,0	4,2
Tayikistán	5,6	2,4	Sudán	6,6	4,9
Líbano	4,7	2,5	Iraq	7,0	5,3
Turquía	4,3	2,5	Pakistán	6,3	5,6
Irán	5,3	2,6	Arabia Saudí	7,2	5,7
Indonesia	4,2	2,7	Senegal	6,5	5,7
Uzbekistán	4,8	2,7	Nigeria	6,9	5,8
Bahrein	7,4	2,8	Palestina	6,9	5,9
Argelia	7,3	3,1	Afganistán	6,9	6,0
Malasia	4,4	3,2	Mauritania	6,9	6,0
Bangladesh	6,3	3,3	Omán	7,2	6,1
Marruecos	6,9	3,4	Mali	6,7	7,0
Egipto	5,3	3,5	Yemen	7,0	7,2
Emiratos Árabes	7,2	3,5	Somalia	6,1	7,3
Jordania	4,3	3,6	Níger	7,1	7,5

Índice coyuntural de fecundidad, número de hijos por mujer.

Fuente: Population et sociétés, sept. 1981 y julio-agosto 2001, núms. 151 y 370, INED.

Quienes consideren el control de la fecundidad como un componente necesario para el progreso deberán rendirse a la evidencia de la positiva influencia de Francia en el norte de África y, aún con mayor claridad, de Rusia en Asia central. La acción gala ha sido difusa, efecto complejo de los vaivenes migratorios y del contacto con las costumbres francesas, como ha demostrado Youssef Courbage[3]. La acción rusa ha sido directa y decisiva: la Unión soviética garantizó la alfabetización total de su esfera, logro jamás realizado por potencia colonial alguna. El colonialismo comunista ha dejado, por tanto, algunas huellas positivas.

Algunos países musulmanes no árabes y nunca colonizados, como Turquía, con un índice de 2,5 en 2001, e Irán con un 2,1 en 2002, casi han completado su transición demográfica. Aún más lejos del mundo árabe,

Indonesia y Malasia[4], países tardíamente islamizados, se acercan igualmente al término de la suya, con índices de 2,7 y 3,2 respectivamente.

El mundo árabe no colonizado —o tardía y superficialmente colonizado— está menos avanzado. No obstante progresa muy deprisa. En 2001, la fecundidad en Siria era aún de 4,1 hijos por mujer. Egipto estaba en 3,5, apenas un poco más retrasado que Marruecos.

En cierto número de países musulmanes, la difusión del control de la natalidad está sólo en sus comienzos, con índices de fecundidad aún superiores a 5: 5,3 en Iraq, 5,6 en Pakistán, 5,7 en Arabia Saudí, 5,8 en Nigeria[5]. La elevada tasa de Palestina, 5,9, es una anomalía sociológica e histórica: una fecundidad de combate ligada a la ocupación, por otra parte contrarrestada por la fuerte natalidad de los judíos de Israel, fuera de las pautas de una población occidental de alto nivel educativo. De hecho, el examen de los datos sugiere una verdadera escisión cultural de la población judía, con una tasa media de 2,4 entre los «laicos» y los «religiosos moderados», y de 5 entre los «religiosos ortodoxos» y «ultraortodoxos», siendo esta última cifra resultado de un nuevo aumento de la fecundidad[6].

Queda un conjunto de países musulmanes en los que la transición demográfica no ha comenzado realmente, y en los que el índice de fecundidad sigue siendo igual o superior a 6 hijos por mujer: 6 en Afganistán y Mauritania, 7 en Malí, 7,3 en Somalia, 7,5 en Níger. El ascenso de su tasa de alfabetización garantiza sin embargo que esos países no escaparán al destino común de la humanidad: el control de la fecundidad.

LA CRISIS DE TRANSICIÓN

Juntas, alfabetización y control de la natalidad, perfilan una historia del mundo mucho más alentadora que la que difunden los informativos televisivos. Estos parámetros revelan una humanidad que se está alejando del subdesarrollo. Si los tuviésemos más presentes, no sólo seríamos más optimistas, sino que además celebraríamos la ascensión del hombre a un estadio decisivo de su desarrollo.

Los medios de comunicación de masas, sin embargo, no son responsables de nuestra visión deformada de la historia. El progreso no es, como suponían los filósofos ilustrados, una ascensión lineal, exitosa y fácil en

todos los planos. El alejamiento de la vida tradicional, de las rutinas equilibradas del analfabetismo, de la elevada fecundidad y la fuerte mortalidad, paradójicamente, produce en un primer momento casi tanta desorientación y sufrimiento como esperanza y enriquecimiento. Muy a menudo, probablemente en la mayoría de los casos, el despegue cultural y mental viene acompañado por una crisis de transición. Las poblaciones desestabilizadas manifiestan comportamientos sociales y políticos violentos. La ascensión hacia la modernidad mental viene acompañada frecuentemente por una explosión de violencia ideológica.

Este fenómeno no se manifestó por primera vez en el Tercer Mundo, sino en Europa. La mayoría de sus naciones, hoy tan pacíficas, atravesaron una fase de expresión ideológica y política brutal, sangrienta. Los valores expresados fueron muy diversos. Liberales e igualitarios en la Revolución francesa, igualitarios y autoritarios en la Revolución rusa, autoritarios y no igualitarios en el caso del nazismo alemán. Pero no olvidemos a la razonable Inglaterra, que sin embargo fue la primera nación revolucionaria del continente y, en 1649, se abrió a la modernidad política con la decapitación de un rey. La Revolución inglesa, antigua, ilustra bien la paradoja de la modernización. Nadie negará el papel crucial que jugó Inglaterra en el despegue político y económico de Europa. Fue un país precozmente alfabetizado. Pero uno de los primeros efectos visibles del despegue inglés fue la crisis ideológica, política y religiosa que condujo a una guerra civil que los europeos actuales entenderían difícilmente.

Aunque desaprobamos su violencia, creemos haber captado el sentido general de los enfrentamientos relacionados con la Revolución francesa, el comunismo ruso y el nazismo alemán. Los valores expresados por estos acontecimientos, positivos o negativos, siguen pareciendo modernos en virtud de su carácter laico. Pero ¿cuántos europeos podrían tomar partido, hoy en día, en el conflicto metafísico que enfrentó a los protestantes puritanos de Cromwell y a los criptocatólicos partidarios de los Estuardo? En la Inglaterra del siglo XVII, los hombres se mataban unos a otros –con moderación– en nombre de Dios. Dudo que, actualmente, los mismos ingleses vean en la dictadura militar de Cromwell una etapa necesaria en el camino hacia la *Glorious Revolution* liberal de 1688. Pierre Manent, muy acertadamente, abrió su antología del liberalismo con el panfleto del poeta y revolucionario Milton sobre «la libertad de imprimir sin autorización ni

censura», que data de 1644[7]. No obstante, ese texto contiene tanto frenesí religioso como defensa de la libertad; otro panfleto del mismo autor y militante justificaba, cinco años más tarde, la ejecución de Carlos I.

La naturaleza de la actual yihad en nombre de Alá no es tan diferente. Aunque está lejos de ser liberal, sin embargo no representa fundamentalmente una regresión, sino una crisis de transición. La violencia, el frenesí religioso, son sólo pasajeros.

Desde ese punto de vista, el caso de Irán es ejemplar. En 1979, una revolución religiosa expulsó al sah. Siguiéron dos décadas de excesos ideológicos y luchas sangrientas. Pero fue en efecto una tasa de alfabetización ya elevada lo que, en un primer tiempo, puso en movimiento a las masas iraníes y, después, arrastró al país a una modernización generalizada de las mentalidades. La baja fecundidad siguió a la toma del poder del ayatolá Jomeini. Las apuestas ideológicas en juego, expresadas en el lenguaje del islam chiíta, son inaccesibles para los europeos de tradición cristiana; no obstante, no tienen menos «sentido» que los conflictos entre sectas protestantes en tiempos de Cromwell. La denuncia de la injusticia del mundo por la teología chiíta implica un potencial revolucionario similar al de la metafísica protestante original, que percibía la corrupción del hombre y la sociedad. Lutero, y aún más Calvino, aquellos ayatolás del siglo XVI, contribuyeron al nacimiento de una sociedad regenerada y purificada: América, hija de la exaltación religiosa en la misma medida que el Irán moderno.

La revolución iraní está desembocando hoy, ante la sorpresa general, y pese a la negativa del gobierno norteamericano a aceptar lo evidente, en una estabilización democrática, con elecciones que, sin ser libres, no dejan de ser esencialmente pluralistas, con reformistas y conservadores, derechas e izquierdas.

La secuencia alfabetización-revolución-descenso de la fecundidad, sin llegar a ser universal, es bastante clásica. Por tanto, la alfabetización de los hombres precede en general a la difusión del control de la natalidad, que depende sobre todo de las mujeres. En Francia, el control de la natalidad se generalizó tras la Revolución de 1789; en Rusia, el descenso masivo de la fecundidad siguió a la toma del poder por los bolcheviques y se extendió durante todo el periodo estalinista[8].

DEMOGRAFÍA Y POLÍTICA

La alfabetización y el descenso de la fecundidad son los dos fenómenos universales que hacen posible la universalización de la democracia, a su vez, un fenómeno que Fukuyama, que no capta bien en su ensayo la transformación mental que sostiene el avance de la historia política, más que explicar, observa y presiente. Sé por experiencia que la hipótesis de una correlación entre el descenso de la fecundación y la modernidad política puede suscitar cierta incredulidad tanto entre los politólogos no demógrafos, como entre los demógrafos no politólogos. Es tan cómodo considerar los diversos planos de la historia humana por separado, hacer como si la vida política y la familia fuesen cosas aparte, vividas por hombres y mujeres cortados en partes, cada una de las cuales viviese por su cuenta la política, la reproducción...

Para intentar convencer al lector, me permito recordar el uso que hice del descenso de la fecundidad, combinado con otros indicios, para prever en *La chute finale*, un trabajo de 1976, el derrumbamiento del comunismo soviético[9]. Las teorías que entonces estaban en boga, y la mayoría de los soviétólogos profesionales, aceptaban la hipótesis, propuesta sobre todo por el disidente Aleksandr Zinoviev, de un *Homo sovieticus*, un nuevo ser producto de sesenta años de dictadura y terror. La constitución mental alterada e inmutable del *Homo sovieticus* garantizaba la eternidad del totalitarismo. Historiador y demógrafo de formación, deduje, por el contrario, la probable emergencia de rusos normales, perfectamente capaces de derribar el comunismo[10], teniendo en cuenta el descenso de la natalidad en la Unión Soviética —42,7 nacimientos por cada 1.000 habitantes en 1923-1927, 26,7 en 1950-1952, 18,1 en 1975—. En el caso de Rusia, como en los de Francia y Alemania, la transición fue una fase particularmente confusa, durante la cual la modificación de las conductas sexuales agravó el desconcierto ligado a la alfabetización. Me refiero a la época estalinista.

Aunque sea difícil y parezca contrario a la evidencia, hay que aceptar la idea de que las crisis, las masacres que describen incansablemente los medios de comunicación, no son, en la mayoría de los casos, fenómenos simplemente regresivos, sino desarreglos transitorios relacionados con el mismo proceso de modernización. Y que la estabilización sucederá

mecánicamente a las perturbaciones sin intervención exterior alguna.

LA TRANSICIÓN ISLÁMICA

Si repasamos la lista de regiones del mundo afectadas por fenómenos de violencia a comienzos de este tercer milenio, quedaremos impresionados ante la frecuente presencia de los países musulmanes. En los últimos años se ha extendido la imagen de un islam particularmente virulento, maligno, intrínsecamente problemático. Aunque Huntington designa a China como el principal rival de Estados Unidos, es la virulencia del islam y su supuesto conflicto con el Occidente cristiano lo que sostiene la argumentación del *Choque de civilizaciones*. El armazón de esta obra, tallado a golpe de hacha, es una clasificación en función de la religión. A ojos de quien conozca la irreligiosidad fundamental de los campesinos rusos, o chinos, una clasificación que califica a Rusia de ortodoxa y a China de confucionista, sólo puede ser grotesca. No en vano, la debilidad original de la religión en esos dos países contribuyó ampliamente al éxito de las revoluciones comunistas de la primera mitad del siglo XX.

La «teoría» de Huntington es, esencialmente, hija de la yihad moderna; no es más que el reverso conceptual de la visión del ayatolá Jomeini, que creía, tanto como el fino estratega norteamericano, en el conflicto entre civilizaciones.

No obstante, no es necesario esencializar el islam, estigmatizar su pretendida preferencia por la guerra –revelada por el papel militar de Mahoma– o denunciar el sometimiento de las mujeres en el mundo árabe, para comprender el incremento de las pasiones ideológicas y las matanzas en esa esfera religiosa. El mundo musulmán, muy diverso si consideramos sus niveles de desarrollo educativos, está, a pesar de todo, globalmente retrasado en comparación con Europa, Rusia, China y Japón. Por eso, en la actual fase histórica, numerosos países musulmanes están llevando a cabo el gran salto, abandonando la apacible rutina mental de un mundo analfabeto y caminando hacia ese otro mundo estable definido por la alfabetización universal. Entre los dos, están el sufrimiento y los trastornos del desarraigo mental.

Tras una crisis integrista que, lógicamente, afectó primero a los jóvenes recién alfabetizados, con los estudiantes de ciencias en primera línea, cierto

número de países musulmanes ya ha terminado su transición. En Irán, la revolución se está apaciguando. En Argelia, el islamismo del FIS, convertido en terrorista y asesino, empieza a agotarse. En Turquía, el ascenso de los partidos religiosos no ha conseguido poner en peligro la laicidad heredada de Kemal Atatürk. Tenemos que estar de acuerdo con Gilles Kepel cuando describe, en *Jihad*, la decadencia del islamismo a escala planetaria. Con mucha seguridad histórica y sociológica, Kepel localiza en Malasia, país cuya tasa de alfabetización es particularmente elevada (88 por 100 en 2000), el comienzo del retroceso de la crisis político-religiosa[11].

A su examen casi exhaustivo del declive del islamismo, añadiremos el fracaso sufrido por la militancia religiosa en Asia central. Efectivamente, algunos de los clanes enfrentados en la reciente guerra civil de Tayikistán invocaban un islam purificado; y Uzbekistán vive a su vez con miedo a una invasión fundamentalista. No obstante, la realidad es que, en las ex repúblicas soviéticas de Asia central, el factor religioso desempeña un papel secundario. Numerosos analistas esperaban que el derrumbamiento del comunismo provocase una explosión de sentimientos religiosos musulmanes. Pero Rusia había dejado sus antiguas posesiones totalmente alfabetizadas y en buena posición para llevar a cabo, entre 1975 y 1995, rápidas transiciones demográficas[12]. Sus regímenes políticos aún arrastran rasgos heredados de la época soviética y están lejos de ser democráticos, es lo menos que se puede decir, pero en ningún caso están dominados por una problemática religiosa.

LA CRISIS POR VENIR: PAKISTÁN Y ARABIA SAUDÍ

Ciertos países musulmanes, no obstante, están apenas iniciando su camino hacia la alfabetización y la modernización mental. Los dos principales en esta categoría son Arabia Saudí –35 millones de habitantes en 2001– y Pakistán –145 millones–, dos piezas fundamentales en el proceso que concluyó en los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono. Pakistán, su ejército y sus servicios secretos, instalaron en el poder al régimen talibán, retaguardia de Al Qaeda. Arabia Saudí aportó la mayoría de los terroristas que participaron en la operación suicida contra Estados Unidos. Evidentemente, existe una relación entre la creciente hostilidad de

las poblaciones de estos dos países contra Estados Unidos y el despegue cultural que está empezando a insinuarse en ellos. En Irán, la alfabetización de la segunda mitad de los años setenta desencadenó un incremento similar del antiamericanismo. Los responsables estadounidenses, con la experiencia de un Irán que pasó del estatus de aliado al de enemigo mortal, tienen toda la razón para inquietarse ante la fragilidad de su posición estratégica en el Golfo Pérsico. Arabia Saudí y Pakistán serán, al menos durante dos décadas, zonas peligrosas, donde probablemente la inestabilidad aumentará en proporciones importantes. Toda intervención en esas regiones comporta un riesgo; Francia pudo constatarlo en mayo de 2000 con el atentado suicida perpetrado en Karachi contra un grupo de técnicos de la Delegación general del armamento.

Pero de ninguna manera podemos deducir la existencia de un terrorismo universal de la hostilidad de esas dos poblaciones musulmanas, directamente integradas en la esfera de influencia norteamericana. Buena parte del mundo musulmán está ya en vías de pacificación.

Es demasiado fácil extraer una diabolización del islam de la estadística actual de las crisis. Globalmente, el islam está atravesando su crisis de modernización y, evidentemente, no puede ser un remanso de paz. Por su parte, los países desarrollados y pacíficos no tienen de qué alardear; una mirada meditativa a su propia historia debería inclinarlos a la modestia. Las revoluciones inglesa y francesa fueron fenómenos violentos, así como los comunismos ruso o chino y la fase militarista e imperialista japonesa. Por razones de proximidad histórica y cultural, los valores explícitos asociados a la guerra de Independencia y a la guerra de Secesión americanas son, en efecto, inmediatamente comprensibles para cualquiera de nosotros. Pero los Estados Unidos no escaparon en absoluto a la crisis de transición^[13]. Algunos de los debates ideológicos asociados a la crisis estadounidense nos resultan difícilmente accesibles; por ejemplo, uno fundamental, el relacionado con el color de la piel. Esta idiosincrasia norteamericana es igual de extraña para un europeo que el debate histórico sobre el estatus de la mujer que caracteriza a las revoluciones islámicas.

EL CASO YUGOSLAVO: CRISIS SUCESIVAS Y SUPERPUUESTAS

La disolución del comunismo y de Yugoslavia, aunque no escapa a la ley

general que asocia progreso y desorientación mental, presenta particularidades que obedecen al desajuste de los niveles de desarrollo, educativo o demográfico, entre las diversas poblaciones que constituían la antigua federación[14]. En lo esencial, las transiciones demográficas de serbios, croatas y eslovenos, sin ser tan precoces como las de Europa occidental, ya habían concluido en 1995. El índice de fecundidad era, en aquella fecha, de 2,5 en Croacia y Eslovenia, y de 2,8 en el conjunto de Serbia. En el caso de estas repúblicas, el movimiento de alfabetización había desencadenado, paralelamente, un descenso de la fecundidad y un debilitamiento de la ideología comunista. Más al Sur, en Bosnia, Kosovo, Macedonia y Albania, el comunismo había sido implantado en sociedades que aún no habían alcanzado plenamente la etapa de modernización educativa y de las mentalidades. Hacia 1955, la fecundidad era aún de 4,3 en Bosnia, de 4,7 en Macedonia, de 6,7 en Albania y Kosovo. Los índices intermedios de Bosnia y Macedonia reflejan la heterogeneidad religiosa de unas poblaciones que reúnen a católicos, ortodoxos y musulmanes, en Bosnia, y a ortodoxos y musulmanes, en Kosovo y Macedonia. Sin entrar a considerar la clasificación religiosa de otro modo que como un conjunto de etiquetas que permiten designar sistemas culturales diferentes, debemos constatar que las poblaciones musulmanas de la región están claramente desfasadas, retrasadas, en relación con la poblaciones cristianas, en su tránsito hacia la modernidad. En 1975 la fecundidad cayó a un 2,3 en Bosnia, y lo mismo ocurrió en Macedonia hacia 1984 y en Kosovo hacia 1998. Y a continuación en Albania, pues en esa última fecha su fecundidad había caído a 2,5 hijos por mujer.

Gracias al análisis demográfico, podemos discernir, en el espacio definido por la antigua Yugoslavia y Albania, dos crisis de transición sucesivas. La primera se extendió desde 1930 a 1955, y condujo a las poblaciones «cristianas», croatas y serbias principalmente, hacia la modernidad demográfica y mental a través de la crisis comunista. La segunda, entre 1965 y 2000, condujo a las poblaciones convertidas al islam a la misma modernidad. Pero, en virtud de lo que debemos considerar un accidente de la historia, la tardía revolución de las mentalidades en el espacio musulmán interfirió en el derrumbamiento del comunismo, que hubiera debido representar para serbios y croatas una especie de fase II y una salida a la crisis de modernización. Todos estos pueblos están entremezclados y puede

admitirse que la crisis de transición de las poblaciones musulmanas transformó la salida del comunismo, que no era ya un problema técnicamente sencillo, en una pesadilla mortal.

El hecho de que los primeros enfrentamientos se diesen entre serbios y croatas no implica que el factor «musulmán» fuese inexistente en los primeras etapas de la crisis. Debemos ser conscientes de que el desfase de las transiciones demográficas alimentaba, en toda la federación, incesantes modificaciones del peso relativo de las poblaciones y, en consecuencia, ocasionaba una inquietud generalizada sobre el control del espacio. Las poblaciones serbias y croatas, que habían controlado antes su fecundidad, vieron cómo su crecimiento se ralentizaba y se sintieron amenazadas por el rápido crecimiento de las poblaciones «musulmanas», que apuntaba a un proceso de invasión o de desbordamiento demográfico. La obsesión étnica de la época poscomunista fue dramatizada por esas dinámicas demográficas diferenciales, y se introdujo en la problemática de la separación de serbios y croatas.

Nos encontramos en un terreno ideológico, mental, que, hablando con propiedad, no permite una verificación en el sentido científico del término. Pero la limpieza étnica entre serbios y croatas no hubiera adquirido la amplitud que conocemos sin el catalizador musulmán, es decir, sin la presencia de subpoblaciones de crecimiento rápido, inmersas a su vez en una crisis de modernización. La independencia de los eslovenos, situados al norte, lejos de cualquier interacción con los musulmanes, apenas provocó más reacciones que la disociación de Checoslovaquia entre sus componentes checo y eslovaco.

Mi intención no es intentar demostrar, mediante este análisis, la inutilidad de toda intervención humanitaria. Cuando los países implicados son pequeños, es posible que una acción venida del exterior imponga una disminución de la tensión. No obstante, las intervenciones de las potencias militares, que escaparon hace tiempo a las angustias de la modernización, deberían venir acompañadas por un esfuerzo de comprensión histórica y sociológica. La crisis yugoslava suscitó muchas posturas morales y poco trabajo de análisis. Esto es tanto más triste cuanto que un simple examen del mapa del mundo revela la existencia de una larga zona de interacción, no entre cristiandad e islam, como sugiere Huntington, sino entre comunismo e islam, que va desde Yugoslavia a Asia central. La conjunción

accidental del retroceso comunista y la transición islámica, de una terminación y de un principio de modernización de las mentalidades, fue, en los años noventa, una circunstancia frecuente que merecería un examen sociológico general. Los enfrentamientos en el Cáucaso y en Asia central, más breves, tienen muchos puntos en común con los de Yugoslavia. La superposición de dos crisis de transición no puede producir otra cosa que una transición agravada y, en ningún caso, definir un estado estructural y permanente de conflicto entre poblaciones.

PACIENCIA Y TIEMPO AL TIEMPO

El modelo que asocia la modernización de las mentalidades –con sus dos componentes principales, alfabetización y descenso de la fecundidad– y los trastornos ideológicos y políticos que oponen a clases, religiones y pueblos, es muy general. Algunos países, aun sin escapar por completo a la angustia de la transición, nunca se vieron sumergidos en la violencia generalizada. Pero me resulta difícil citar uno de ellos por miedo a olvidar tal o cual crisis, tal o cual masacre. Si nos limitamos a Dinamarca, Suecia y Noruega, tal vez los países escandinavos escapasen a lo peor. Pues, por su parte, Finlandia, de lengua ugrofinesa, se vio inmersa en una guerra civil, perfectamente honorable, entre rojos y blancos, tras la Primera Guerra Mundial y en la estela de la Revolución rusa.

Si nos remontamos hasta la Reforma protestante, punto de partida de la marcha hacia la alfabetización, nos encontraremos con unos suizos febriles, agitados por la pasión religiosa, perfectamente capaces de matarse unos a otros en nombre de los grandes principios, de quemar a brujas y herejes en la hoguera, y a punto de adquirir, gracias a esa crisis precoz, sus legendarias cualidades de limpieza y puntualidad, mientras esperan el momento de fundar la Cruz Roja y dar al mundo lecciones de concordia civil. Tengamos, pues, la decencia de abstenernos de categorizar al islam como diferente por naturaleza y de juzgar su «esencia».

Desgraciadamente, los acontecimientos del 11 de septiembre han desencadenado, entre otras cosas, una generalización del concepto de «conflicto de civilización». Concepto que, en nuestro mundo, tan «tolerante», a menudo se abre paso mediante una negación: la increíble cantidad de intelectuales y políticos que afirmó, durante los días, semanas o

meses que siguieron al atentado, que no puede haber un «conflicto de civilización» entre el islam y la cristiandad es prueba suficiente de que esa primitiva noción está en la mente de todos. Los buenos sentimientos, que ahora forman parte de nuestro pensamiento único –la ideología del 20 por 100 dominante–, impiden una acusación directa contra el islam. Pero el integrismo islámico ha sido codificado en el lenguaje usual mediante la noción de un «terrorismo» que muchos pretenden universal.

Como acabamos de ver, el 11 de septiembre sobrevino en una fase de regresión de la fiebre islámica. La alfabetización y el desarrollo del control de la natalidad permiten seguir y explicar en profundidad esta coyuntura ideológica. Tal análisis nos autoriza sin lugar a dudas a afirmar que los problemas de Estados Unidos, y de los aliados que los secundan, en Arabia Saudí y Pakistán no han hecho más que empezar, pues esos dos países apenas han iniciado el gran salto hacia la modernidad y las convulsiones que acompañan a tal experiencia. Pero la noción de terrorismo universal, que permite a Estados Unidos redefinirse como líder de una «cruzada» mundial, intervenir en cualquier lugar de forma puntual y superficial, ya sea en Filipinas o en Yemen, instalar bases en Uzbekistán y Afganistán, abrirse paso en Georgia para acercarse a Chechenia, no encuentra justificación sociológica ni histórica alguna en el examen de la realidad del mundo. Absurda desde el punto de vista del mundo musulmán, que saldrá de su crisis de transición sin intervención exterior, mediante un proceso de apaciguamiento automático, la noción de terrorismo universal sólo puede serle útil a Estados Unidos si necesita un Viejo Mundo inflamado por un estado de guerra permanente.

[1] Para un análisis detallado, véase *L'illusion économique*, op. cit., cap. 6.

[2] Sobre los detalles de la transición demográfica iraní, ver Marie Ladier, *Population, société et politique en Iran, de la monarchie à la république islamique*, tesis EHESS, París, 1999.

[3] Youssef Courbage, «Demographic transition among the Maghreb peoples of North Africa and in the emigrant community abroad», en Peter Ludlow, *Europe and the Mediterranean*, Londres, Brassey's, 1994.

[4] En Malasia hay una fuerte minoría china.

[5] En Nigeria hay una fuerte minoría cristiana.

[6] Youssef Courbage, «Israel et Palestine: combien d'hommes demain?», *Population et sociétés* 362, noviembre 2000. Los ultraortodoxos están en p. 7.

[7] Pierre Manent, *Les libéraux*, Gallimard, 2001.

[8] Para un análisis general de estas interacciones, véase E. Todd, *L'enfance du monde. Structures familiales et développement*, Le Seuil, 1984, y *L'invention de l'Europe*, Le Seuil, 1990.

[9] *La chute finale*, Robert Laffont, 1976. Véase *infra*, cap. 5.

[10] Cfr. Jean-Claude Chesnais, *La transition démographique*, Cuaderno del INED, núm. 113, 1986, PUF, p. 122.

[11] Gilles Kepel, *Jihad. Expansion et déclin de l'islamisme*, Gallimard, 2000, nueva edición en «Folio».

[12] Entre 1975 y 2000, el número de hijos por mujer cayó de 5,7 a 2,7 en Uzbekistán, de 5,7 a 2,2 en Turkmenistán, de 6,3 a 2,4 en Tayikistán.

[13] Como era de esperar, la guerra de Secesión estalló en una fase de descenso de la fecundidad de las poblaciones anglosajonas originales. Por sí sola, esta guerra causó más víctimas –620.000, de las cuales 360.000 nordistas– que todos los demás conflictos (incluido Vietnam) en los que los Estados Unidos se han visto implicados desde 1776.

[14] Sobre la evolución de la fecundidad en esta región, véase J.-P. Sardon, *Transition et fécondité dans les Balkans socialistes*, y B. Kotzamanis y A. Parant, *L'Europe des Balkans, différente et diverse?*, Coloquio de Bari, junio 2001, Réseau Démo Balk.

CAPÍTULO II

La gran amenaza democrática

El examen de los parámetros educativos y demográficos a escala planetaria apoya la hipótesis de Fukuyama sobre la existencia de cierto sentido de la historia. La alfabetización y el control de la fecundidad son, hoy en día, universales humanos. Ahora bien, es fácil asociar esos dos aspectos del progreso al auge de un «individualismo» cuya culminación sólo puede ser la afirmación del individuo en la esfera política. Una de las primeras definiciones de la democracia fue la de Aristóteles, que, perfectamente moderno, asociaba la libertad (*eleutheria*) a la igualdad (*isonomia*) para permitir al hombre «vivir su vida como quiera».

El aprendizaje de la lectura y la escritura, efectivamente, permite que cada cual acceda a un nivel de conciencia superior. El descenso de los índices de fecundidad revela la profundidad de esta mutación psicológica, que afecta ampliamente al terreno de la sexualidad. No es, por tanto, ilógico observar una multiplicación de regímenes políticos que tienden hacia la democracia liberal en este mundo que se unifica gracias a la alfabetización y el equilibrio demográfico. Podemos plantear la hipótesis de que unos individuos a los que la alfabetización ha hecho conscientes e iguales no pueden ser gobernados de forma autoritaria indefinidamente; o, lo que viene a ser lo mismo, que el coste práctico de un autoritarismo ejercido sobre poblaciones que han despertado a cierto tipo de conciencia vuelve económicamente no competitiva a la sociedad que lo padece. De hecho, se puede especular hasta el infinito sobre las interacciones entre educación y democracia. Esta asociación era perfectamente clara para un hombre como Condorcet, que situaba el movimiento de la educación en el corazón de su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*^[1]. No es demasiado difícil explicar a partir de ese factor trascendental la percepción que tenía Tocqueville de un avance «providencial» de la democracia.

Esta interpretación me parece mucho más auténticamente «hegeliana» que la de Fukuyama, que se pierde un poco en el economismo y la obsesión del

progreso material. También me parece más realista, más verosímil como explicación de la multiplicación de las democracias: en Europa del Este, en la antigua esfera de influencia soviética, América Latina, Turquía, Irán, Indonesia, Taiwán, Corea. Pues no se puede explicar el florecimiento de sistemas electorales pluralistas en función de la prosperidad creciente del mundo. La era de la globalización corresponde en el terreno económico a un descenso de las tasas de crecimiento, a una ralentización del aumento del nivel de vida, a veces incluso a bajas, y casi siempre a un aumento de las desigualdades. El poder explicativo de una secuencia «economista» es más que dudoso: ¿cómo podría una incertidumbre material creciente conducir a la caída de los regímenes dictatoriales y a la estabilización de los procedimientos electorales? La hipótesis educativa, en cambio, permite captar el avance de la igualdad bajo la apariencia de la desigualdad económica.

Cualesquiera que sean las críticas dirigidas contra Fukuyama, no es irrazonable considerar su hipótesis de un mundo finalmente unificado por la democracia liberal, con la posible consecuencia de una paz general que se desprendería de la ley Doyle sobre la imposibilidad de una guerra entre democracias. No obstante, debemos admitir que las trayectorias seguidas por las diversas naciones y regiones del mundo son bastante diversas.

El simple sentido común nos lleva a dudar de la convergencia absoluta hacia un modelo económico y político liberal de naciones que han vivido experiencias históricas tan diversas como la revolución inglesa, la Revolución francesa, el comunismo, el nazismo, el jomeinismo, el nacional-comunismo vietnamita o el régimen de los jemeres rojos. Fukuyama responde a sus propias dudas sobre la realidad de esa convergencia cuando evoca la actual democracia japonesa, formalmente perfecta, pero que tiene la particularidad de mantener en el poder, desde la guerra, y con excepción de un breve paréntesis de menos de un año, en 1993-1994, al partido demócrata-liberal. En Japón, la elección de los gobernantes se lleva a cabo a través de una lucha de clanes en el interior del partido dominante. Según Fukuyama, la ausencia de alternancia de partidos en el poder no nos impide en absoluto calificar al régimen japonés de democracia, porque ésta resulta de la libre elección de los electores.

El modelo sueco, estructurado por una preponderancia de larga duración del partido socialdemócrata, recuerda al japonés. En la medida en que el

sistema sueco apareció de forma endógena, sin ocupación extranjera como en el caso de Japón, sin duda podemos aceptar la definición de Fukuyama de una democracia liberal en la que la alternancia no sería un rasgo central.

Sin embargo, la coexistencia de la *alternancia* anglosajona y de la continuidad japonesa o sueca sugiere la existencia de modelos democráticos bien distintos y, por tanto, de una convergencia que no puede ser completa.

DIVERSIDAD ANTROPOLÓGICA INICIAL

El problema fundamental con el que tropieza la ciencia política ortodoxa es que, actualmente, no dispone de ninguna explicación convincente para la dramática divergencia ideológica de las sociedades en fase de modernización. En el capítulo precedente vimos lo que tienen en común todos los despegues culturales: alfabetización, descenso de la fecundidad, activación política, sin olvidar el desconcierto y la violencia de la transición que resultan del desarraigo mental. No obstante, hay que admitir que la dictadura militar de Cromwell, que autorizó el reparto de las iglesias entre sectas protestantes rivales, y la dictadura bolchevique, que convirtió todo un continente en un campo de concentración, expresan valores diferentes. Y que el totalitarismo comunista, firmemente apegado al principio de la igualdad entre los hombres, difiere en sus valores del nazismo, para el que la desigualdad de los pueblos era un artículo de fe.

En 1983, en *La troisième planète. Structures familiales et systèmes idéologiques*, propuse una explicación de orden antropológico para la divergencia política de las sociedades en fase de modernización[2]. Hoy en día, la hipótesis familiar permite describir y comprender la persistente diversidad del mundo democrático que parece a punto de nacer.

Los sistemas familiares de los campesinados desarraigados por la modernidad eran portadores de valores muy diversos, liberales o autoritarios, igualitarios o no, que fueron reutilizados como materiales de construcción por las ideologías del periodo de modernización.

- El liberalismo anglosajón proyectó al terreno político el ideal de independencia mutua que caracterizaba las relaciones entre padres e hijos de la familia inglesa, así como la ausencia de referencia igualitaria en la relación entre hermanos.

- La Revolución francesa transfiguró el liberalismo de la interacción entre padres e hijos y el igualitarismo del lazo entre hermanos, típico de los campesinos de la región parisina en el siglo XVIII, en una doctrina universal de la libertad y la igualdad de los hombres.
- Los mujiks rusos trataban a sus hijos de forma igualitaria, pero los conservaban bajo su autoridad hasta su propia muerte, estuviesen casados o no: la ideología rusa de transición, el comunismo, fue no solamente igualitario, a la manera francesa, sino también autoritario. Esta fórmula fue adoptada allí donde predominaban las estructuras familiares de tipo ruso: en China, Yugoslavia, Vietnam; sin olvidar, en ciertas regiones de Europa, las preferencias electorales comunistas de los campesinos de Toscana, el Limousin o Finlandia.
- En Alemania, los valores autoritarios y no igualitarios de la familia tipo, que designaba en cada generación un heredero único, fomentaron el aumento de poder del nazismo, ideología autoritaria y no igualitaria. Japón y Suecia representan variantes muy atenuadas de este modelo antropológico.
- La estructura de la familia arábigo-musulmana permite explicar ciertos aspectos del islamismo radical, una ideología de transición más, pero caracterizada por la combinación única de igualitarismo y de una aspiración comunitaria que no llega a cuajar en estatismo. Este modelo antropológico específico alcanza, más allá del mundo árabe, países como Irán, Pakistán, Afganistán, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán, Azerbaiyán y parte de Turquía. El estatus inferior de la mujer en este modelo familiar no es sino el elemento más evidente del mismo. Está cerca del modelo ruso por su forma comunitaria, que asocia al padre a sus hijos casados, pero se distingue fuertemente del mismo por la preferencia del matrimonio endogámico entre primos. El matrimonio entre primos carnales, particularmente entre hijos de dos hermanos, induce una relación hacia la autoridad muy específica, tanto en el ámbito familiar como en el ideológico. La relación entre padre e hijos no es verdaderamente autoritaria. La costumbre se impone sobre el padre, y la asociación horizontal entre hermanos es la relación fundamental. El sistema es muy igualitario, muy comunitario, pero no favorece en absoluto el respeto hacia la autoridad en general y hacia el Estado en particular[3]. El nivel endogámico es variable según el sitio: un 15 por

100 en Turquía, del 25 al 35 por 100 en el mundo árabe, un 50 por 100 en Pakistán. Confieso que espero con cierta curiosidad de antropólogo el desarrollo del proceso de modernización mental e ideológico de Pakistán, país límite en el plano antropológico por su máxima endogamia. Desde ahora mismo, podemos afirmar que su metamorfosis no será como la de Irán, donde la tasa de endogamia familiar es del 25 por 100. Este aliado tan poco fiable de los Estados Unidos aún no ha acabado de difundir su mensaje ideológico, ni tampoco de asombrarnos.

Tabla 3. Porcentaje de matrimonios entre primos en la primera mitad de los años noventa

Sudán	50
Pakistán	57
Mauritania	40
Túnez	36
Jordania	36
Arabia Saudí	36
Siria	35
Omán	33
Yemen	31
Qatar	30
Kuwait	30
Argelia	29
Egipto	25
Marruecos	25
Emiratos Árabes	25
Irán	25
Bahrein	23
Turquía	15

Fuente: Demographic and Health Survey.

Podríamos multiplicar los ejemplos y los desarrollos. Lo importante es

percibir una dimensión antropológica inicial, inscrita en el espacio y las costumbres campesinas antes del proceso de modernización. Regiones y pueblos portadores de valores familiares diversos se ven arrastrados, en fechas sucesivas y según ritmos más o menos rápidos, hacia un mismo movimiento de desarraigo. Si captamos a la vez la diversidad familiar original del mundo campesino, variable antropológica, y la universalidad del proceso de alfabetización, variable histórica, podemos pensar, simultáneamente, el sentido de la historia y los fenómenos de divergencia.

UN ESQUEMA POSIBLE: HISTERIA DE TRANSICIÓN Y CONVERGENCIA DEMOCRÁTICA

En un primer momento, la crisis de transición «histeriza» los valores antropológicos. El desarraigo de la modernidad conduce, por reacción, a la reafirmación ideológica de los valores tradicionales de la familia. Por eso todas las ideologías de transición son, en cierto sentido, fundamentalistas, integristas: conscientemente o no, todas reafirman su apego al pasado, incluso cuando pretenden ser violentamente modernas, como en el caso del comunismo, por ejemplo. El partido único, la economía centralizada, y aún más el KGB, se apropiaron, en Rusia, del papel totalitario de la familia campesina tradicional^[4].

Todas las sociedades tradicionales se ven arrastradas por el mismo movimiento de la historia: la alfabetización. Pero la transición dramatiza las oposiciones entre pueblos y naciones. Entonces, los antagonismos entre franceses y alemanes, entre anglosajones y rusos, parecen máximos, porque, bajo un ropaje ideológico, cada uno proclama, si puede decirse así, su especificidad antropológica original. Hoy, el mundo árabe-musulmán dramatiza otra vez su diferencia con Occidente, especialmente en lo que se refiere al estatus de la mujer, precisamente ahora que las mujeres de Irán, o del mundo árabe, están emancipándose a través de la contracepción.

Después, la crisis se aplaca. Poco a poco se hace evidente que todos los sistemas antropológicos están atravesados, con desfases pero en paralelo, por el mismo ascenso del individualismo asociado a la alfabetización. El elemento de convergencia democrática acaba emergiendo.

Por supuesto, no todos los sistemas antropológicos afrontan de la misma forma el ascenso del individualismo democrático. ¿Cómo podrían hacerlo?

El valor «libertad» es en ciertos sistemas, el anglosajón y el francés especialmente, original, está inscrito en el zócalo familiar; el avance de la historia no aporta sino una formalización, una radicalización de su expresión. En los casos de los sistemas alemán, japonés, ruso, chino o árabe, el auge del individualismo ataca ciertos valores antropológicos iniciales, de ahí la mayor violencia del proceso de transición y algunas diferencias en su culminación; una vez atenuados, los valores «autoridad» o «comunidad» que caracterizan a esos sistemas no son aniquilados. Así pues, podemos dar cuenta de las diferencias observadas entre los modelos democráticos del mundo pacificado posteriores a la transición demográfica. Japón, con su incombustible partido demócrata-liberal, su cohesión social y su capitalismo industrial y exportador, no es Estados Unidos. La Rusia poscomunista y el Irán posterior a Jomeini no se convertirán a la forma social hiper-individualista que predomina en los Estados Unidos.

Es difícil aceptar la idea de que todas las «democracias» surgidas de la transición son o serán esencialmente estables, o incluso realmente similares en su modo de funcionamiento a las democracias liberales anglosajona y francesa. Plantearse la posibilidad de un mundo pacificado, admitir una tendencia general hacia un mayor individualismo y creer en el triunfo universal de la democracia liberal son cosas bastante diferentes. Por el momento, no obstante, nada permite despreciar la hipótesis de Fukuyama.

Incluso el fracaso de la primera democratización china poscomunista, que culminó con la instauración de un régimen mixto que combina liberalismo económico y autoritarismo político, no es forzosamente un obstáculo para la teoría. Es posible interpretar esa fase como provisional. Contrariamente a lo que sugiere Huntington, el ejemplo de Taiwán, donde desde hace algunos años se observa el desarrollo de una verdadera democracia, sugiere que no existe ninguna incompatibilidad esencial entre China y la democracia.

Paradójicamente, es mucho más difícil imaginar la estabilización democrática y liberal a largo plazo en América Latina. Allí, las estructuras familiares están especialmente atomizadas, las estructuras económicas son radicalmente no igualitarias y, desde el siglo XIX, se vienen sucediendo alternativamente ciclos democráticos y golpes militares. De hecho, cuando se conoce la historia de América Latina, incluso resulta difícil imaginar una estabilización autoritaria duradera. Sin embargo, pese a las formidables dificultades económicas y las indescriptibles peripecias políticas, la

democracia argentina resiste. En cuanto a Venezuela, donde en abril de 2002, la patronal, la Iglesia, las cadenas de televisión privadas y parte del ejército intentaron un golpe de Estado contra el presidente Chávez, ha demostrado una solidez democrática inesperada. Es cierto que la tasa de alfabetización de la población adulta es del 93 por 100, y la de los jóvenes entre 15 y 24 años del 98 por 100. Unas pocas cadenas de televisión no bastan para manipular a una población que sabe leer, y no sólo mirar. La transformación de las mentalidades es profunda: las mujeres venezolanas controlan su fecundidad, pues, a principios del año 2002, el número de hijos por mujer bajó a 2,9.

La persistencia de la democracia venezolana ha sorprendido particularmente al gobierno norteamericano, que se apresuró a aprobar el golpe de Estado, interesante signo de su nueva indiferencia hacia los principios de la democracia liberal. Es posible imaginar a un Fukuyama feliz ante la resistencia democrática de Venezuela, conforme a su modelo, pero tal vez algo confuso al ver que Estados Unidos se desinteresa oficialmente de los principios de libertad e igualdad en el preciso momento en que empiezan a triunfar en el antiguo Tercer Mundo.

Si nos ceñimos al propósito limitado de este libro, que es examinar el reajuste de las relaciones de Estados Unidos con el mundo, no necesitamos llegar a una conclusión definitiva sobre la cuestión de la democratización general del planeta para avanzar. Nos bastará con constatar que, tras una fase de modernización, las sociedades se apaciguan y encuentran una forma de gobierno no totalitario aceptada por la mayoría de la población. Basta con aceptar una versión mínima de la hipótesis de Fukuyama sobre la universalización de la democracia liberal. Podemos adoptar el mismo enfoque minimalista respecto a la aplicación de la ley Doyle sobre la imposibilidad de la guerra entre democracias. ¿Por qué no considerar una ley «ampliada» y no dogmática que postule que la guerra entre esas sociedades pacificadas es poco verosímil? En ese contexto, saber si su democratización a través de la alfabetización universal hace de sus sistemas políticos equivalentes estrictos de los modelos liberales anglosajón o francés es una cuestión muy secundaria.

LAS NACIONES UNIDAS DE EUROPA

El espacio europeo occidental es, ciertamente, el lugar de aplicación privilegiada del juego de hipótesis derivado de los trabajos de Fukuyama y Doyle, pese a que la incapacidad del continente para alcanzar el equilibrio por sí mismo impide considerar su experiencia como absolutamente concluyente. Los Estados Unidos garantizaron militarmente la instauración y la estabilización de la democracia liberal tras la Segunda Guerra Mundial. Al igual que Japón, Alemania occidental fue, durante algunos años, un verdadero protectorado norteamericano. Después de dos siglos de hiperactividad ideológica y bélica, la transformación de Europa en un espacio de paz y cooperación entre todas las naciones ilustra bien la posibilidad de una pacificación del mundo. En pleno centro de Europa, las relaciones franco-alemanas son particularmente representativas de un estado de guerra que se está transformando en algo muy parecido a la paz perpetua.

La estabilización democrática y la pacificación no implican en absoluto una convergencia integral de Europa hacia un único modelo sociopolítico. Las viejas naciones, con sus lenguas, sus estructuras sociales y sus costumbres, siguen bien vivas. Para demostrar su persistencia, podríamos examinar la diversidad de modos de gestión de conflictos, sistemas de partidos, tipos de alternancia gubernamental. Pero también podemos, más brusca y fundamentalmente, ceñirnos al nivel demográfico.

En lo que concierne a la natalidad, todos los países europeos han acabado su transición: sus índices de fecundidad son, no obstante, muy desiguales, y van de 1,1 a 1,9 hijos por mujer. Si nos limitamos a las grandes naciones de Europa, en realidad pequeñas o modestas a escala mundial, podremos relacionar la distribución de los niveles de fecundidad y las tradiciones ideológicas. El Reino Unido y Francia se distinguen por sus índices de fecundidad razonablemente elevados: 1,7 y 1,9 hijos por mujer respectivamente, cerca del umbral de reproducción de las generaciones y del 1,8 de la población «blanca europea» de Estados Unidos^[5]. La natalidad de las tres viejas democracias liberales es similar. En otros sitios las tasas han implosionado: 1,3 en Alemania e Italia, 1,2 en España, tres países productores de dictaduras durante la fase de transición de la primera mitad del siglo XX. Tal vez esta distribución no sea aleatoria. En la época de los medios de contracepción modernos, la técnica –píldora o dispositivos intrauterinos– traslada a las parejas a una especie de estado socialmente

natural de infecundidad. Antaño había que luchar contra la naturaleza, *decidir* no tener demasiados hijos; hoy hay que *decidir* tener uno o varios. Las poblaciones de tradición individualista norteamericana, inglesa o francesa parecen tener más facilidad para hacerlo. En el seno de las poblaciones de las zonas de tradición más autoritaria sobrevive, en el plano demográfico, una concepción más pasiva de la existencia. Allí, la decisión de fecundidad, que, hoy por hoy, debería ser positiva, es más difícil de adoptar.

Tal explicación sugiere que persisten entre las poblaciones profundas diferencias de mentalidad, especialmente entre franceses y alemanes. Esta diversidad de temperamentos no impide el funcionamiento de dos regímenes respetuosos hacia las reglas del juego democrático, incluso si la alternancia sigue siendo en Alemania un fenómeno raro y, en Francia, ningún sector político consigue, salvo por casualidad, ganar dos elecciones sucesivas.

Pese a sus instituciones comunes, su moneda única y la cooperación tecnológica, las naciones europeas siguen vivas, y hasta tal punto que sin duda sería más realista, y tal vez más motivador, hablar de las Naciones Unidas de Europa.

Volvamos a la escala planetaria. Vamos a seguir en un plano histórico muy general, armados sólo con nuestro sentido común y evitando atiborrarnos de referencias filosóficas o políticas tranquilizadoras. ¿Cómo no considerar que un mundo alfabetizado, con una demografía estacionaria, debería manifestar una tendencia fundamental hacia la paz que ampliaría la historia reciente de Europa a todo el planeta? ¿Cómo no imaginar a esas naciones tranquilas entregadas a su desarrollo espiritual y material? ¿Cómo no imaginar a un mundo así siguiendo la vía marcada por Estados Unidos, Europa occidental y Japón desde la Segunda Guerra Mundial? De alguna forma, sería el triunfo de la doctrina de Naciones Unidas.

Tal vez sea un sueño. Lo seguro es que, si ese mundo existiese, encontraría su forma política acabada en un triunfo de la Organización de Naciones Unidas, y no tendría ningún papel especial que proponer a Estados Unidos. A éstos no les quedaría otro remedio que convertirse en una nación liberal y democrática como las demás, desmovilizar su aparato militar y aceptar una jubilación estratégica bien merecida, rodeados por el afecto de un planeta agradecido.

Esa historia nunca se escribirá. Aún no sabemos si la universalización de la democracia liberal y de la paz es un proceso histórico inevitable. Lo que sí sabemos es que un mundo así sería una amenaza para los Estados Unidos. Económicamente dependientes, éstos necesitan un nivel de desorden que justifique su presencia político-militar en el Viejo Mundo.

REGRESO AL REALISMO ESTRATÉGICO: RUSIA Y LA PAZ

Acabemos por el principio, por el país cuyo viraje demográfico dio sentido a la primera visión de Fukuyama: Rusia, que, en vísperas de su implosión ideológica, era capaz de amenazar a cualquier país del planeta con su masa geográfica, demográfica y militar. El expansionismo militar soviético constituía el problema esencial para las democracias y justificaba, por sí solo, el papel de Estados Unidos como protector del mundo libre. La caída del comunismo puede desembocar, a medio plazo, en la metamorfosis de Rusia en una democracia liberal. Si una democracia liberal no puede, por definición, agredir a otra, la mutación rusa bastaría por sí misma para transformar, en lo esencial, el planeta en un remanso de paz. Con Rusia convertida en un gigante bonachón, los europeos y los japoneses bien podrían pasarse sin Estados Unidos. Hipótesis audaz y dolorosa para unos Estados Unidos que, por su parte, ya no pueden prescindir de los dos polos industrial y financieramente productivos de la tríada.

Pero, llevemos más lejos nuestra hipótesis. Si el Viejo Mundo tiende hacia la paz, si ya no necesita a los Estados Unidos, y si, en cambio, estos últimos se han convertido en depredadores económicos y, por tanto, en una amenaza, el papel de Rusia también quedaría invertido. A priori, nada nos impide imaginar a una Rusia liberal y democrática protegiendo al planeta de unos Estados Unidos que intentasen consolidar una postura globalmente imperialista.

Más adelante, examinaré en detalle la situación económica y el papel estratégico de Rusia. En esta etapa preliminar, conviene sin embargo recordar que, pese a su hundimiento militar, Rusia es el único país que, gracias a su arsenal nuclear, puede obstaculizar la omnipotencia militar de Estados Unidos. El acuerdo de mayo de 2002 entre George W. Bush y Vladímir Putin sobre la reducción de armamentos nucleares permite la subsistencia, en ambas partes, de 2.000 cabezas nucleares, es decir, del

viejo equilibrio del terror.

Si las relaciones de Estados Unidos con el mundo se invierten, pasando de la protección a la agresión potencial, las relaciones de Rusia con el mundo también lo hacen, basculando de la agresión a la protección potencial. En un modelo así, el único elemento estable es, finalmente, el carácter antagonico de las relaciones ruso-americanas.

[1] Escrito en 1793, edición de 1970, Vrin.

[2] Éditions du Seuil, reeditado en 1999 en *La diversité du monde*, Le Seuil.

[3] Más detalles en *La troisième planète*, *op. cit.*, cap. 5. Los musulmanes de Yugoslavia, Albania y Kazajstán son patrilineales, comunitarios e igualitarios, pero no endogámicos. Los musulmanes de Malasia e Indonesia tienen un sistema familiar absolutamente diferente, con un estatus elevado de las mujeres y una desviación matrilocal importante. Después del matrimonio, lo más frecuente es que la pareja viva cerca de la familia de la novia.

[4] En 1853, en una carta a Gustave de Beaumont, Tocqueville definía la Rusia de entonces como «América menos la ilustración y la libertad. Una sociedad democrática que da miedo» (A. de Tocqueville, *Oeuvres complètes*, tomo VIII, *Correspondance d'Alexis Tocqueville et de Gustave de Beaumont*, Gallimard, 1967, vol. 3, p. 164).

[5] Deducimos del 2,1 nacional a hispanos y negros.

CAPÍTULO III

La dimensión imperial

Si queremos apoyar en la historia nuestra reflexión sobre el sistema norteamericano, la comparación con dos imperios antiguos, Atenas y Roma, se impone por sí misma. El primer ejemplo complace a los admiradores de Estados Unidos, el segundo a los antiamericanos. Una actitud favorable hacia Estados Unidos conduce en general a elegir a Atenas como referencia. Resulta fácil constatar que, en el caso de Estados Unidos, la instalación de una esfera de influencia política más allá de su marco nacional no ha sido resultado de una conquista militar al estilo romano.

Para los romanos, la expansión territorial constituía el sentido mismo de la historia. El código genético de la *urbs* parecía incluir un principio de expansión por la fuerza. Todo el resto –vida política interna, economía, arte– era secundario. Atenas, en cambio, fue en sus orígenes una ciudad de mercaderes y artesanos, cuna de la tragedia, la filosofía y la democracia. Su destino militar le vino impuesto por la agresión persa, que le condujo a ponerse, junto a Esparta, a la cabeza de las ciudades griegas resistentes. Tras una primera derrota de Persia, Esparta, ciudad terrestre, se retiró de la lucha, mientras que Atenas, potencia naval, continuó en ella mediante la organización de la liga de Delos, una confederación de ciudades. Las más poderosas aportaban navíos y las más débiles dinero. Así se estableció al principio la esfera de influencia ateniense, a través de una especie de liderazgo democrático.

Los Estados Unidos, en sus orígenes una potencia esencialmente naval, como Atenas, aislacionistas hasta Pearl Harbor, no pueden en absoluto ser acusados de militarismo congénito ni de imperialismo territorial al estilo romano. La constitución de la OTAN fue ampliamente deseada por sus aliados europeos. El paralelismo entre la Alianza Atlántica y la liga de Delos está lejos de ser incongruente; la Unión Soviética desempeñaría en esta fábula el papel de una Persia amenazante.

Sin embargo, esta visión optimista y liberal de la Alianza Atlántica sólo

puede seducir plenamente a aquellos que han olvidado la continuación de la historia ateniense. La liga de Delos no tardó en degenerar. La mayor parte de las ciudades aliadas prefirieron descargarse de sus obligaciones militares pagando a Atenas un tributo, el *phoros*, antes que seguir proporcionando navíos y tripulaciones. La ciudad dirigente acabó apropiándose del tesoro común, depositado en la isla de Delos, y utilizándolo para financiar, no sólo el sometimiento de las ciudades recalcitrantes de la liga, sino también la construcción de los templos de la Acrópolis. El ejemplo es imperfecto, o demasiado perfecto: podría invitar a los europeos –y, por qué no, a los japoneses– a una meditación «realista» sobre su propio comportamiento militar.

Atenas fue finalmente derrotada por Esparta, transformada por la fuerza de los acontecimientos, en defensora de las libertades griegas. Desgraciadamente, los datos históricos que nos han llegado no nos permiten analizar con precisión ni los beneficios económicos obtenidos por Atenas de su imperio, ni el efecto de esos beneficios sobre la estructura social de la ciudad en sí misma[1].

EN EL ORIGEN DE LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA, EL HECHO POLÍTICO Y MILITAR

Los partidarios de la referencia al imperialismo romano, mucho más numerosos, subrayarán que la historia del imperio norteamericano no empezó tras el golpe de Praga, en 1948, como reacción a la instauración de la esfera soviética, sino en 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual Estados Unidos consolidó su supremacía industrial y militar. Las conquistas fundamentales del sistema norteamericano que se instala en 1945 son los protectorados alemán y japonés, dos incorporaciones importantes por su importancia económica. Alemania era la segunda potencia industrial antes de la guerra, Japón lo es hoy. Y, en efecto, si los Estados Unidos establecieron su poder sobre esos dos puntos de apoyo, esenciales para el control del sistema económico mundial, fue gracias a la fuerza militar. Eso nos acerca al modelo imperial romano.

El caso de Roma está mejor documentado que el de Atenas en el plano económico y social. En él es posible medir la deformación de la estructura social acarreada por la acumulación, en el centro político, de la riqueza

producida en el espacio dominado militarmente.

Durante los cien años que siguieron a la decisiva victoria sobre Cartago, al final de la segunda guerra púnica, Roma se extendió rápidamente hacia Oriente y se adueñó de toda la cuenca mediterránea. Ahora disponía de recursos ilimitados en tierras, dinero y esclavos. Extraía recursos monetarios en el conjunto de su esfera de influencia e importaba grandes cantidades de productos alimenticios y manufacturados. Los campesinos y artesanos de Italia dejaron de ser útiles en aquella economía mediterránea *globalizada* por la dominación política de Roma. La sociedad se polarizó en un binomio que oponía una plebe económicamente inútil a una plutocracia depredadora. Una minoría atiborrada de riquezas dominaba a la población proletarizada. Las clases medias implosionaron, proceso que acarreó la desaparición de la república y el establecimiento del imperio, conforme al análisis de Aristóteles sobre la importancia de las categorías sociales intermedias para la estabilidad de los sistemas políticos[2].

Como no podían eliminar a la plebe, indócil pero geográficamente central, acabaron alimentándola y distrayéndola a expensas del imperio con pan y circo.

Para quien se interese por la globalización económica actual, conducida bajo dirección norteamericana, la comparación con los modelos antiguos está llena de enseñanzas, tanto por sus similitudes como por sus diferencias. Ya se apoye en el ejemplo de Atenas o en el de Roma, lo cierto es que pone de manifiesto el origen político y militar de la esfera de influencia económica. Esta visión política de la economía corrige, en el sentido óptico del término, el pensamiento único, que nos representa la globalización como un fenómeno apolítico. Según éste, nos encontramos ante un mundo liberal en el que no existe ni nación, ni Estado, ni poder militar. Ahora bien, ya partamos de Atenas o de Roma, no podremos evitar ver que la constitución de una economía globalizada es el resultado de un proceso político-militar; y que ciertas rarezas de la economía globalizada no puede explicarse sin hacer referencia a la dimensión político-militar del sistema.

DE LA PRODUCCIÓN AL CONSUMO

Cuando se trata de alabar los méritos del librecambio, la teoría económica liberal es francamente locuaz. Según ella, se trata del único método capaz

de optimizar la producción y el consumo para todos los habitantes del planeta. Esta teoría insiste en la necesidad de que cada país se especialice en la producción de bienes y servicios para la que está mejor capacitado. Además, especula hasta el infinito sobre el carácter automático de los ajustes del mercado: según ella, entre producción y consumo, importaciones y exportaciones se establecen grandes y magníficos equilibrios mediante las fluctuaciones del valor de las monedas nacionales. La escolástica económica percibe, describe o inventa un mundo ideal perfectamente simétrico en el que cada nación ocupa un lugar equivalente y obra en aras del bien común. Esta teoría, cuyo germen fue aislado por Smith y Ricardo, en la actualidad se cultiva y se produce en un 80 por 100 en las grandes universidades norteamericanas. Junto a la música y el cine, constituye una de las exportaciones culturales más importantes de los Estados Unidos. Su grado de adecuación a la realidad es *hollywoodiense*, es decir, escaso. Y, cuando se trata de explicar el inquietante hecho de que *la globalización no esté organizada por un principio de simetría, sino de asimetría*, pierde su locuacidad o, lo que es más, enmudece. El mundo, cada vez más claramente, produce para que los Estados Unidos consuman. En Estados Unidos no se establece equilibrio alguno entre importaciones e importaciones. La nación autónoma y superproductiva de la inmediata posguerra se ha convertido en el centro de un sistema y su vocación dentro del mismo es consumir más que producir.

La lista de déficits comerciales estadounidenses es impresionante, pues comprende a todos los países importantes del mundo. Tomemos como ejemplo el año 2001: 83.000 millones de dólares de déficit con China, 68.000 con Japón, 60.000 con la Unión Europea, de los cuales 29.000 con Alemania, 13.000 con Italia y 10.000 con Francia; 30.000 millones de déficit con México, 13.000 con Corea. Incluso Israel, Rusia y Ucrania son excedentarias en sus intercambios con Estados Unidos: en una cuantía de 4.500, 3.500 y 500 millones de dólares respectivamente[3].

Como puede deducirse de la lista de países excedentarios, la importación de materias primas no es la causa principal del déficit estadounidense, algo que podría ser normal para un país desarrollado. El petróleo, obsesión de la estrategia norteamericana, por ejemplo, no explica en 2001 más que 80.000 millones de déficit comercial; los otros productos, en lo esencial manufacturados, representan 336.000 millones.

Si en vez de relacionar el déficit comercial estadounidense con el producto nacional bruto global, que incluye la agricultura y los servicios, lo relacionamos con la producción industrial, llegamos a la asombrosa conclusión de que el 10 por 100 del consumo industrial de Estados Unidos depende de bienes cuya importación no puede cubrir la exportación de productos nacionales. En 1995, ese déficit comercial era sólo del 5 por 100. Y no pensemos que el déficit en cuestión estuviese concentrado en los bienes de baja tecnología: los Estados Unidos se dedican casi exclusivamente a la producción más puntera. La industria norteamericana sigue liderando cierto número de sectores: los ordenadores son el ejemplo más evidente, pero podríamos citar el material médico o el aeronáutico. El hecho es que, año tras año, vemos cómo se va frenando el avance de Estados Unidos en todos los campos, incluyendo los sectores punteros. En 2003, Airbus producirá tantos aviones como Boeing, aunque no se prevé una paridad absoluta de valor hasta 2005-2006. El excedente de la balanza comercial norteamericana, en lo que se refiere a bienes de tecnología avanzada, pasó de 35.000 millones de dólares en 1990 a 5.000 en 2001, y en enero de 2002 era deficitario[4].

La velocidad con la que apareció ese déficit comercial estadounidense es uno de los aspectos más interesantes del proceso en curso. La víspera de la depresión de 1929, el 44,5 por 100 de la producción industrial mundial estaba situada en Estados Unidos, contra el 11,6 por 100 de Alemania, el 9,3 por 100 de Gran Bretaña, el 7 por 100 de Francia, el 4,6 por 100 de la URSS, el 3,2 por 100 de Italia y el 2,4 por 100 de Japón[5]. Setenta años después, el producto industrial norteamericano es un poco inferior al de la Unión Europea y apenas superior al de Japón.

Este descenso de su potencial económico no se ha visto compensado por la actividad de las multinacionales norteamericanas. Desde 1998, los beneficios que éstas repatrian a Estados Unidos son inferiores a los que las firmas extranjeras allí instaladas repatrian a sus diferentes países.

NECESIDAD DE UNA RUPTURA COPERNICANA: ADIÓS A LAS ESTADÍSTICAS «INTERNAS»

La mayoría de los comentaristas económicos celebraba, la víspera de la recesión de 2001, el fantástico dinamismo de la economía norteamericana,

el nacimiento de un nuevo paradigma que combinaba capacidad de inversión, dinamismo del consumo y baja inflación. La cuadratura del círculo de los años setenta había sido resuelta por fin, los Estados Unidos habían encontrado el camino hacia un crecimiento sin una subida excesiva de los precios. A principios de 2002, preocuparse por el retraso de la productividad europea o japonesa se había convertido en una rutina obligatoria para nuestra prensa, y eso en el mismo momento en que el gobierno de Estados Unidos se veía obligado a restablecer los aranceles aduaneros para proteger su industria siderúrgica, y en que las videoconsolas japonesas Play Station II y Game Cube dejaban en ridículo a la X-Box, intento de Microsoft para afrontar la competencia en ese terreno. ¡En el mismo momento en que California sufría un déficit de electricidad y Nueva York tenía dificultades para aprovisionarse de agua potable!

Hace ya casi cinco años, la visión optimista, por no decir beatífica, de la economía del otro lado del Atlántico, y ciertas interpretaciones de los índices de crecimiento de un producto nacional bruto que, ya entonces, no se sabía muy bien qué significaba, me parecían discutibles. Hoy nos encontramos, cada vez más nítidamente, ante una elección: creernos las cifras del PNB que derivan de la suma de valores añadidos que arrojan las actividades de todas las empresas situadas *en el interior* de Estados Unidos, o aceptar la realidad descrita por la balanza comercial; ésta mide los intercambios *entre países* y revela la incapacidad industrial de Estados Unidos. En cuanto la importación de un bien plantea dificultades, aparecen tensiones reales, como en el caso de la electricidad, una insuficiencia revelada por las averías californianas.

Durante mucho tiempo, he tenido amplias dudas sobre la realidad del dinamismo norteamericano. El caso Enron y, sobre todo, el caso Andersen, que vino a continuación, las ha despejado completamente. La quiebra de Enron, empresa intermediaria en la distribución de electricidad, supuso la volatilización de 100.000 millones de dólares de cifra de negocio, cifra mágica, virtual, mítica, citada por la prensa. La falsificación de cuentas a manos del consulting de auditorías Andersen no nos permite calcular qué fracción de esa suma representaba «valor añadido» y hubiera debido ser integrada como tal en el cálculo del PNB norteamericano. Pero esos 100.000 millones podrían representar aproximadamente el 1 por 100 del PNB de Estados Unidos. ¿Cuántas empresas falsifican sus cuentas con

ayuda de Andersen u otras oficinas de contabilidad y auditoría? La reciente multiplicación de estos casos sugiere que la mayoría de ellas. ¿Cómo calificar una economía en la cual los servicios financieros, los seguros y el sector inmobiliario progresaron dos veces más aprisa que la industria entre 1994 y 2000, para alcanzar una producción de «valor» igual al 123 por 100 de esa industria? La palabra valor aparece entrecomillada porque lo que distingue el valor de los servicios del de los bienes industriales es que, en general, los primeros no pueden ser intercambiados en los mercados internacionales –con la excepción, por supuesto, de la fracción de esta actividad que garantiza el abastecimiento de capital para la economía norteamericana, el dinero fresco que necesita para la cobertura de las importaciones. Deformado por los fraudes generalizados de las empresas privadas, el PNB estadounidense empieza a parecerse, en cuanto a su fiabilidad estadística, al de la Unión Soviética.

Tabla 4. Sectores de economía e índices de crecimiento en Estados Unidos

	<i>Fracción del PIB 2000 (%)</i>	<i>Crecimiento 1994-2000 (%)</i>
PNB	100	40
Agricultura	1,4	15
Industrias extractivas	1,3	41
Construcción	4,7	68
Industrias manufactureras	15,9	28
Transportes	8,4	35
Comercio al por mayor	6,8	41
Comercio al por menor	9,1	44
Finanzas, seguros e inmobiliaria	19,6	54
Servicios personales	21,9	59
Estado	12,3	27

Fuente: Bureau of Economic Analysis.

<http://www.bea.gov/dn2/gpoc.htm#1994-2000>.

La teoría económica ortodoxa no puede explicar el retraimiento de la actividad industrial norteamericana ni la transformación de Estados Unidos

en un espacio especializado en el consumo y dependiente del mundo exterior para su abastecimiento. La interpretación imperial, de tipo romano, permite en cambio captar el proceso como efecto económico de una organización política y militar.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos, confrontados a la devastación de Europa y de Japón, y al aumento del poder del sistema soviético, organizaron su zona de influencia en un sistema global cuyo centro ocupaban. Etapa tras etapa, las reglas del juego impuestas se correspondían con los intereses, comerciales o financieros, de Estados Unidos, los únicos que estaban en condiciones de garantizar la unificación del espacio militar y políticamente. Está fuera de toda duda que, en un primer momento, la pretensión norteamericana de garantizar el bienestar de la mayoría del planeta estaba perfectamente justificada. Sería absurdo considerar la emergencia de ese sistema mundial como un fenómeno destructivo: el crecimiento de la época 1950-1975 lo atestigua. El plan Marshall, que proporcionó a Europa los medios para su reconstrucción, y a los Estados Unidos los que necesitaba para escapar a una nueva crisis económica como la de 1929, sigue siendo un acto de inteligencia política y económica como hay pocos en la historia. En lo que se refiere a ese periodo, cabría hablar de un imperialismo positivo.

Los Estados Unidos, volcados en la lucha contra el comunismo, demasiado seguros del carácter permanente, ontológico, de su preeminencia económica, dieron absoluta prioridad a la integración política de su esfera de influencia militar. Con ese objetivo, abrieron su mercado a los productos europeos y, sobre todo, japoneses, sacrificando, al principio sin darse mucha cuenta de ello, después con cierta angustia, amplios sectores de su propia industria. El déficit comercial apareció a principios de los años setenta. Luego se extendió a los intercambios con el conjunto del mundo, incluso más allá de la esfera de influencia política original.

La implosión del comunismo ha permitido la entrada de nuevos países importantes en ese sistema de intercambio asimétrico: hoy, es China, más que Japón o Europa, el país cuya balanza comercial arroja el mayor excedente en sus intercambios con Estados Unidos. El sobreconsumo norteamericano es ahora un elemento clave en una estructura económica mundial que algunos perciben como imperial. En una situación de insuficiencia de la demanda global –fenómeno estructural creado por el

librecambio—, los Estados Unidos ya no son esenciales para el mundo por su producción, sino por su consumo.

EL ESTADO KEYNESIANO EN UNA ECONOMÍA MUNDIAL DEPRIMIDA

La liberalización de los intercambios comerciales ha originado, de acuerdo con la teoría económica, un incremento de la desigualdad a escala mundial. La liberalización tiende a introducir en cada país las diferencias de ingresos que caracterizan al conjunto del planeta. La competencia internacional ha favorecido en todas partes el estancamiento de la masa salarial y el alza, mejor dicho, la explosión de los beneficios. La reducción de los ingresos del trabajo inducida por el librecombio reactiva un dilema tradicional del capitalismo cuyo resurgimiento está adquiriendo dimensiones planetarias: unos salarios diezmados no permiten la absorción de una producción en aumento. Este fenómeno banal fue estudiado por Malthus y Keynes en Inglaterra, y por la mayoría de los economistas socialistas de los siglos XIX y XX, y los economistas no conformistas de Estados Unidos lo han comprendido perfectamente.

Si bien los economistas del *establishment* universitario americano admiten en general el aumento de la desigualdad que resulta del librecombio, el estancamiento de la demanda es, en cambio, un tema tabú hasta para los falsos anticonformistas como Paul Kurgman. Hacer referencia a este efecto de la globalización es signo de ruptura con el orden establecido, y sólo los verdaderos rebeldes se arriesgan a mencionarlo, como es el caso de Chalmers Johnson, especialista en Asia, autor de *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, uno de los libros más crueles sobre el comportamiento de Estados Unidos escritos después de la Segunda Guerra Mundial^[6]. Pero en cambio Robert Gilpin, un analista tan lúcido de la globalización, tan consciente de la persistencia de los Estados y las naciones, de las diferencias estructurales entre los capitalismos anglosajón y japonés o alemán, tan atento a la fragilidad económica e ideológica de la hegemonía norteamericana, no se atreve a evocar ese problema, pues tal cosa implicaría una contravención del código de buena conducta del *establishment*.

Estoy cometiendo una pequeña injusticia con Joseph Stiglitz, ex

economista en jefe del Banco Mundial y, como atestigua su premio Nobel, miembro indiscutible del *establishment*. En *La grande désillusion*, Stiglitz subraya el problema de la demanda global mundial y menciona repetidas veces la incapacidad del Fondo Monetario Internacional para percibir las insuficiencias de las demandas nacionales, o incluso regionales, especialmente en Asia^[7]. Pero Stiglitz permanece fiel al librecurso y, en la práctica, no hace más que lamentarse de la inexistencia de una instancia mundial de regulación. No sé si es ingenuo o hábil, probablemente las dos cosas a la vez, pues se muestra duro con los burócratas del FMI pero apegado al dogma de su profesión. Pero no seamos exigentes hasta el absurdo: el hecho de que uno de los grandes representantes del análisis económico norteamericano afirme, después de Keynes, que puede producirse un debilitamiento de la demanda global, y que es necesario proceder a una regulación a escala mundial, marca el comienzo de un giro, aunque el gobierno de Washington no sea, por definición, el más indicado para «negociar» su desarrollo.

La tendencia al estancamiento de la demanda que resulta del librecurso y de la reducción salarial es evidente, y explica el descenso regular de los índices de crecimiento de la economía mundial y sus cada vez más frecuentes recesiones. Nada de eso es nuevo, pero debemos llevar nuestro análisis hasta las implicaciones estratégicas que tiene para Estados Unidos la depresión del consumo planetario. Porque es en efecto el estancamiento de la demanda a escala mundial lo que permite a Estados Unidos justificar su papel de regulador y depredador de la economía «globalizada», así como asumir y reivindicar la función de Estado keynesiano planetario.

En una economía mundial frenada, deprimida, la propensión de los Estados Unidos a consumir más de lo que producen acaba siendo beneficiosa para el resto del planeta. En cada recesión, el mundo se extasia ante el persistente dinamismo del consumo norteamericano, que se convierte en la característica positiva fundamental de una economía cuya improductividad fundamental no quiere ver. La tasa de ahorro de las familias norteamericanas es prácticamente cero. Pero cada «recuperación de la economía» de Estados Unidos dispara las importaciones de bienes provenientes del mundo. El déficit comercial aumenta y bate cada año nuevos récords negativos. Es el mundo de La Fontaine al revés: la hormiga suplicando a la cigarra que se digne aceptar un poco de comida.

Nuestra actitud hacia Estados Unidos es la de unos súbditos planetarios y keynesianos que esperan de su Estado la reactivación de la economía. Efectivamente, desde el punto de vista de Keynes, una de las funciones del Estado es consumir para mantener la demanda. Al final de su *Teoría general*, hay una amable referencia a los faraones constructores de pirámides, derrochadores pero reguladores de la actividad económica. Estados Unidos sería nuestra pirámide, mantenida por el trabajo de todo el planeta. No es difícil constatar la absoluta compatibilidad entre esa visión de Estados Unidos como Estado keynesiano mundial y la interpretación política de la globalización. En este modelo, hay que calificar el déficit comercial de Estados Unidos de canon imperial.

Desde el punto de vista económico, la sociedad norteamericana se ha convertido en el Estado de todo el planeta. Sin embargo, se piensa a sí misma como hostil por naturaleza al Estado y, no en vano, se esforzó en reducir su presencia en la economía nacional mediante la desregulación reaganiana. Pero la negación del Estado en la sociedad ha acabado haciendo de la sociedad un Estado. Por una parte, reúne las características negativas que los economistas clásicos o neoclásicos atribuyen al Estado: improductividad e irresponsabilidad financiera. Por otra, tiene el potencial positivo que los economistas keynesianos ven en el Estado: la capacidad de estimular la demanda en las fases de depresión.

Los mecanismos monetarios y psicológicos son oscuros, pero los norteamericanos, tan dinámicos, tan capaces de aceptar la inseguridad de un mercado laboral desregulado, se han convertido para el planeta en funcionarios, improductivos y consumistas. El exceso de responsabilidad individual ha desembocado en la irresponsabilidad colectiva.

DEFORMACIÓN «IMPERIAL» DE LA SOCIEDAD ESTADOUNIDENSE

Esta evolución «imperial» de la economía, que recuerda a la de Roma tras la conquista de la cuenca mediterránea, ha afectado de distintas maneras a los diversos sectores de la sociedad y la economía norteamericanas. La industria y la clase obrera, que hasta ahora se consideraba integrada en la clase media, han sido golpeadas de lleno. Su desintegración parcial recuerda a la del campesinado y artesanado romano, ampliamente

destruidos por la afluencia de productos agrícolas y objetos llegados de Sicilia, Egipto y Grecia. En el caso de los obreros norteamericanos de los años 1970-1990, podemos hablar de pauperización relativa y, a veces, absoluta.

Sin abordar en detalle los mecanismos económicos, y permaneciendo en cierto nivel de generalidad, es obligado constatar que la mutación imperial de la economía tiende a transformar los estratos superiores de la sociedad estadounidense en estratos superiores de una sociedad imperial (global en el lenguaje actual) más allá del marco nacional. Esta sociedad en vías de globalización integró, en un primer momento, al conjunto del mundo libre, y después, tras el derrumbamiento del comunismo, a la práctica totalidad del planeta.

Tabla 5. Evolución de los ingresos en Estados Unidos

<i>Ingresos medios dólares</i>	<i>2000</i>	<i>1980</i>	<i>1994</i>	<i>2000</i>	<i>94/80</i>	<i>2000/94</i>
5% + ricos		132.551	210.684	250.146	+ 59%	+ 19%
20% + ricos (quintil sup.)		91.634	121.943	141.620	+ 33%	+ 16%
20% siguientes (4°)		52.169	58.005	65.729	+ 11%	+ 13%
20% siguientes (3°)		35.431	37.275	42.361	+ 5%	+ 14%
20% siguientes (2°)		21.257	22.127	25.334	+ 3%	+ 14%
20% + pobres (quintil inf.)		8.920	8.934	10.190	+ 0%	+ 14%

Fuente: <http://www.census.gov/hhes/income/histinc/h03.html>.

En Estados Unidos, la cuota del ingreso «nacional» absorbida por el 5 por 100 de ciudadanos más ricos ha pasado del 15,5 por 100 de 1980 al 21,9 por 100 de 2000; la cuota del 20 por 100 más rico, de 43,1 a 49,4 por 100. La cuota del 80 por 100 menos rico ha caído del 56,9 al 50,6 por 100. Los cuatro quintiles inferiores han visto cómo su parte disminuía, respectivamente, de 24,7 a 22,9 por 100, de 17,1 a 14,9 por 100, de 10,6 a 9,0 por 100, de 4,5 a 3,7 por 100. Según la clasificación establecida por la revista Forbes, los cuatrocientos americanos más ricos del año 2000 lo eran diez veces más que los cuatrocientos más ricos del año 1990, mientras que el producto nacional sólo se duplicó. El prodigioso aumento de los ingresos de la capa superior de la sociedad yanqui sólo puede explicarse recurriendo

al modelo imperial, así como el estancamiento o el crecimiento muy modesto de los ingresos de la mayoría de la población.

La descomposición en dos fases del periodo 1980-2000 revela, sin embargo, que el aumento de la desigualdad no es característico de todo el periodo, sino que corresponde a una especie de fase I del proceso de reestructuración imperial.

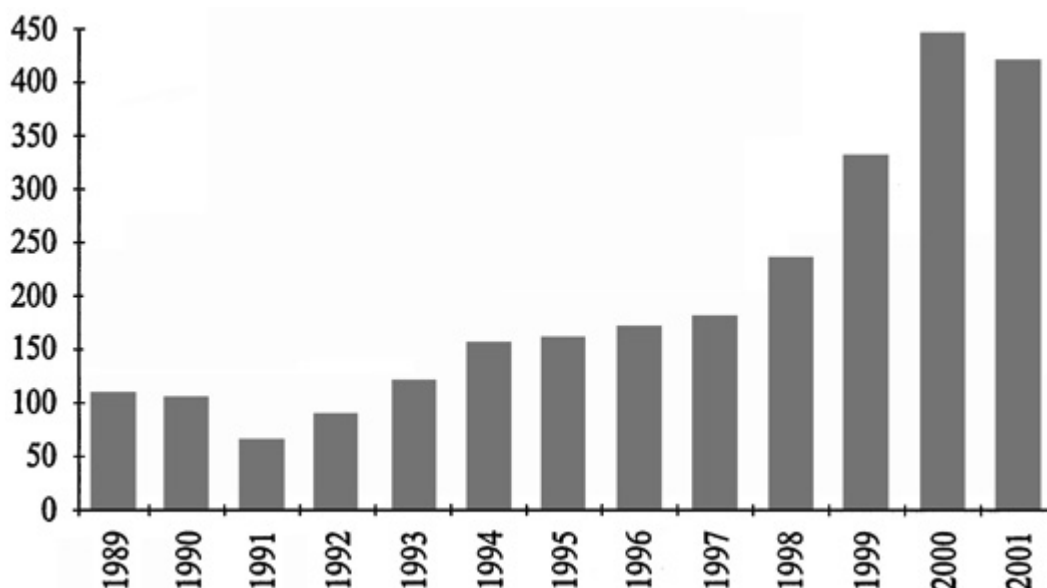
Entre 1980 y 1994, el aumento de los ingresos fue más fuerte para los más ricos —el 5 por 100 más afortunado creció un 59 por 100—, cada vez más débil a medida que se descende en los estratos de ingresos, y prácticamente nulo para el 20 por 100 más pobre. Por lo tanto, podemos hablar de un aumento dramático de la desigualdad.

Entre 1994 y 2000, no obstante, la tendencia cambió de sentido y de naturaleza: el crecimiento de los ingresos más elevados se debilitó —+ 19 por 100 para el 5 por 100 más rico—, mientras que todos los demás grupos, comprendidos los más pobres, se beneficiaron de un aumento casi uniforme de sus ingresos comprendido entre el 13 y el 16 por 100. Los apologistas de la «nueva economía» verán en este cambio la fase igualitaria de un proceso de modernización que, necesariamente debía conllevar en un primer momento una fase de aumento de la desigualdad, una de las teorías favoritas del mundillo de los economistas de Harvard.

Pero, continuando con el paralelismo con la historia de Roma, la coincidencia entre la fase II de la reciente evolución de la sociedad norteamericana, más igualitaria en lo que al aumento de los ingresos se refiere, y el enorme estallido del déficit comercial de Estados Unidos, que ha pasado de poco más de 100.000 millones de dólares al año en 1993 a 450.000 millones en 2000, no puede sino asombrarnos. El sistema de exacción imperial de bienes materiales ha llegado a su madurez y el conjunto del pueblo puede disfrutarlo.

No en vano asistimos, entre 1970 y 2000, a un proceso de polarización social de tipo romano que combinaba el desarrollo de la plutocracia y la expansión de la plebe, en el sentido que tenía esta palabra en la época imperial. Las nociones de plutocracia y de plebe no evocan aquí simplemente niveles de riqueza, sino el hecho de que esa riqueza, importante o insignificante, no se deriva de una actividad directamente productiva, sino de un efecto de dominación política sobre el mundo exterior[8].

El déficit comercial norteamericano en miles de millones de dólares



Fuente: <http://www.census.gov/foreign-trade>.

En el capítulo siguiente examinaré el mecanismo, bastante misterioso, mediante el cual esa riqueza es extraída y redistribuida en el contexto de una economía liberal, pero insisto en la pertinencia de la comparación. Los Estados Unidos alcanzaron entre 1994 y 2000 la fase del *panem et circenses* más que la del milagro de la «nueva economía» de las «autopistas de la información».

Por supuesto, estoy cargando las tintas para facilitar la comprensión de la argumentación. Los economistas que quieran creer en el carácter eficaz y realmente productivo de la economía norteamericana no son del todo irrazonables. En la etapa actual, la única cosa realmente irrazonable es la ausencia, o más bien la desaparición, del debate de los años 1990-1995, uno de cuyos polos era el escepticismo sobre la eficacia *real* de la economía norteamericana.

Pasando del modelo a la realidad histórica, podríamos decir que los Estados Unidos han dudado, durante los últimos veinte años, entre dos tipos de organización económica y social, la nación y el imperio. Están lejos de haber perdido toda característica nacional y fracasarán como imperio. *Pero está claro que, entre 1990 y 2000, más exactamente, entre 1994 y 2000, se produjo una aceleración de la tendencia imperial.*

EL DEBATE DE LOS AÑOS 1990-1995: LA NACIÓN CONTRA EL IMPERIO

La elección de la opción económica imperial no estuvo libre de debates ni de conflictos. Enseguida surgieron, más al otro lado del Atlántico que en Europa, numerosos investigadores que denunciaron el libremercado y sus consecuencias para el mundo obrero norteamericano –casi siempre, es verdad, fuera de las universidades más prestigiosas del *establishment*–. Fue en Estados Unidos donde se redescubrió a Friedrich List, teórico alemán del proteccionismo, fórmula económica que define un espacio nacional protegido del mundo exterior, pero liberal en su funcionamiento interno[9]. Los *strategic traders*, partidarios de la defensa de la industria norteamericana contra Asia en general y Japón en particular, publicaron numerosos textos y tuvieron cierta importancia política al comienzo del primer mandato Clinton.

Los *strategic traders* percibían los problemas desde el ángulo económico y comercial. Michael Lind fue el primero en elaborar, en 1995, una interpretación de la evolución de la sociedad estadounidense coincidiendo con la afirmación del libremercado. No se contentó con denunciar el atropello contra los sectores obreros y populares. Su contribución más importante fue identificar y describir la nueva clase dirigente americana, la *white overclass*, definida, no sólo por sus ingresos, sino por sus hábitos culturales y mentales, con su preferencia por los estudios jurídicos y no técnicos, su anglofilia de pacotilla, su ternura hacia la *affirmative action* («discriminación positiva» en favor de las minorías) en el terreno racial, y su habilidad para proteger a sus propios hijos de la competencia intelectual en el terreno universitario. Lind trazó el retrato de unos Estados Unidos estratificados, en los que los sindicatos ya no tenían influencia sobre el partido demócrata, y que tienden a ser cada vez menos democráticos[10]. Fue el primero, me parece, en percibir que se acababa de producir una inversión entre Europa y los Estados Unidos: el Viejo Continente era ahora más democrático que el Nuevo Mundo[11]. Lind, intelectual y militante, reclamaba una redefinición nacional de Estados Unidos, autosuficientes y democráticos, en vez de dependientes y oligárquicos.

Eso ocurría en 1995. El aumento del déficit comercial estadounidense entre 1994 y 2000, así como la evolución de los ingresos, sugieren que el

combate en pro de la nación, democrática y económicamente independiente, se perdió en el periodo 1995-2000. Esta cronología y la aceleración de la dinámica imperial que revela no pueden comprenderse con independencia de la evolución objetiva del rival y polo de equilibrio ruso, como veremos en el capítulo 6, dedicado a la lógica general de la política exterior norteamericana. En efecto, el tránsito de los Estados Unidos hacia un sistema plenamente imperial no depende única, ni siquiera primordialmente, de los equilibrios de fuerzas de la sociedad norteamericana. El imperio es una relación con el mundo, que debe ser dominado, absorbido y transformado en espacio interior del poder estatal.

¿Habrá que hablar en el futuro de un imperio norteamericano?

A través de la historia, las verdaderas formaciones imperiales siempre han reunido dos características relacionadas entre sí por motivos funcionales:

- El imperio nace de la coacción militar, y esta coacción permite la exacción de un tributo que nutre al centro.
- El centro termina tratando a los pueblos conquistados como ciudadanos ordinarios y a los ciudadanos ordinarios como a pueblos conquistados. La dinámica del poder conduce al desarrollo de un igualitarismo universalista, cuyo origen no es la libertad de todos sino la opresión de todos. Este universalismo nacido del despotismo se desarrolla en forma de sentimiento de responsabilidad hacia todos los súbditos, en un espacio político donde ya no existen diferencias esenciales entre el pueblo conquistador y los pueblos conquistados.

Estos dos criterios permiten ver inmediatamente que, si bien Roma, primero conquistadora y depredadora, después universalista y dispensadora de carreteras, acueductos, derecho y paz, merecía el título de imperio, Atenas no era más que una forma abortada del mismo. En última instancia, podemos conceder a esta última el beneficio de la duda en cuanto a la conquista militar y admitir que la existencia del tributo pagado por las ciudades de la liga de Delos, el *phoros*, demuestra su potencia armada. Pero Atenas no avanzó en absoluto en la dirección del universalismo. Como mucho se esforzó en juzgar, dentro del marco de su propio derecho, ciertos conflictos jurídicos entre los miembros de la alianza. En cambio, no extendió, como hizo Roma, su derecho de ciudadanía, que, por el contrario,

se vio restringido durante el periodo de afirmación del poder central.

A la vista de ambos criterios, los Estados Unidos presentan insuficiencias notables cuyo examen permite predecir con seguridad que, hacia el año 2050, no existirá un imperio norteamericano.

A Estados Unidos le fallan dos tipos de recursos «imperiales»: su poder de coacción militar y económico es insuficiente para mantener el nivel actual de explotación del planeta; su universalismo ideológico está en declive y ya no le permite tratar a los hombres y a los pueblos de forma igualitaria, ya sea para garantizarles paz y prosperidad o para explotarlos.

Los dos siguientes capítulos examinarán esas deficiencias fundamentales.

[1] Sobre estas cuestiones, véase R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford University Press, 1972.

[2] Véase G. Alföldy, *Histoire sociale de Rome*, Picard, 1991.

[3] <http://www.census.gov/foreign-trade/balance>.

[4] U.S. Trade Balance with Advanced Technology, U.S. Census Bureau, <http://www.census.gov/foreign-trade/balance/c0007.html>.

[5] Arnold Toynbee y colaboradores, *Le monde en mars 1939*, Gallimard, 1958.

[6] Henry Holt and Company, Nueva York, 2000, p.197, sobre la implosión estructural de la demanda.

[7] Joseph E. Stiglitz, *La grande désillusion*, Fayard, Francia, 2002. El título original es mucho menos vigoroso: *Globalization and Its Discontents*, Norton, 2002.

[8] Seguramente no es casualidad que, por primera vez en un gran peplum americano, *Gladiator*, el imperio romano sea objeto de una evocación ampliamente favorable en principio, pero crítica hacia su degeneración (*panem et circenses*). Estamos muy lejos de peplums globalmente antirromanos como *Quo vadis*, *Espartaco* y *Ben Hur*.

[9] Friedrich List, *Système national d'économie politique*, nueva edición, Gallimard, colección «Tel», 2000.

[10] Michael Lind, *The Next American Nation*, Nueva York, The Free Press, 1995. En 1984, las donaciones de las empresas al partido demócrata fueron superiores a las de los sindicatos.

[11] *Ibid.*, p. 231.

CAPÍTULO IV

La fragilidad del tributo

En nuestros días, es habitual criticar lo desproporcionado del ejército de Estados Unidos, testimonio en sí mismo de una ambición imperial. Suele aducirse además que el gasto militar de la única «superpotencia» representa un tercio del total mundial. No cabe esperar que sean los propios dirigentes estadounidenses quienes desmientan la potencia de su ejército. El examen metódico del gasto sugiere, sin embargo, que fue una inquietud real sobre el potencial de Estados Unidos lo que condujo a Bush, antes de los atentados del 11 de septiembre, a proponer un aumento del presupuesto. Nos enfrentamos a una situación intermedia: el aparato militar norteamericano está sobredimensionado para garantizar la seguridad de la nación, pero no se basta para controlar un imperio, ni siquiera para mantener una hegemonía duradera en Eurasia, tan lejos del Nuevo Mundo.

La fragilidad militar norteamericana está, en un sentido estructural, anclada en la historia de una nación que nunca ha tenido que enfrentarse a un adversario de su talla. Uno piensa inmediatamente en el papel formador de las guerras indias, que enfrentaron, de forma radicalmente asimétrica, a unas tribus analfabetas y mal equipadas contra un ejército moderno de tipo europeo.

LA INCAPACIDAD MILITAR TRADICIONAL

Una especie de duda original planea sobre la realidad de la vocación militar de los Estados Unidos. El espectacular despliegue de recursos económicos durante la Segunda Guerra Mundial no puede hacer olvidar los modestos resultados del ejército sobre el terreno. Dejemos de lado la cuestión de los bombardeos pesados practicados por los anglosajones y soportados masivamente por civiles: no tuvieron efectos estratégicos apreciables y, seguramente, su única consecuencia notable fue el endurecimiento de la resistencia del conjunto de la población alemana

contra la ofensiva aliada.

La verdad estratégica de la Segunda Guerra Mundial es que fue ganada, en el frente europeo, por Rusia, cuyo sacrificio humano, antes, durante y después de Stalingrado, permitió romper la maquinaria militar nazi. El desembarco de Normandía, en junio de 1944, llegó tardíamente, cuando las tropas rusas ya habían alcanzado su propia frontera occidental en dirección a Alemania. No se puede comprender la confusión ideológica de la posguerra si se olvida que, para muchos, en la época, fue el comunismo ruso quien venció al nazismo alemán y contribuyó más firmemente a la libertad de Europa.

Como ha señalado oportunamente el historiador y experto militar británico Liddell Hart, el comportamiento de las tropas americanas fue burocrático, lento e ineficaz, habida cuenta de la desproporción de las fuerzas económicas y humanas implicadas[1]. Cada vez que era posible, las operaciones que exigían un cierto espíritu de sacrificio eran confiadas a los contingentes aliados: polacos y franceses en Montecassino, Italia; polacos para cerrar la bolsa de Falaise, en Normandía. El actual «modus operandi» americano en Afganistán, que consiste en reclutar y pagar, operación por operación, a los jefes tribales, no es más que la versión actual y paroxística de un método antiguo. En este caso, Estados Unidos no recuerda ni a Roma ni a Atenas, sino a Cartago, que alquilaba los servicios de mercenarios galos o de honderos baleares. Con los B'52 en el papel de elefantes y nadie en el de Aníbal.

El dominio aeronaval de Estados Unidos es, en cambio, indiscutible. Es algo sabido desde la guerra del Pacífico, por mucho que habitualmente se tienda a olvidar la increíble desproporción de las fuerzas materiales implicadas cuando se evoca el enfrentamiento entre americanos y japoneses. Tras algunos primeros combates heroicos como la batalla de Midway, librada contra fuerzas comparables, la guerra del Pacífico adquirió enseguida trazas de «guerra india», la desigualdad de potencia tecnológica impuso una extraordinaria desigualdad de pérdidas[2].

Tras la Segunda Guerra Mundial, cada paso que dio el ejército americano en dirección a un posible enfrentamiento con el verdadero vencedor terrestre del conflicto, Rusia, reveló la fragilidad militar fundamental de Estados Unidos. En Corea, Estados Unidos no acabó de convencer, en Vietnam no convenció en absoluto; por suerte, la prueba de fuego contra el

ejército rojo no tuvo lugar. En cuanto a la Guerra del Golfo, la ganaron contra un mito, el ejército iraquí, instrumento militar de un país subdesarrollado de 20 millones de habitantes.

La reciente emergencia del concepto de guerra sin muertos, al menos en el bando estadounidense, es la culminación de una preferencia original por los enfrentamientos asimétricos. Confirma, formaliza y agrava la tradicional incapacidad terrestre de Estados Unidos.

No estoy acusando aquí a los Estados Unidos de ser incapaces de hacer la guerra como los demás, es decir, estúpidamente, provocando carnicerías simultáneas entre sus adversarios y su propia población. Hacer la guerra a un coste mínimo para uno mismo y máximo para el enemigo puede ser la conclusión de una sana lógica utilitarista. Lo cierto es que la ausencia de una tradición militar norteamericana en tierra impide la ocupación del terreno y la constitución de un espacio imperial en el sentido habitual del término.

El ejército ruso está reducido actualmente a una pequeña fracción de su antiguo potencial. Todo el mundo ironiza sobre sus dificultades en Chechenia. Pero, en el Cáucaso, Rusia está demostrando que aún puede recaudar el impuesto de sangre a su población, con el apoyo del cuerpo electoral. Esta capacidad es un recurso militar, de tipo social y psicológico, que Estados Unidos está perdiendo definitivamente con el desarrollo del concepto de guerra sin muertos.

LA GEOGRAFÍA DEL «IMPERIO»

En 1998, ocho años después del derrumbamiento del sistema soviético, la víspera del desencadenamiento de la «lucha contra el terrorismo», la distribución de las fuerzas norteamericanas en el mundo estaba aún ampliamente definida por el gran enfrentamiento del pasado, la guerra fría. Fuera de Estados Unidos había entonces 60.053 hombres en Alemania, 41.257 en Japón, 35.663 en Corea, 11.677 en Italia, 11.379 en el Reino Unido, 3.575 en España, 2.864 en Turquía, 1.679 en Bélgica, 1.066 en Portugal, 703 en los Países Bajos y 498 en Grecia[3]. Esta distribución de las fuerzas estadounidenses y de sus bases da una visión objetiva del «imperio». Las dos posesiones fundamentales de Estados Unidos, su asidero real en el Viejo Mundo, como dice con toda claridad Brzezinski, son

los dos protectorados en Europa y Extremo Oriente, sin los cuales no existiría una potencia americana mundial. Esos dos protectorados alojan y alimentan al 85 por 100 del personal militar estadounidense en el extranjero.

En cambio, los nuevos polos del sudeste europeo, Hungría, Croacia, Bosnia y Macedonia, no sumaban en 1998 más que 13.774 hombres; en Oriente Medio, es decir, en Egipto, Arabia Saudí, Kuwait y Bahrein, sólo 9.956, 12.820 si añadimos el polo turco, que era multifuncional, pues estaba orientado simultáneamente hacia Rusia y hacia Oriente Medio. Pero en esencia, los soldados del imperio siguen velando en los márgenes del antiguo espacio comunista, de hecho rodean a Rusia y a China. El despliegue de 12.000 hombres en Afganistán y de 1.500 en Uzbekistán ha completado más que alterado esta disposición estratégica fundamental.

Tabla 6. Personal militar norteamericano en el extranjero en 1998

Países donde había más de 200 hombres

Alemania	60.053
Japón	41.257
Corea	35.663
Italia	11.677
Reino Unido	11.379
Bosnia-Herzegovina	8.170
Egipto	5.846
Panamá	5.400
Hungría	4.220
España	3.575
Turquía	2.864
Islandia	1.960
Arabia Saudí	1.722
Bélgica	1.679
Kuwait	1.640
Cuba (Guantánamo)	1.527

Portugal	1.066
Croacia	866
Bahrein	748
Diego García	705
Países Bajos	703
Macedonia	518
Grecia	498
Honduras	427
Australia	333
Haití	239
– TOTAL	259.871
– EN TIERRA	218.957
– EMBARCADOS	40.914

Fuente: Statistical Abstract of the United States: 2000, p. 368.

UN REPLIEGUE ABORTADO

Esta constatación no implica la denuncia de una voluntad estable y persistente de agresión por parte de Estados Unidos. Incluso es posible presentar argumentos en contra: durante la década siguiente al derrumbamiento del imperio soviético, los Estados Unidos jugaron limpiamente al juego del desarme y el repliegue. En 1990, el presupuesto militar norteamericano era de 385.000 millones de dólares, en 1998, de 280.000 millones, es decir, hubo una reducción del 28 por 100. Entre 1990 y 2000, el personal global en activo cayó de 2 a 1,4 millones de hombres, es decir, experimentó un descenso del 32 por 100 en diez años[4]. Sea cual sea la naturaleza real del PNB norteamericano, la parte del agregado dedicado al gasto militar cayó de un 5,2 por 100, en 1990, a un 3 por 100, en 1999. No se entiende cómo una retracción de tal amplitud puede interpretarse como signo manifiesto de una voluntad imperial. Condenar sin cesar el proyecto permanente de dominación mundial de Estados Unidos es absurdo. La reducción del gasto militar norteamericano no se detuvo hasta 1996-1998, para remontar otra vez hacia 1998.

Por lo tanto, es posible identificar dos fases cuya existencia revela un giro en la estrategia norteamericana poco después de la mitad de los años noventa. Una vez más, el periodo 1990-2000 no es homogéneo.

- Entre 1990 y 1995, se aprecia un claro retroceso imperial en el terreno militar, que corresponde al auge del debate sobre proteccionismo y a la posible elección de una opción nacional-democrática en el terreno socioeconómico. Tras el hundimiento del comunismo, la redefinición de Estados Unidos como una gran nación, líder de las naciones liberales y democráticas, pero igual en sus principios a las otras, fue seriamente considerada. Esta opción habría incluido el retorno a una independencia económica «relativa», que no hubiera implicado la autarquía ni la reducción de los intercambios con el extranjero, sino *el equilibrio de las cuentas exteriores, síntoma económico de la igualdad de las naciones*.
- Esta tendencia se fue invirtiendo por etapas. Sería mejor decir «fracasó por etapas». Entre 1999 y 2001, los Estados Unidos iniciaron su remilitarización. Existe una relación entre el acrecentamiento de la dependencia económica y el aumento del aparato militar. El nuevo desarrollo de las fuerzas armadas se deriva de la conciencia de la creciente vulnerabilidad económica de Estados Unidos.

El aumento del 15 por 100 en el gasto militar anunciado por George W. Bush obedece a consideraciones anteriores al 11 de septiembre. Hacia 1999, el *establishment* político norteamericano tomó conciencia de la insuficiencia real de su potencial militar en la hipótesis de una economía de tipo imperial, es decir, dependiente. Los problemas de seguridad militar de una potencia que vive de la captación sin contrapartida de una riqueza exterior no son del mismo orden que los de los países que equilibran sus cuentas.

No obstante, en el caso de Estados Unidos, es difícil considerar esa captación de riqueza como la percepción de un tributo en el sentido tradicional, estatal e imperial del término, es decir, obtenido directamente mediante violencia o coacción militar. Sólo los gastos de alojamiento y manutención pagados a las tropas norteamericanas por Japón y Alemania pueden analizarse como un tributo de tipo clásico. El hecho de que Estados Unidos consiga consumir sin contrapartida es extraño, por no decir

misterioso, y peligroso.

EXTRAÑEZA Y ESPONTANEIDAD DEL TRIBUTO

Los Estados Unidos importan y consumen. Para pagar sus importaciones, recaudan signos monetarios en todo el mundo, pero de una forma original, nunca vista en la historia de los imperios. Atenas recaudaba el *phoros*, contribución anual de las ciudades aliadas, primero voluntaria, luego exigida por la fuerza. En un primer momento, Roma saqueó los tesoros del mundo mediterráneo, después usurpó el trigo de Sicilia y Egipto, bien en especias o a través de los impuestos. La exacción violenta era consustancial a la naturaleza de Roma, hasta tal punto que César admitía no poder conquistar Germania porque, con su agricultura itinerante e inestable, ésta no era capaz de alimentar a las legiones romanas.

Los Estados Unidos no recaudan autoritariamente más que una fracción de los signos monetarios y bienes que necesitan. Ya hemos hablado del alojamiento y el aprovisionamiento de las tropas americanas en Japón y Alemania. En el caso de la Guerra del Golfo, hubo contribuciones financieras directas de los Estados aliados que, al contrario que Gran Bretaña y Francia, no participaron en las operaciones militares. Fue algo bastante similar al *phoros* ateniense. Finalmente, están las exportaciones de armas, bien reales, cuya venta reporta dinero pero cuyo valor no está definido, conforme a la teoría económica liberal, por las preferencias de los consumidores individuales. Los equilibrios de fuerzas entre Estados permiten esas ventas, que en ocasiones revelan un auténtico poder de coacción norteamericano, como han podido comprobar recientemente en sus carnes los ingenuos representantes de Dassault en Corea.

Los recursos monetarios que esas ventas de armas reportan a los Estados Unidos son el equivalente del tributo recaudado por vías políticas y militares. Pero su volumen no permitiría, de ninguna manera, mantener el nivel actual de consumo de los norteamericanos. El antiamericanismo clásico invoca con razón el papel preeminente de los Estados Unidos en la exportación de armas: 32.000 millones de dólares en 1997, el 58 por 100 de las ventas mundiales al extranjero, por ejemplo. Esta proporción es fenomenal en el plano militar. Pero aunque ese volumen tenía todavía cierto sentido en el plano económico, pues el déficit comercial aún era solamente

de 180.000 millones de dólares, frente a los 450.000 millones del año 2000, ya no representa gran cosa.

El control de ciertas zonas de producción petrolífera es un elemento importante del tributo tradicional. La posición dominante de las multinacionales americanas del petróleo, tanto política como económica, permite la extorsión de una renta planetaria, pero su nivel ya no bastaría en la actualidad para financiar las importaciones estadounidenses de bienes de todas clases. La posición dominante del petróleo dentro de la esfera de las exacciones políticas contribuye, no obstante, a explicar la fijación obsesiva de la política exterior norteamericana sobre ese bien en particular.

El hecho es que la mayor parte del tributo recaudado por los Estados Unidos se obtiene sin coacción política ni militar, es decir, por vías liberales y espontáneas. Los estadounidenses pagan los bienes que compran en el mundo. Los agentes económicos norteamericanos se procuran, en un mercado monetario más libre que nunca, las divisas extranjeras que les permiten tales compras. Para ello, las cambian por dólares, moneda mágica cuyo valor no bajó durante la fase de agravamiento del déficit comercial, al menos hasta abril de 2002. Se trata de un comportamiento tan mágico que ciertos economistas deducen que el papel de Estados Unidos ya no es producir bienes, como las demás naciones, sino moneda.

LA DOCTRINA O'NEILL

En el original mundo de la teoría económica, la demanda de divisas extranjeras necesarias para la compra de las riquezas del mundo debería ocasionar una bajada del dólar, moneda poco demandada para la compra de bienes americanos, cada vez menos competitivos a escala planetaria. Tales movimientos fueron observados en un pasado relativamente reciente, especialmente en los años setenta, que conocieron la emergencia del déficit comercial. Contrariamente a lo que piensan en Francia ciertos «arqueogaullistas», el papel de moneda de reserva del dólar no confiere a Estados Unidos una garantía de poder de compra monetaria independiente de los resultados de su economía en la exportación.

Un cuarto de siglo más tarde, en los comienzos del tercer milenio, a pesar de un déficit comercial nunca visto en la historia, en ausencia de una tasa de intereses elevada, y pese a una inflación relativamente más elevada que la

de Europa y Japón, el dólar sigue fuerte. Eso se explica porque el dinero del mundo corría hacia Estados Unidos. En todas partes, empresas, bancos, inversores institucionales y particulares se pusieron a comprar dólares, garantizando así el mantenimiento de su paridad en un nivel elevado. En tal contexto, esos dólares no sirven para comprar bienes de consumo, sino para realizar, en Estados Unidos, inversiones directas o adquirir valores —bonos del Tesoro, obligaciones privadas, acciones.

El movimiento del capital financiero garantiza el equilibrio de la balanza de pagos norteamericana: año tras año —simplificando a ultranza el mecanismo observado— los movimientos del capital hacia el espacio interior americano permiten la compra de bienes llegados del resto del mundo. Si tenemos en cuenta el hecho de que la mayoría de los bienes comprados en el exterior se destinan al consumo, correspondiendo a una demanda renovable indefinidamente a corto plazo, mientras que el capital financiero invertido en Estados Unidos corresponde mayoritariamente a inversiones a medio o largo plazo, debemos admitir que en el mecanismo existe algo paradójico, por no decir estructuralmente inestable.

Tras las repetidas declaraciones del secretario del Tesoro norteamericano, la publicación londinense *The economist* bautizó alegremente, aunque con cierta inquietud, «doctrina O'Neill» a la afirmación que pretendía que, en un mundo sin fronteras, el equilibrio de las cuentas exteriores ya no tiene ninguna importancia[5]. Felix Rohatyn, antiguo embajador de Estados Unidos en París, expresa mejor el miedo de los responsables norteamericanos, inquietos ante las posibles consecuencias del escándalo Enron sobre las inversiones extranjeras, cuando recuerda que los Estados Unidos necesitan unos ingresos de 1.000 millones de dólares diarios para cubrir su déficit comercial[6].

Por su parte, el *Bureau of Economic Analysis* norteamericano sigue con cierta ansiedad, año tras año, la cobertura de las importaciones por los flujos financieros. Mientras existan las monedas nacionales, el equilibrio debe conseguirse como sea. La retórica tranquilizadora de O'Neill —cuando dice esas simplezas está en su papel de apaciguador de los mercados— sólo tendría sentido en un universo monetario imperial puro y duro, *si el dólar tuviese un curso forzado y un poder liberador sobre el conjunto del planeta*; situación cuya condición más elemental sería un poder de coacción militar y estatal absoluto. En suma, un monopolio weberiano de la violencia

legítima ejercida por Estados Unidos a escala mundial. El ejército estadounidense, que aún no ha atrapado al mulá Omar ni a Bin Laden, parece incapaz de llevar a cabo tal misión. Las reglas tradicionales siguen siendo válidas: si los norteamericanos siguen consumiendo demasiado y el flujo financiero cesa, el dólar se hundirá. Pero tal vez yo sea víctima de una concepción totalmente arcaica de las nociones de «imperio» y «poder», y le conceda demasiada importancia a la noción política y militar de «coacción». El actual flujo financiero podría haberse convertido, en la presente fase del capitalismo globalizado, en un mecanismo intrínseco, en el elemento estable de una novedosa economía imperial. Es una hipótesis que habrá que considerar.

UNA SUPERPOTENCIA QUE VIVE AL DÍA

La interpretación dominante, generada por los economistas que no quieren complicaciones (bien porque pertenecen a las universidades del *establishment* norteamericano, bien porque trabajan para las instituciones que viven de las transferencias de fondos), afirma que el dinero se invierte en Estados Unidos porque la economía norteamericana es más dinámica, asume mejor el riesgo y es más rentable. ¿Por qué no? La improductividad «física», tecnológica e industrial de una economía como la de Estados Unidos no implica en sí misma que su nivel de rentabilidad financiera sea bajo. Concebir, en una economía, durante un periodo sustancial pero limitado, la coexistencia de una rentabilidad elevada de las empresas y el sobredimensionamiento de sectores inútiles no plantea ningún problema esencial. La actividad financiera puede bastarse a sí misma, generar un beneficio en operaciones que no afectan a la esfera de la producción real; ahora bien, como ya hemos visto, en la vida económica norteamericana la parte de las finanzas supera a la de la industria. Podemos ir más allá: *una tasa de beneficio elevada en las actividades con escaso potencial tecnológico e industrial conduce a la economía hacia la improductividad*. Desde este punto de vista, las actividades de corretaje de Enron eran arquetípicas, pues se trataba de obtener beneficios en una operación intermediaria no directamente productiva, y la teoría económica asegura que esa actividad «optimizaba» el ajuste entre producción y consumo. Como se decía antes de la era virtual, la prueba del pudding consiste en el

hecho de comérselo. En el caso Enron, ahora está claro que no había nada que comer, en todo caso nada real. Pero el fenómeno Enron ha existido y, durante algunos años, contribuyó a guiar a la economía real hacia la infraproducción, en este caso hacia un déficit energético.

Decir que el dinero viaja hasta Estados Unidos porque los inversores obedecen a un anhelo de rentabilidad equivale a someterse al pensamiento único de nuestro tiempo, que nos asegura que una tasa de beneficio elevado, aun al precio de un riesgo elevado, constituye el horizonte soñado por los ricos. Una motivación así —el amor por el beneficio y el gusto por el riesgo— conduciría al predominio estructural de la compra de acciones y de las inversiones directas extranjeras en Estados Unidos. No es el caso. No todos los flujos monetarios dirigidos hacia Estados Unidos se integran en la visión dinámica y aventurera de la nueva frontera planetaria, la «nueva economía» de Internet y de las «autopistas de la información». Como veremos, la búsqueda de la seguridad prima sobre la búsqueda de rentabilidad.

Lo más sorprendente, en lo que se refiere al equilibrio de la balanza de pagos norteamericana, es de hecho la variabilidad de las posiciones relativas mantenidas por las compras de bonos del Tesoro, las obligaciones privadas, las acciones y los inversores directos en la financiación del déficit estadounidense[7]. Esos violentos movimientos no pueden explicarse en función de las variaciones del tipo de interés, que no tienen ni el mismo ritmo ni la misma amplitud. Las compras de bonos del Tesoro y de obligaciones privadas no escapan al imperativo de rentabilidad, pero también revelan una preferencia por la seguridad de los tipos fijos, garantizados por un sistema económico, político, bancario y monetario seguro. Ahora bien, esas compras de seguridad han sido y son muy importantes para la financiación corriente de Estados Unidos.

Dejemos a un lado en nuestro análisis el puesto importante, inestable y misterioso que ocupan las deudas diversas, bancarias o no, y concentrémonos en los aspectos clásicos, tranquilizadores, de los movimientos del capital financiero. Concentrémonos también en los años noventa, década decisiva durante la cual el mundo digirió el desmoronamiento del comunismo y vivió la apoteosis de la globalización financiera. El aumento de los flujos financieros hacia Estados Unidos ha sido sorprendente: de 88.000 millones de dólares en 1990 a 865.000 millones en 2001. Evidentemente, estas cifras no contemplan el movimiento

inverso, casi dos veces menor, de salida de capitales estadounidenses. Fue necesario un balance positivo, de 485.000 millones de dólares en 2000, para compensar el déficit de la balanza de bienes y servicios. Pero al margen de la creciente masa del capital financiero inmigrado, lo impresionante en un periodo de diez años es primero la variabilidad del tipo de influjos: en 1990 predominó la inversión directa, creación o sobre todo compra de empresas por extranjeros (55 por 100 de la aportación de dinero). En 1991 predominaron las compras de acciones y obligaciones (45 por 100). En 1991, 1992, 1995, 1996 y 1997, las compras de bonos del Tesoro fueron importantes y sirvieron para paliar el déficit presupuestario norteamericano. Entre 1997 y 2001, las compras de acciones y obligaciones privadas subieron, pasando del 28 por 100 del total al 58 por 100. Podríamos creer en una apoteosis del capital liberal, al mismo tiempo eficaz y bolsista. Pero si descomponemos el capítulo «compras de valores privados» en acciones de renta variable y en obligaciones, a interés fijo, algo posible para los años 2000 y 2001, descubrimos que la imagen dominante y heroica de la búsqueda del máximo beneficio con el máximo riesgo, la compra de acciones, no describe lo esencial del fenómeno.

En su apogeo en el año 2000, las compras de acciones norteamericanas por extranjeros representaban 192.700 millones de dólares; pero en la misma fecha las compras de obligaciones alcanzaban los 292.200 millones de dólares. Si evaluamos estos volúmenes de transacción en porcentajes de dinero fresco recaudado en el mundo por Estados Unidos, obtenemos un 19 por 100 en acciones y un 30 por 100 en obligaciones. En 2001, año de recesión y horror terrorista, el volumen representado por las acciones bajó a un 15 por 100 del total, pero pudimos asistir a la apoteosis de las compras de obligaciones que llegaron al 43 por 100.

Tabla 7. Compras de títulos e inversiones directas extranjeras en Estados Unidos

	<i>Total en millones de dólares</i>	<i>Bonos del Tesoro %</i>	<i>Acciones/ obligaciones %</i>	<i>Inversiones directas %</i>	<i>Deudas %</i>
1990	88.861	-3	2	55	46
1991	78.020	24	45	30	1
1992	116.786	32	26	17	16

1993	191.387	13	42	27	19
1994	243.006	14	23	19	43
1995	343.504	29	28	17	26
1996	441.952	35	29	20	16
1997	715.472	20	28	15	37
1998	507.790	10	43	35	12
1999	747.786	-3	46	40	16
2000	985.470	-5	49	29	27
2001	865.584	2	58	18	22

Fuente: <http://www.bea.doc.gov/bea/international>.

Este resultado es capital, y no se trata de un mal juego de palabras. Como bien dijo Keynes, el hombre que quiere invertir su dinero vive con una doble angustia: la del miedo a perderlo y la de no ganar el máximo posible. Nuestro hombre busca al mismo tiempo seguridad y beneficio. Contrariamente a lo que sugiere la ideología del liberalismo moderno, la verdadera historia de las finanzas actuales refleja el predominio del imperativo de seguridad en la elección de Estados Unidos como lugar de inversión. Esto nos aleja de la saga del capitalismo liberal, pero nos acerca a una concepción política e imperial de la globalización económica y financiera, pues los Estados Unidos son en efecto el centro político del sistema económico, y hasta hace poco parecían el sitio más seguro para invertir. La reciente inseguridad es producto del descubrimiento de los fraudes contables en Estados Unidos, en ningún modo del atentado del 11 de septiembre.

No obstante, queda un problema por resolver: el mundo entero prefiere invertir su dinero en Estados Unidos, sea. Pero ¿por qué el planeta dispone de semejante cantidad de dinero para invertir? Un análisis de los efectos financieros de la globalización económica en cada sociedad nacional permite captar un mecanismo en el fondo bastante simple.

UN ESTADO PARA LOS RICOS

Incluso aunque pensemos que el capitalismo es la única organización

económica razonable (como es mi caso), tenemos que admitir que el sistema, abandonado a su suerte, es inmediatamente devastado por algunas disfunciones fundamentales a las que ni siquiera los ricos pueden escapar. Vamos a intentar ser verdaderamente imparciales. Olvidemos a las masas laboriosas y la disminución de sus salarios, olvidemos también el interés general burlado por la tendencia al déficit de la demanda global. Adoptemos, por una vez, el punto de vista de los privilegiados, volvámonos míopes y centremos nuestro interés en sus preocupaciones, es decir, en el destino de sus beneficios.

El alza de los márgenes de beneficio aumenta los ingresos de las clases superiores, pero esos ingresos inflados no constituyen en manera alguna una realidad física. La masa de beneficios es un agregado financiero abstracto, un cúmulo de signos monetarios que, por supuesto, los capitalistas no pueden utilizar para su consumo. Pueden multiplicar sus gastos en personal, redistribuyendo así una parte de los ingresos acaparados hacia las capas bajas de la sociedad a través de la compra de servicios. Ese mecanismo es muy importante en Estados Unidos, donde el desarrollo de los servicios ya no tiene nada que ver con un terciario moderno, sino con un retorno al viejo desbarajuste humano de las sociedades aristocráticas del pasado. Los nobles, entonces detentadores de la riqueza, alimentaban a una sarta de feudatarios, empleados en labores domésticas o guerreros. Hoy, la nueva plutocracia se asegura los servicios de abogados, contables y guardas privados. Los mejores analistas de estos mecanismos de redistribución siguen siendo sin duda los primeros economistas ingleses, como Smith, que, a finales del siglo XVIII, aún tenían ante los ojos una redistribución descendente de la riqueza mediante el empleo masivo de domésticos. «Un hombre se enriquece empleando a una multitud de obreros y empobrece manteniendo a una multitud de pequeños sirvientes»[\[8\]](#).

Pero las masas financieras extraídas son hoy demasiado considerables. Más arriba vimos el prodigioso acrecentamiento de la fracción de los ingresos nacionales norteamericanos acaparada por el 20 por 100 más rico, o incluso el 5 por 100 más rico. *En menor grado, este fenómeno es característico de todos los países del mundo económicamente globalizado.* ¿Qué hacer con los ingresos no empleados, cómo conservarlos? O, si pasamos del temor a la esperanza del rico, ¿cómo hacer que fructifiquen, se reproduzcan y se multipliquen por sí solos?

Tabla 8. Capitalizaciones bursátiles (en billones de dólares)

	1990	1998	Aumento
Estados Unidos	3,059	13,451	340%
Japón	2,918	2,496	-15%
Reino Unido	0,849	2,374	180%
Alemania	0,355	1,094	208%
Francia	0,314	0,992	216%
Canadá	0,242	0,543	124%
Italia	0,149	0,570	283%

Fuente: <http://www.bea.doc.gov/bea/international>.

La inversión financiera es una necesidad; mejor aún, la existencia de una instancia segura de cristalización de los beneficios es una necesidad ontológica para el capitalismo. Primero estaba el Estado, deudor, cuyo papel fue perfectamente descrito por Marx: la renta pública se convirtió muy pronto en un instrumento de seguridad financiera para los burgueses. Y luego la Bolsa, donde desemboca el dinero de los beneficios. En el contexto de un capitalismo mundial que habría de volver en unos pocos años al estado salvaje, el país líder de la financiarización, *Estado central del nuevo sistema económico*, tenía una especie de ventaja comparativa inicial para absorber, en un intento de conservación y securización, un beneficio mundial en aumento. Los Estados Unidos tenían todos los triunfos: una ideología adaptada, el mayor aparato militar y la capitalización bursátil inicial más fuerte. Dejando aparte a Japón, las capitalizaciones bursátiles de los otros países occidentales parecían, hacia 1990, minúsculas en relación con la de Estados Unidos. Japón, cuyo sistema económico sigue siendo de tipo nacional, protegido, y cuya lengua es garantía de opacidad, no podía ser un rival serio.

Estados Unidos, líder monetario y militar, ofrecía al principio condiciones de máxima seguridad. Wall Street, cuyos indicadores bursátiles parecen ahora dirigir los de todo el planeta (al alza ayer, a la baja hoy), se ha convertido en el punto culminante del mecanismo: 3,059 billones de capitalización en Estados Unidos en 1990, 13,451 billones en 1998. Pero todo esto no tiene mucho que ver con la noción de eficacia económica, de

productividad en un sentido físico, real, a pesar de que la imagen de las «nuevas tecnologías» es un elemento mítico apreciable del proceso.

El aumento de la capitalización bursátil, totalmente desproporcionado en relación con el crecimiento real de la economía norteamericana, no representa en realidad sino una especie de inflación de los ricos. La extracción del beneficio dispara unos ingresos que se invierten en la Bolsa, donde la relativa escasez de «bienes» a la venta, las acciones, produce un alza de su valor nominal.

VOLATILIZACIÓN

La explotación de las clases laboriosas del mundo desarrollado y la superexplotación de los países en vías de desarrollo no supondrían problemas insuperables para el equilibrio de la sociedad globalizada si las clases dirigentes de todos los países del planeta, y específicamente de los protectorados europeos y japonés, sacaran partido de ello. La creciente vulnerabilidad de la hegemonía norteamericana se deriva en parte del hecho de que el mecanismo regulador se está convirtiendo en una amenaza para las clases privilegiadas de la periferia dominada, ya se trate de los capitalistas europeos y japoneses o de las nuevas burguesías de los países en vías de desarrollo. A partir de ahora debemos esmerarnos en estudiar el destino mundial del beneficio, que nos llevará, más allá de la denuncia moral de su extracción, al examen de su evaporación.

Si nos salimos de un modelo general y abstracto que utiliza las palabras capitalismo, beneficio, ricos, Bolsa, etc., y reinsertamos esas nociones en la realidad del mundo, tenemos que decir, simplemente, que una parte importante de los beneficios del mundo corre hacia el sistema bursátil norteamericano. No pretendo reconstituir yo solo la totalidad de los mecanismo de redistribución en Estados Unidos de esos ingresos procedentes del extranjero. El sistema está plagado de señuelos financieros e ideológicos que hacen de él un juego de espejos deformantes: desde el empleo de la servidumbre innumerable de abogados y contables a las órdenes de los capitalistas, hasta el endeudamiento de los hogares medios y las sucesivas purgas sufridas por Wall Street. Sin olvidar las bajas sucesivas del precio del dinero, con un tipo de interés real igual a cero en el punto de mira, que equivale, en una economía especulativa, a la distribución gratuita

de moneda. Pero si admitimos que la economía norteamericana es, en su realidad física, escasamente productiva, como atestigua la importación masiva y creciente de bienes de consumo, tendremos que considerar que la capitalización bursátil es una masa ficticia y que el dinero dirigido hacia los Estados Unidos entra, literalmente, en un espejismo.

Por vías misteriosas, el movimiento de dinero concebido por los privilegiados de la periferia como una inversión de capital se transforma para los estadounidenses en signos monetarios que sirven para el consumo cotidiano de bienes comprados a lo largo y ancho del mundo. Entonces, de una forma u otra, el capital invertido se evaporará. La ciencia económica tendría que especular, analizar, prever: la caída de los indicadores bursátiles, la desaparición de Enron, la implosión del consulting de auditorías Andersen, proporcionan pistas e hipótesis. Cada quiebra norteamericana se traduce en la volatilización de activos para los bancos japoneses o europeos. Y, además, en Francia sabemos por experiencia, baste recordar el escándalo del Crédit Lyonnais o la megalomanía americanófila de Jean-Marie Messier[9], que una inversión masiva en Estados Unidos anuncia una catástrofe inminente. Aún no sabemos cómo, ni a qué ritmo serán desplumados los inversores europeos, japoneses y otros, pero lo serán. Lo más verosímil es un pánico bursátil de proporciones nunca vistas seguido del hundimiento del dólar, encadenamiento que pondría término al estatus económico «imperial» de los Estados Unidos. No sabemos todavía si la bajada del dólar, que se inició a comienzos de abril de 2002 tras el caso Enron-Andersen, no es más que un avatar del sistema o el comienzo de su fin. Nada de todo eso ha sido deseado o pensado. La implosión del mecanismo será tan sorprendente como lo fue su emergencia.

En la medida en que los ingresos de los pobres, las clases medias y los privilegiados progresaron en Estados Unidos, entre 1995 y 2000, más o menos al mismo ritmo, el moralista puede reconfortarse ante la visión terminal de una plebe norteamericana que acapararía una parte de los beneficios del mundo entero, sobre todo europeos. Es un regreso al fundamentalismo de Jesse James[10]: robar a los ricos para dar a los pobres —a sus pobres—. Un mecanismo así ¿no revela la potencia imperial de Estados Unidos, similar a la de Roma?

Pero los Estados Unidos no tienen el poder militar de Roma. Su poder sobre el mundo no puede prescindir del acuerdo de las clases dirigentes

tributarias de la periferia. Más allá de cierta tasa de exacción, y de cierto nivel de inseguridad financiera, la adhesión al imperio tal vez ya no sea una opción razonable para estas últimas.

Nuestra servidumbre voluntaria sólo puede mantenerse si los Estados Unidos nos tratan de forma equitativa, más aún, si nos consideran, cada vez más, como miembros de la sociedad dominante central; es el principio básico de toda dinámica imperial. Deben convencernos, mediante su universalismo, mediante la palabra tanto como mediante el comportamiento económico, de que «todos somos americanos». Pero, lejos de esto, nos tratan, cada vez más, como a súbditos de segunda categoría –porque, hoy por hoy, el retroceso del universalismo es, desgraciadamente para el mundo, la tendencia ideológica central de los Estados Unidos.

[1] B. H. Liddell Hart, *History of the Second World War*, Londres, Pan Books, 1973.

[2] Las estadísticas disponibles no permiten distinguir entre los diferentes frentes y teatros de operaciones, pero las cifras globales de muertos en combate son elocuentes:

Estados Unidos (contra Alemania y Japón): 300.000

Reino Unido: 260.000

Francia: 250.000

Rusia: 13.000.000

Japón (contra todos sus adversarios): 1.750.000

Alemania: 3.250.000

[3] U.S. Census Bureau, *Statistical Abstract of the United States: 2000*, tabla 580.

[4] Para un buen análisis de la realidad del gasto y el poderío militar norteamericano, véase M. E. O'Hanlon, *Defense Policy Choices for the Bush Administration 2001-2005*, Brookings Institution Press, 2001.

[5] Entrevista aparecida en *Les Échos*, 11 abril 2002.

[6] En un artículo titulado «The betrayal of capitalism», publicado por la *New York Review of Books* el 31 de enero de 2002 y aparecido recientemente en *Le Monde*.

[7] *Bureau of Economic Analysis, U.S. International Transactions Account Data*.

[8] *The Wealth of Nations*, Penguin, 1979, p. 430 [ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Barcelona, Folio, 1999]. En el sentido económico en que la entiende Smith, la noción *servant* incluiría sin ninguna duda buena parte de la nueva economía de servicios norteamericana.

[9] Importante hombre de negocios francés, presidente de Vivendi Universal, actualmente caído en desgracia tras un sonado escándalo bursátil [*N. del T.*].

[10] Célebre fuera de la ley del Oeste americano que, entre 1860 y 1880, desvalijaba bancos y trenes con su banda.

CAPÍTULO V

El retroceso del universalismo

Una de los atributos esenciales de los imperios, principio a la vez de dinamismo y estabilidad, es el universalismo, la capacidad de tratar de forma igualitaria a hombres y pueblos. Tal actitud permite la extensión continua del sistema de poder mediante la integración en el núcleo central de los pueblos e individuos conquistados, superando así la base étnica inicial. El tamaño del grupo humano que se identifica con el sistema se amplía sin cesar, porque éste autoriza a los dominados a redefinirse como dominantes. En el espíritu de los pueblos sometidos, la violencia inicial del vencedor se transforma en generosidad.

Como hemos visto, el éxito de Roma y el fracaso de Atenas no se explican tanto en función de las diferentes aptitudes militares como en función de la apertura progresiva del derecho de ciudadanía romano y el cierre cada vez más marcado del derecho de ciudadanía ateniense. El pueblo ateniense seguía siendo un grupo étnico definido por la sangre: a partir de 451 a.C. incluso era necesario tener dos antepasados ciudadanos para pertenecer a él. En cambio, el pueblo romano, que no tenía nada que envidiarle en lo que se refiere a su conciencia étnica, se amplió sin cesar para incluir, sucesivamente, toda la población del Lacio, luego la de Italia, y después la de toda la cuenca mediterránea. En 212 d.C., el Edicto de Caracalla concedía el derecho de ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio. Las provincias terminaron dando a Roma la mayoría de sus emperadores.

Podríamos citar otros ejemplos de sistemas universalistas capaces de aumentar el efecto de su potencial militar mediante un tratamiento igualitario de pueblos y hombres: China, que todavía hoy reúne a la mayor masa humana congregada nunca bajo un sólo poder estatal; el primer imperio árabe, cuyo fulgurante crecimiento se explica tanto por el igualitarismo extremo del islam como por la fuerza militar de los conquistadores o la descomposición de los Estados romano y parto. En el periodo moderno, el imperio soviético, llevado por su fragilidad económica,

se asentaba sobre una capacidad de tratamiento igualitario de los pueblos cuyo origen parece tener más que ver con una característica del pueblo ruso que con la estructura ideológica comunista. Francia, que fue, antes de su declive demográfico relativo, un verdadero imperio a escala europea, funcionaba con un código universalista. Entre los fracasos imperiales recientes podemos mencionar el del nazismo, cuyo etnocentrismo radical impedía que la fuerza inicial de Alemania se viese reforzada por la potencia suplementaria de los grupos conquistados.

Un examen comparativo sugiere que la aptitud de un pueblo conquistador para tratar de forma igualitaria a los grupos vencidos no obedece a factores exteriores, sino que está alojada en una especie de código antropológico inicial. Es un a priori cultural. Los pueblos cuya estructura familiar es igualitaria, y define a los hermanos como equivalentes –los casos de Roma, China, el mundo árabe, Rusia y la Francia de la región parisina–, en general, tienden a percibir a los hombres y a los pueblos como iguales. La predisposición a la integración resulta de este apriorismo igualitario. Los pueblos cuya estructura familiar original no comprende una definición estrictamente igualitaria de los hermanos –caso de Atenas y, aún más claro, de Alemania– no desarrollan una percepción igualitaria de los hombres y los pueblos. El contacto militar tiende a reforzar la conciencia «étnica» de sí mismo del conquistador, y conduce a la emergencia de una visión fragmentada, en vez de homogénea, de la humanidad y a una postura diferenciadora y no universalista.

Los anglosajones son difíciles de situar en el eje diferencialismo/universalismo. Los ingleses son claramente diferencialistas, no en vano consiguieron preservar su identidad de los galos y los escoceses por los siglos de los siglos. El imperio británico, que triunfó en ultramar gracias a una superioridad tecnológica aplastante, duró poco. Nunca intentó integrar a los pueblos sometidos. Los ingleses hicieron una especialidad del poder indirecto, el *indirect rule*, que no ponía en cuestión las costumbres locales. Su descolonización fue relativamente indolora, una obra maestra del pragmatismo, porque para ellos nunca se trató de transformar a indios, africanos o malayos en británicos de formato estándar. A los franceses, muchos de los cuales soñaban con hacer de vietnamitas y argelinos franceses ordinarios, les costó más aceptar su retroceso imperial. Arrastrados por su universalismo latente, se empeñaron en una resistencia

imperial que les valió una sucesión de desastres militares y políticos.

Sin embargo, no debemos exagerar el diferencialismo inglés. Teniendo en cuenta el reducido tamaño de Inglaterra y la inmensidad de la formación imperial británica, aunque fuese efímera, revela una aptitud evidente para tratar a los pueblos conquistados de forma relativamente igualitaria y decente. Los estudios de Evans-Pritchard sobre los nuer de Sudán o los de Meyer sobre los tallensi de Ghana, obras maestras de la antropología social británica, y admirables tanto por su sensibilidad como por su rigor, fueron llevados a cabo en la época colonial. Esos análisis combinan la tradicional aptitud inglesa para describir las diferencias étnicas con una aguda percepción del universal humano oculto por la diversidad de las estructuras. El individualismo anglosajón siempre deja la posibilidad de una percepción directa del individuo, del hombre en general, más que del hombre modelado por la matriz antropológica.

El caso americano expresa de forma paroxística la ambivalencia anglosajona con respecto a los principios opuestos de universalismo y diferencialismo. Es posible describir a Estados Unidos, en primer lugar, como el resultado nacional y estatal de un universalismo radical. Después de todo, se trata de una sociedad nacida de la fusión de inmigrantes llegados de todos los pueblos de Europa. El núcleo inglés inicial demostró una capacidad absoluta para absorber a individuos de orígenes étnicos diferentes. La inmigración, interrumpida durante la segunda mitad de los años veinte, se reanudó en los años sesenta, pero ampliándose a Asia, Centroamérica y América del Sur. La capacidad para integrar, para *ampliar el centro*, ha hecho posible el éxito norteamericano, lo que hay de éxito imperial en el destino de Estados Unidos. La masa demográfica –285 millones en 2001, 346 millones previstos para 2025– da fe por sí sola de esa aptitud.

Pero también se puede describir a Estados Unidos en los términos opuestos de un diferencialismo radical. En su historia siempre hay un «otro», diferente, inasimilable, condenado a la destrucción o, más a menudo, a la segregación. El indio y el negro desempeñaron, siguen desempeñando –en el caso del indio, convertido en hispano–, el papel del hombre diferente. El sistema ideológico americano combina universalismo y diferencialismo en un todo: estas concepciones en apariencia opuestas funcionan en realidad de forma complementaria. Al principio, se produce

cierta incertidumbre sobre el otro, que no se puede definir a priori como semejante o diferente. Algunos extranjeros serán percibidos como semejantes, iguales, otros como diferentes, inferiores. Similitud y diferencia, igualdad e inferioridad nacen *juntas* por polarización. El rechazo de los indios y los negros permitió tratar a los inmigrantes irlandeses, alemanes, judíos e italianos como a iguales. La definición de estos inmigrantes como iguales permitió a cambio situar a los negros y a los indios como inferiores.

La incertidumbre anglosajona sobre el estatus del otro no es un hecho moderno. Al contrario, parece verosímil que provenga de cierta primitividad antropológica, de la pertenencia de los ingleses a un estrato sociocultural periférico del Viejo Mundo poco o mal integrado a los sucesivos imperios y que no controla bien los principios de igualdad y desigualdad. Esta primitividad sólo concierne al campo familiar; en ningún modo ha impedido que Inglaterra y Estados Unidos se manifiesten en la fase más reciente de la historia como pioneros de la modernidad económica.

La cultura inglesa se caracteriza entonces por cierta indefinición de los valores de igualdad y desigualdad, por lo general tan claros en Eurasia^[1]. Si volvemos al modelo antropológico que asocia estructura antropológica y percepción ideológica a priori, podemos efectivamente identificar en la familia inglesa tradicional una indefinición correspondiente a la de la esfera ideológica: los hermanos son *diferentes*, ni iguales ni desiguales. A las reglas hereditarias desiguales de alemanes o japoneses, e igualitarias de franceses, rusos, árabes o chinos, responde la libertad de testar de los padres ingleses, que pueden repartir sus bienes entre los hijos como mejor les parezca. Esta libertad en general no implica, al margen de la aristocracia inglesa, grandes desigualdades como la exclusión de todos los hijos en beneficio de uno solo.

La tensión entre diferencialismo y universalismo hace de la relación de los anglosajones con el otro, con el extranjero, algo muy interesante, específico e inestable.

Los pueblos universalistas definen a priori, de una vez por todas, a los pueblos exteriores como iguales a sí mismos, actitud que puede conducirles a impacientarse cuando los extranjeros concretos no responden a primera vista su a priori ideológico. El potencial xenófobo de los pueblos universalistas es evidente: irritación de los franceses ante el aislamiento de

las mujeres árabes, desprecio de los chinos clásicos, o los romanos, hacia los pueblos periféricos que no oprimían a sus mujeres, sin olvidar la negrofobia de los rusos, poco habituados al color negro, etc. Pero nunca se condena o se teoriza contra el sistema antropológico adverso. Los pueblos francamente diferencialistas, al menos en sus periodos conquistadores –los alemanes hasta el nazismo, los japoneses de la época militarista–, establecían una jerarquía estable entre los pueblos de la tierra, divididos en superiores e inferiores.

La relación de los anglosajones con el mundo es cambiante. Tienen una frontera antropológica en la cabeza, de la que carecen los pueblos universalistas, que les acerca a los pueblos diferencialistas, pero los límites de esa frontera pueden desplazarse. Tanto para extenderse como para reducirse. Estamos nosotros y los demás, pero entre los demás algunos son como nosotros y otros diferentes. Entre los diferentes, algunos pueden ser reclasificados como semejantes. Entre los semejantes, algunos pueden ser reclasificados como diferentes. Pero siempre hay un límite que separa al humano completo del otro, «there is some place where you must draw the line» [«en algún lugar se tiene que trazar la línea»]. El espacio mental de los ingleses puede quedar reducido al mínimo, a ellos mismos, pero también puede ampliarse a todos los británicos, y sin duda hoy se está extendiendo al resto de los europeos.

La historia de los Estados Unidos puede leerse como un ensayo sobre este tema de la fluctuación del límite, con una ampliación continua del grupo central de la independencia a 1965, seguido de una tendencia regresiva de 1965 hasta nuestros días.

Ingleses al principio, los americanos aprendieron a integrar a todos los europeos tras notables vacilaciones sobre el estatus de igualdad de irlandeses, italianos y judíos. La categoría «blanco» permitió formalizar esa ampliación parcial, desterrando a indios, negros y asiáticos al otro lado de la barrera mental que separa al semejante del diferente. Entre 1950 y 1965, nueva expansión: los asiáticos y los indios autóctonos son redefinidos como americanos de pleno derecho, fenómeno que puede medirse por su entrada en el mercado matrimonial americano general. Sus mujeres en particular ya no son tabú para los machos del grupo dominante, que ahora pueden casarse con ellas. Entre 1950 y 1965, el problema negro, sin embargo, provoca la aparición de una tensión máxima entre universalismo y diferencialismo: en

el nivel consciente del político, la lucha por los derechos civiles intenta incluir a los negros en el espacio central; en el nivel inconsciente de las creencias profundas, la situación no cambia en absoluto y la segregación matrimonial de las mujeres negras disminuye sólo de forma infinitesimal.

La tendencia a la expansión puede explicarse, de manera óptima, mediante la hipótesis de una razón humana finalmente apta para reconocer, con el tiempo, la similitud del prójimo. Tal interpretación sugiere la existencia de una dinámica igualitaria autónoma, una superioridad intrínseca del principio de igualdad sobre el principio de desigualdad. Pero, si queremos comprender plenamente el auge final y, desgraciadamente, temporal, del universalismo en los Estados Unidos de la época 1950-1965, la más auténticamente imperial, no podemos olvidar un factor explicativo secundario: la competencia del imperio soviético. La época de la guerra fría fue la del universalismo americano máximo.

Rusia había inventado el comunismo, ciertamente la ideología más universalista desde la Revolución francesa, e intentaba imponérselo al mundo. La Revolución francesa concedía el principio de libertad a todos los hombres. No menos igualitaria, la revolución rusa propuso al planeta el gulag para todos. Cualesquiera que hayan sido sus defectos, no podemos reprochar al comunismo no haber tratado de forma igualitaria a los pueblos sometidos. El examen del funcionamiento concreto del imperio soviético demuestra que la violencia y la explotación estatales pesaban mucho más duramente sobre el centro ruso que sobre los pueblos anexionados, las democracias populares del Este europeo disfrutaban de un máximo de «libertad».

El universalismo ruso es evidente. Tiene una fuerte capacidad de seducción, que pudo verse en acción con ocasión del establecimiento de la Internacional comunista. Como los revolucionarios franceses, los bolcheviques parecían tener una aptitud natural para considerar a todos los hombres y a todos los pueblos de la misma forma, actitud no sólo simpática, sino también favorable a la expansión política.

Durante la guerra fría, los Estados Unidos tuvieron que hacer frente a ese potencial amenazador. Tanto en el interior como en el exterior. El universalismo se expresó, en el exterior, mediante la exportación a los países desarrollados aliados de una economía liberal homogénea, y mediante el apoyo a la descolonización en el conjunto de la esfera

occidental. En el interior de la sociedad norteamericana, la competencia del universalismo comunista hizo necesaria la lucha contra la segregación de los negros. El mundo, obligado a escoger entre dos modelos, no se decantaría por unos Estados Unidos que trataban a algunos de sus ciudadanos como a infrahombres. La asimilación de los japoneses y los judíos es un éxito incuestionable. En el caso de los negros, la integración en el sistema político no vino acompañada por una emancipación económica y una dispersión en la sociedad norteamericana general. En efecto, se desarrolló una clase media negra, pero tenía sus propios guetos, que venían a añadirse a los de los negros pobres, ampliamente mayoritarios.

En el periodo más reciente, que se corresponde con el derrumbamiento del rival comunista, hemos sido testigos del retroceso del universalismo norteamericano. Es como si la presión del imperio competidor hubiese conducido a Estados Unidos más allá de sus posibilidades reales en la dimensión del universalismo. La desaparición de esa presión hizo posible que el sistema mental norteamericano recuperase su equilibrio natural y, en consecuencia, redujese el perímetro de inclusión de los pueblos en «su» universal.

EL RETROCESO DEL UNIVERSALISMO INTERNO: LOS INDICADORES NEGRO E HISPANO

El carácter «multirracial» de la sociedad y la estadística norteamericana nos permite seguir «desde dentro» el debilitamiento del universalismo estadounidense, captar mediante el análisis demográfico el fracaso de la integración de los negros y la posible emergencia de un tercer grupo separado, los «hispanos», de hecho los latinoamericanos de origen indio, en su mayoría mexicanos.

En una primera aproximación, la estadística norteamericana sugiere sin embargo un ligero aumento del número de matrimonios mixtos entre los negros de sexo masculino a comienzos del milenio: de un 2,3 por 100 entre los mayores de 55 años a un 11 por 100 para los comprendidos entre 15 y 24 años. Pero para las mujeres negras el aumento es insignificante, lo que sugiere una persistencia del tabú racial fundamental: los hombres del grupo dominante no deben casarse con mujeres del grupo dominado. El matrimonio interracial negro/blanco es ligeramente más frecuente entre las

categorías con educación superior. En cambio, entre los asiáticos el aumento es muy importante: de un 8,7 por 100 a un 30,1 por 100 de matrimonios mixtos para los mismos grupos de edad. Por su parte, los jóvenes judíos norteamericanos alcanzan una tasa de matrimonios mixtos del 50 por 100; la entrada en el mercado matrimonial general, es decir, la dispersión del grupo, viene acompañada por un ruidoso aumento de la solidaridad activa con el Estado de Israel.

Las estadísticas más recientes revelan, no obstante, que el ligero aumento del número de matrimonios mixtos observados entre los negros desde 1980 a 1995 cesó a continuación. El anuario estadístico de Estados Unidos permite seguir el desbloqueo del periodo 1980-1995, mínimo, y el bloqueo de la situación racial de los años siguientes. La tasa de matrimonios mixtos para las mujeres era de 1,3 por 100 en 1980 y de 1,6 por 100 en 1990. En 1995 subió a 3,1 por 100, para estancarse en el 3 por 100 en 1998. Pero sin duda ya era demasiado para los estadísticos norteamericanos, cuyo instinto les indicaba que ese aumento, aunque insignificante, era ya imposible: «enough is too much already» [«bastante ya es demasiado»]. En el año 1999, juiciosamente, excluyeron a los hispanos blancos y negros de la estadística, opción categorial que hizo recaer la tasa de matrimonio mixto de las mujeres negras a un 2,3 por 100. Falsa alarma, una minoría portadora del universalismo español era responsable de una proporción enorme de matrimonios mixtos, seguramente los puertorriqueños. Actualmente, cerca del 98 por 100 de las mujeres negras que viven en pareja lo hacen con un negro. Si a esta endogamia racial casi absoluta le añadimos el hecho de que la mitad de las mujeres negras son madres solteras y, en consecuencia, desde luego no están casadas con un blanco, no cabe sino constatar la notable persistencia del problema racial. Sería más exacto hablar de degradación, pues otros datos demográficos indican una regresión.

En Estados Unidos, el índice de mortalidad infantil, proporción de niños muertos antes de cumplir un año, es tradicionalmente mucho más elevado entre los negros que entre los blancos: en 1997, 6 por mil entre los blancos y 14,2 entre los negros. De hecho, el dato es mediocre hasta para los mismos americanos blancos, pues su tasa es superior a la de Japón y todos los países de Europa occidental. Pero al menos está bajando. En 1999, cayó al 5,8 por mil. El de los negros, en cambio, *hecho extraordinario*, subió entre 1997 y 1999, del 14,2 al 16,6[2]. Tal vez el lector no habituado a la

interpretación sociológica de los indicadores demográficos pueda considerar que ese aumento es débil. Tal vez crea que la mortalidad infantil no tiene significación general para la sociedad. El índice de mortalidad infantil es, por el contrario, un indicador crucial porque revela la situación real de los individuos más frágiles en una sociedad o en un sector particular de dicha sociedad. El ligero aumento de la mortalidad infantil rusa entre 1970 y 1974 me permitió comprender, ya en 1976, la descomposición de la Unión Soviética y predecir el derrumbamiento del sistema[3]. El ligero aumento de la mortalidad infantil de los negros en Estados Unidos marca el fracaso de la integración racial tras medio siglo de esfuerzos.

A comienzos del tercer milenio, el sistema mental norteamericano no es birracial, sino trirracial, en la medida en que las estadísticas y la vida social han constituido a los hispanos, en realidad a los mexicanos de origen indio, en un tercer grupo específico fundamental por su tamaño[4]. La sociedad norteamericana ha recuperado la estructura ternaria que tenía en el momento de la independencia, o cuando Tocqueville la analizó a principios del siglo XIX: indios, negros, blancos.

El destino de la comunidad mexicana es una incógnita para los sociólogos. Algunos indicadores, como la excelente adquisición de la lengua inglesa por los niños, hablan de un intento de asimilación, lo contrario de lo que sugieren los apasionados debates sobre la hispanofobia. Pero podemos señalar, después de una fase de alza, *un descenso de las tasas de matrimonio mixto en las generaciones más jóvenes*: 12,6 por 100 entre los mayores de 55 años, 19 por 100 para los comprendidos entre 35 y 54 años, pero sólo 17,2 por 100 para los que tienen entre 25 y 34 años, y 15,5 por 100 para los que tienen entre 15 y 24 años[5]. Este descenso no revela forzosamente un cambio de actitud de las poblaciones concernidas, pero podría resultar mecánicamente de la emergencia de una población mayoritariamente mexicana en los distritos tejanos y californianos más cercanos a la frontera. Incluso este efecto puramente territorial parece señalar una separación de los grupos blancos y, digamos, hispano-indios. Los índices de fecundidad de los diversos grupos en 1999 revelan claramente una persistente frontera mental: 1,82 para los blancos no hispanos (absurda categoría lingüístico-racial), 2,06 para los negros no hispanos, 2,9 para los «hispanos»[6]. En 2001, el indicador de fecundidad de México era de 2,8.

¿Es realmente sorprendente observar un fracaso de integración en el seno de una sociedad que ha reemplazado la glorificación de la igualdad de derechos por la sacralización de la «diversidad» –de orígenes, culturas, razas–, bautizada «multiculturalismo»? El retraimiento de la igualdad en la sociedad norteamericana no es característico exclusivamente del campo de las relaciones raciales. La evolución económica del periodo 1980-1995 puede describirse, ya lo hemos visto, como una marcha forzada hacia la desigualdad que produjo en ciertos sectores con bajos ingresos –mayoritariamente negros, qué casualidad– fenómenos de regresión e implosión.

Una vez más, sin embargo, hay que evitar las caricaturas y esforzarse en captar globalmente el mecanismo del sistema mental anglosajón, que necesita segregar a unos, los negros, qué duda cabe, y tal vez a los mexicanos, para asimilar a otros, los japoneses o los judíos. Habría que hablar de una asimilación diferencialista más que universalista.

La integración de los judíos en la sociedad americana, en el contexto de un retroceso del universalismo interno, es de particular importancia para quien se interese por las opciones estratégicas de Estados Unidos. Pues contrasta con el retroceso del universalismo externo, tan evidente en las relaciones de Estados Unidos con el mundo, tan manifiesto en la gestión del conflicto de Oriente Próximo. La inclusión de Israel en el sistema mental norteamericano es tanto externa como interna, la exclusión de los árabes responde a las de negros o mexicanos.

En Estados Unidos, la fijación ideológica por el Estado hebreo no se limita a la comunidad judía. La hipótesis de un retroceso general del universalismo norteamericano permite comprender esta fijación. La solidez de los lazos entre Estados Unidos e Israel es un hecho nuevo, inédito. Aquí no se trata tanto de «explicarlo» como de utilizarlo como «indicador» de las tendencias de fondo que actúan en Estados Unidos. El apoyo a Israel es la manifestación más visible del retroceso del universalismo norteamericano, de una escalada del diferencialismo expresada tanto en el plano exterior, el rechazo a los árabes, como en el interior, a través de las dificultades de integración de los mexicanos o la persistente segregación de los negros.

EL RETROCESO DEL UNIVERSALISMO EXTERNO: EL APOYO A

ISRAEL

La fidelidad de Estados Unidos a Israel constituye un verdadero misterio para los especialistas en análisis estratégico. La lectura de los clásicos recientes no aporta ningún esclarecimiento. Kissinger trata la cuestión palestino-israelí en detalle, pero con la exasperación de un adepto al «realismo» que tiene que lidiar con pueblos irracionales que luchan por la posesión de la tierra prometida. Huntington sitúa a Israel en el exterior de la esfera de la civilización occidental que presenta como un bloque estratégico[7]. Brzezinski no habla de Israel. Fukuyama tampoco. Es muy curioso si consideramos la importancia del vínculo con Israel en el establecimiento de una relación de antagonismo generalizado de Estados Unidos con el mundo árabe o, más ampliamente, musulmán.

La racionalidad y la utilidad de ese vínculo son difíciles de demostrar. La hipótesis de una cooperación necesaria entre democracias no se sostiene. La injusticia cometida contra los palestinos día tras día por la colonización israelí de las tierras que les quedan es en sí misma una negación del principio de igualdad, fundamento de la democracia. Las otras naciones democráticas, especialmente las europeas, no sienten por Israel la simpatía sin matices que caracteriza a los Estados Unidos.

La utilidad militar de Tsahal casi sería un argumento más serio. La debilidad del ejército norteamericano, tan lento, y además incapaz de encajar pérdidas, implica cada vez más la utilización sistemática de contingentes aliados, o incluso mercenarios, en las operaciones terrestres. Obsesionados por el control de la renta petrolífera, los dirigentes norteamericanos tal vez no se atrevan a prescindir del apoyo local del primer ejército de Oriente Medio, el de Israel, país cuyo tamaño, forma y armamento evocan cada vez más la imagen de un portaaviones fijo. Desde el punto de vista del realismo estratégico norteamericano, militar o civil, poder contar con una fuerza militar capaz de eliminar a cualquier ejército árabe en unos pocos días o semanas parece más importante que el afecto o la consideración del mundo musulmán. Sin embargo, si tal es el cálculo, ¿por qué los estrategas «realistas» no hablan de ello? Y ¿podemos considerar seriamente un hipotético control del ejército israelí sobre los pozos petrolíferos de Arabia Saudí, Kuwait o los Emiratos, un ejército que no fue capaz de mantener sin pérdidas importantes el sur del Líbano, en su

día, y Cisjordania, en la actualidad?

Las interpretaciones que insisten en el papel de la comunidad judía norteamericana y su capacidad para influir en el proceso electoral contienen una pequeña parte de verdad. Es la teoría del «lobby judío». Que, por otra parte, podríamos completar con una teoría del no-lobby árabe. En ausencia de una comunidad árabe suficientemente importante que sirva de contrapeso, cualquier político inmerso en un proceso electoral estimará nulo el coste político del apoyo Israel. ¿Por qué perder los votos de los electores judíos si no hay tantos votos árabes que ganar? Pero no exageremos la masa de la comunidad judía, que, con 6,5 millones de individuos no constituye más que el 2,2 por 100 de la población de Estados Unidos. Además, los Estados Unidos no carecen de tradiciones antisemitas, y sería posible imaginar que nuevos electores, entre el 97,8 por 100 de norteamericanos no judíos, sancionasen a los políticos favorables a Israel. Pero los antisemitas ya no son antiisraelitas. Nos estamos acercando al corazón del misterio.

Los grupos considerados antisemitas por los judíos norteamericanos, los fundamentalistas cristianos, están políticamente alineados en la derecha republicana[8]. Ahora bien, el apoyo a Israel es máximo entre el electorado republicano; y la derecha religiosa norteamericana, que sostiene a Bush, acaba de descubrir su pasión por el Estado de Israel, contrapartida positiva de su odio hacia el islam y el mundo árabe. Si añadimos que, por su lado, las tres cuartas partes de los judíos norteamericanos siguen orientados hacia el centro izquierda, votan por el partido demócrata y temen a los fundamentalistas cristianos, nos encontramos ante una paradoja crucial: existe una relación antagónica implícita entre los judíos americanos y la fracción del electorado americano que más apoya a Israel.

Por tanto, no es posible comprender el apoyo cada vez más determinado al Israel de Ariel Sharon sin plantear la hipótesis de que existan dos tipos de apoyo, de naturalezas diferentes, cuya combinación y motivaciones contradictorias explican simultáneamente la continuidad y las incoherencias de la política norteamericana en relación con Israel.

Por una parte, está el apoyo tradicional de los judíos norteamericanos, que, cuando el partido demócrata está en el poder, conduce a intentos para proteger Israel respetando al mismo tiempo, y en la medida de lo posible, los derechos de los palestinos. La acción de Clinton para obtener un acuerdo de paz en Camp David respondía a este tipo de motivación.

Otro apoyo a Israel, más nuevo y original, es el procedente de la derecha republicana, que proyecta sobre Oriente Próximo la preferencia por la desigualdad que caracteriza a los actuales Estados Unidos. Pues puede existir una preferencia por la desigualdad y por la injusticia.

Las ideologías universalistas proclaman la equivalencia de los pueblos. Esta actitud «justa» nos lleva a creer que el principio de igualdad es necesario para la constitución de alianzas entre los pueblos. Durante la guerra del Peloponeso, en efecto, Atenas, campeona de las democracias, sostenía cada vez que podía a las democracias del espacio griego. Pero Esparta, campeona de las oligarquías, instauraba regímenes oligárquicos cada vez que tomaba el control de una ciudad[9]. A finales del siglo XVIII, los diversos regímenes monárquicos de Europa consiguieron coaligarse contra el principio de igualdad difundido por la Revolución francesa. El ejemplo más espectacular de una identificación a distancia entre dos regímenes no sólo hostiles al principio de igualdad, sino apegados a la idea de la jerarquía de los pueblos, sigue siendo el de Alemania y Japón durante la Segunda Guerra Mundial. Después de Pearl Harbor, Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos por solidaridad con Japón. Así, tanto en las relaciones internacionales como en las interpersonales, puede existir una preferencia por el mal o, más modestamente, por la injusticia, si uno mismo es malo o injusto. El principio fundamental de la identificación con el prójimo no es el reconocimiento del bien sino el reconocimiento de sí mismo en el otro.

Sería posible sostener que la conciencia de estar portándose mal justifica la necesidad de buscar dobles que le justifiquen. Es en esos términos, creo yo, como hay que entender el apego, nuevo y reforzado, de Estados Unidos hacia Israel. Como Israel se está portando mal, en un momento en que Estados Unidos también se porta mal, los norteamericanos aprueban su comportamiento cada vez más feroz hacia los palestinos. Los Estados Unidos derivan hacia una creencia reforzada en la desigualdad de los hombres, creen cada vez menos en la unidad del género humano. Y es posible aplicar todas esas constataciones, sin modificación alguna, al Estado de Israel, cuya política respecto a los árabes viene acompañada por una fragmentación interna producida por la desigualdad económica y las creencias religiosas. La incapacidad cada vez mayor de los israelíes para percibir a los árabes como seres humanos es evidente para todos aquellos

que siguen los noticiarios. Pero no somos tan conscientes del proceso de fragmentación interna de la sociedad israelí, arrastrada, como la sociedad norteamericana, a una fiebre antiigualitaria[10]. La diferencia de ingresos en la sociedad israelí se cuenta entre las más importantes del mundo desarrollado y «democrático». Los diversos grupos –laicos, asquenazíes, sefarditas, ultraortodoxos– se separan cada vez más, fenómeno que puede medirse por las diferencias de fecundidad entre grupos, que van de menos de dos hijos por mujer entre los laicos a 7 entre los ultraortodoxos.

En el origen de la relación entre Israel y Estados Unidos estaba la pertenencia a la esfera común de las democracias liberales. Y también el vínculo concreto constituido por la presencia en Estados Unidos de la más importante comunidad judía de la diáspora, sin olvidar el lazo bíblico entre calvinismo y judaísmo. Cuando un protestante leía la Biblia con un espíritu un poco literal se identificaba con el pueblo de Israel. En el caso preciso de los puritanos americanos del siglo XVII, inmigrados en una nueva tierra prometida, el horror apriorístico hacia los pueblos idólatras –el diferencialismo bíblico– podía fijarse en los indios o los negros.

La fijación global y reciente de Estados Unidos con Israel aparentemente no tiene mucho que ver con ese parentesco religioso original, con el amor por la Biblia, con una identificación positiva y optimista hacia el pueblo elegido de Israel. Estoy convencido de que si Francia, republicana o católica, aún estuviese implicada en la guerra de Argelia, reprimiese, encerrase y matase árabes como el Estado de Israel hace en Palestina, los actuales Estados Unidos –diferencialistas, no igualitarios, corroídos por la mala conciencia– se identificarían con una Francia colonial privada de su universalismo. Nada es tan tranquilizador, cuando se abandona el campo de la justicia, como observar a otros hacer el mal. La injusticia que está cometiendo Israel en nuestros días no escandaliza a la potencia dominante de Occidente[11].

Lo más importante para un análisis estratégico planetario es percibir bien la lógica profunda del comportamiento norteamericano: la incapacidad de Estados Unidos para percibir a los árabes como a seres humanos se inscribe en una dinámica de reflujo del universalismo endógena en la sociedad norteamericana.

LA INQUIETUD DE LOS JUDÍOS NORTEAMERICANOS

Este modelo permite comprender mejor la excitación de la comunidad judía norteamericana, de la que cabría esperar que se mostrase simplemente feliz por su exitosa integración, maravillada ante el leal comportamiento de Estados Unidos hacia Israel. Por el contrario, esta comunidad privilegiada acaba de precipitarse en el culto inquietante, por no decir neurótico, del Holocausto[12]. Los judíos norteamericanos conmemoran incesantemente la masacre a la que escaparon. Denuncian sin cesar el creciente antisemitismo del planeta y expresan su temor por todos los grupos de la diáspora, especialmente el francés, que, pese a los ataques contra las sinagogas de los suburbios franceses, en la primavera de 2002, éste no siente en la misma medida. Los judíos franceses de origen asquenazí, para quienes el Holocausto fue una realidad mucho más concreta de lo que fue para los judíos americanos, parecen mucho más tranquilos, demuestran mucha más confianza en el futuro, incluso aunque al otro lado del Atlántico los tengan por renegados sin conciencia comunitaria y por futuras víctimas de la eterna judeofobia francesa. El persistente pavor de los judíos americanos, en el país del pretendido «todopoderoso lobby judío», es en cierta medida paradójico[13]. La hipótesis de un retroceso del universalismo americano permite comprender la persistencia, al otro lado del Atlántico, de una verdadera ansiedad judía.

Resumamos el modelo explicativo. La mentalidad anglosajona tiene dos características en lo que concierne a las relaciones con el otro: primera, necesita excluir para incluir; segunda, el límite entre incluidos y excluidos no es estable. Hay fases de ampliación y fases de regresión.

La inclusión de los judíos americanos corresponde a la exclusión de los negros y, tal vez, de los mexicanos. Ésta interviene en una fase de retroceso del universalismo y aumento del diferencialismo —en los términos americanos usuales de reafirmación del sentimiento racial. El motor de la evolución norteamericana no es hoy el valor igualdad, sino el valor desigualdad. ¿Cómo vivir con buena conciencia y con un sentimiento de seguridad un proceso de integración tan paradójico? ¿Cómo no percibir tal integración como frágil, amenazada y llena de peligros potenciales? Los judíos americanos proyectan al mundo exterior un miedo que está en ellos porque sienten vagamente que, más que beneficiarios de una generosidad en

aumento de tipo universalista, son juguetes de la dinámica diferencialista regresiva de la sociedad estadounidense.

Esta opinión no es sólo producto de una reflexión teórica. A principios de los años ochenta, tuve una conversación reveladora con uno de mis abuelos, americano de origen judío-austriaco. Durante una visita a Disneylandia, éste me hizo partícipe, ante un fondo de Mickeyes danzantes, de su persistente ansiedad: la pasión racial de la sociedad norteamericana le recordaba desagradablemente a la Viena de su adolescencia. En la parte judía francesa de mi familia nunca he observado esa clase de inquietud.

UN IMPERIO NO PUEDE SER DIFERENCIALISTA

Por su evidente ineptitud, la retórica norteamericana del «imperio del mal», el «eje del mal» o cualquier otra manifestación diabólica sobre la tierra, es motivo de risa –o de abucheos, según el momento y el temperamento de cada uno. Sin embargo, hay que tomársela en serio, pero en su versión descodificada. Esa retórica expresa *objetivamente* la obsesión norteamericana por el mal, denunciado en el exterior, pero procedente en realidad del interior de Estados Unidos. Efectivamente, allí la amenaza del mal está por todas partes: renuncia a la igualdad, ascenso de una plutocracia irresponsable, vida a crédito de los consumidores y del país, aplicación cada vez más frecuente de la pena de muerte, retorno de la obsesión racial... Sin olvidar el inquietante asunto de los ataques con ántrax, probablemente llevados a cabo por miembros dementes e incontrolados de los servicios secretos. Decididamente, en estos tiempos, Dios no está con los Estados Unidos. Éstos ven el mal por todas partes, pero porque ellos mismos se están portando mal. Esta regresión puede hacer que nos demos cuenta de lo que estamos perdiendo: en el periodo 1950-1965, Estados Unidos era el país de la democracia, la libertad de expresión, la ampliación de los derechos sociales, la lucha por los derechos cívicos... era el imperio del bien.

Lo que llamamos unilateralidad norteamericana, llamativa expresión del diferencialismo en política internacional, no debe considerarse, sin embargo, en el marco de este ensayo, bajo un ángulo esencialmente moral. Hay que examinar sus causas y sus consecuencias prácticas. La causa fundamental es, como acabamos de ver, la regresión del sentimiento

igualitario y universalista en los mismos Estados Unidos. La consecuencia fundamental es la pérdida de un recurso ideológico indispensable para los imperios. Privados de una percepción homogénea de la humanidad y los pueblos, los Estados Unidos no pueden reinar sobre un mundo demasiado vasto y diverso. El sentimiento de justicia es un arma que ya no posee. La inmediata postguerra —el periodo 1950-1965— representó una especie de apogeo del universalismo imperial en la historia norteamericana. Como el universalismo imperial romano, el de los Estados Unidos triunfantes fue entonces modesto y generoso.

Los romanos supieron reconocer la superioridad filosófica, matemática, literaria y artística de Grecia; la aristocracia romana se helenizó, el vencedor militar acabó siendo asimilado en numerosos aspectos por la cultura superior del país conquistado. Además, Roma terminó sometándose a varias, y luego a una sola, de las religiones orientales. Los Estados Unidos, durante su época auténticamente imperial, sentían curiosidad y respeto por el mundo exterior. Observaban y analizaban con simpatía las diversas sociedades del mundo a través de la politología, la antropología, la literatura y el cine. El verdadero universalismo protege el mejor de los mundos posibles. La fuerza del vencedor permite la fusión de culturas. Aquella época en la que Estados Unidos combinaba poder económico y militar, tolerancia intelectual y cultural, queda bien lejos. Los Estados Unidos debilitados e improductivos del año 2000 ya no son tolerantes. Pretenden encarnar un ideal humano exclusivo, poseer la clave de todo éxito económico, producir el único cine concebible. Esta reciente pretensión de alcanzar la hegemonía social y cultural, ese proceso de expansión narcisista, no es sino un signo más del dramático declive del poderío económico y militar real, así como del universalismo de los Estados Unidos. Incapaces de dominar el mundo, niegan su existencia autónoma y la diversidad de sus sociedades.

[1] Desarrollaré este punto en la obra *L'origine des systèmes familiaux (El origen de los sistemas familiares)* [el primer volumen ha sido publicado por Gallimard en septiembre de 2011 (*N. del T.*)], que demostrará el carácter relativamente arcaico, en sentido antropológico, de la forma familiar anglosajona. Ese arcaísmo antropológico no dice nada

del potencial de desarrollo, cultural o económico, de las regiones caracterizadas por este tipo familiar. Igualmente, tendré ocasión de demostrar que ciertas formas familiares altamente evolucionadas en un sentido antropológico –árabe, china– frenan el desarrollo. En suma, que la evolución de la familia puede bloquear el desarrollo educativo y económico.

[2] *National Vital Statistics Reports*, vol. 49, núm. 8, septiembre 2001.

[3] E. Todd, *La chute finale*, op. cit.

[4] En realidad hay cinco grupos en la estadística americana que aísla, junto a blancos, negros e hispanos, a asiáticos e indios. En la actualidad, los indios, poco numerosos e integrados por el matrimonio mixto, así como los asiáticos, integrados por el matrimonio, deben considerarse «residuos» o «señuelos» ideológicos.

[5] *American Demographics*, noviembre 1999.

[6] <http://www.census.gov/population/projections/nations/summary>.

[7] Con su oportunismo característico, *Commentary*, revista neoconservadora publicada por el American Jewish Committee, no revela, en el análisis que propone del libro, esa exclusión de Israel, situada fuera de la esfera occidental (marzo 1997).

[8] The American Jewish Committee, *2001 Annual Survey of American Jewish Opinion*, <http://www.ajc.org>.

[9] Aristóteles, *Politique*, libro V, 7, (14), Les Belles Lettres, 1989 [ed. cast.: *Política*, Madrid, Istmo, 2005].

[10] Véase el notable artículo de Ilan Greilsammer en *Le Débat*, 118, enero-febrero 2002, p. 117-131.

[11] En el momento en que escribo estas líneas –¿será realmente una casualidad?– cae en mis manos un análisis publicado en el diario *Libération* de una entrevista concedida por Jean-Marie Le Pen al periódico liberal israelí *Haaretz*. El líder de la extrema derecha francesa expresa en ella su comprensión hacia la lucha antiterrorista y antiárabe desarrollada por Tsahal, similar según él a la mantenida en Argelia por el ejército francés cuatro décadas antes (*Libération*, 22 abril 2002).

[12] Véase Peter Novick, *L'Holocauste dans la vie américaine*, Gallimard, 2001.

[13] Véase, por ejemplo, la sorprendente cubierta del semanario conservador *Weekly Standard* del día siguiente a la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas, que presentaba, sobre un fondo tricolor, la divisa «Libertad, igualdad, judeofobia» (6 mayo 2002).

CAPÍTULO VI

¿Enfrentarse al fuerte o atacar al débil?

La deriva de la sociedad y la economía norteamericanas hacia la desigualdad y, sobre todo, hacia la ineficacia, ha acabado invirtiendo la relación de Estados Unidos con el mundo. La hiperpotencia autónoma de 1945 se ha convertido, medio siglo más tarde, en una especie de agujero negro para la economía mundial, que absorbe mercancías y capitales pero es incapaz de proporcionar a cambio bienes equivalentes. Para asegurar su influencia sobre ese mundo que le alimenta, debe redefinir otro papel en vez del de consumidor keynesiano de última instancia. Esto no es fácil. Su redefinición como potencia hegemónica no puede ser sólo política y militar: tiene que imponerse como Estado del planeta entero, adquirir un monopolio mundial de la violencia legítima. Estados Unidos, no obstante, no dispone de los recursos indispensables para tal reconversión, ya se trate de *hard power* o de *soft power*, por emplear estos conceptos tan caros a Joseph Nye.

Como ya hemos visto, el librecurso induce dificultades de crecimiento a escala mundial y es un freno para la prosperidad del mundo. A corto plazo, permite que los Estados Unidos se mantengan gracias a un mecanismo francamente barroco: la deficiencia de la demanda que engendra les confiere un papel de «consumidor indispensable», mientras que el aumento de la desigualdad, otra consecuencia del sistema, permite el incremento de los beneficios que nutren a esos mismos Estados Unidos del dinero fresco que necesitan para financiar su consumo.

La posición de regulador central que ocupa Estados Unidos es frágil porque, como hemos visto, la percepción del tributo imperial no está garantizada por medios autoritarios, sino según un mecanismo «liberal», voluntario, sutil e inestable, terriblemente dependiente de la buena voluntad de las clases dirigentes de la periferia dominada, europeos y japoneses particularmente. A Wall Street y a los bancos norteamericanos se les pueden reprochar innumerables estafas, pero no se les puede acusar de obligar a sus usuarios y clientes a dejar el dinero en sus manos.

El régimen capitalista de variedad desregulada, cuyo campeón es Estados Unidos, parece cada vez menos legítimo, hasta tal punto que el número de enero-febrero de 2002 de la revista *Foreign Affairs* se abrió con una referencia a la amenaza estratégica constituida por el rechazo a la globalización.

La insuficiencia del poder de coacción militar norteamericano complica el problema económico. Indiscutiblemente eficaces en el plano aeronaval, las fuerzas armadas no pueden, sin embargo, controlar directamente el espacio geográfico donde se producen las mercancías o del que se extraen las masas financieras necesarias para Estados Unidos. Además, y tal vez sobre todo, el potencial aéreo que, en teoría, podría bastar para ejercer un poder absoluto, por la amenaza de bombardeos, depende aún y siempre del capricho de la única potencia capaz de neutralizar, parcial o totalmente, a la aviación norteamericana con su tecnología de lucha antiaérea: Rusia. Mientras ésta exista Estados Unidos no dispondrá del poder total, que le aseguraría una seguridad económica de larga duración en su nueva situación de dependencia del mundo.

Dependencia económica, insuficiencia militar... Hay que añadir un tercer elemento clave a la nómina de deficiencias norteamericanas: el retroceso del sentimiento universalista, que incapacita a Estados Unidos para adquirir una percepción igualitaria, justa y responsable del planeta. El universalismo es un recurso fundamental para cualquier Estado, ya intente dominar y regular una nación o un espacio más vasto, pluriétnico e imperial.

Estos elementos explicativos ponen de manifiesto la contradicción fundamental de la posición norteamericana en el mundo: los Estados Unidos pretenden conseguir un equilibrio económico imperial duradero y estable sin tener realmente los medios militares e ideológicos para ello. Para comprender la política exterior norteamericana, no obstante, tenemos que examinar también cómo apareció esta contradicción fundamental, describir la trayectoria que condujo a esta posición inestable, medio imperial, medio liberal. Nada parece sugerir la existencia de un proyecto a largo plazo en la secuencia de decisiones que ha llevado al dilema actual.

La opción imperial es reciente: no se deriva de una voluntad fuerte, sino que, por el contrario, los dirigentes norteamericanos han encontrado en ella una solución fácil. Es producto de las circunstancias: el derrumbamiento del sistema soviético les produjo una momentánea ilusión de omnipotencia y

les empujó hacia el sueño de una hegemonía global y estable. El año 1995, más que 1990, fue el momento de la elección.

DEL DERRUMBAMIENTO DEL COMUNISMO AL DE RUSIA

Ni los dirigentes ni los estrategas norteamericanos habían previsto el hundimiento del sistema soviético, ese rival comunista cuya competencia, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, proporcionó una especie de coherencia negativa al espacio liberal. A principios de los años noventa, los Estados Unidos estaban además inmersos en un proceso de concienciación de sus propias deficiencias económicas. En *The Competitive Advantage of Nations*, obra de 1990, Michael Porter describía varios capitalismos –el japonés, el alemán, el sueco, el coreano– más eficaces que el capitalismo anglosajón en términos de producción porque sólo aceptaban las reglas liberales si éstas les convenían[1].

Parecía que, en un primer momento, el derrumbamiento del comunismo, enemigo principal, iba a conducir a una emergencia de la rivalidad con las potencias capitalistas europeas o asiáticas. En 1993, Lester Thurow anunciaba, en *Head to Head*, una futura guerra económica entre Estados Unidos, Europa y Japón[2]. Debemos comprender que, en aquel momento, el gobierno norteamericano, y los demás, que no predijeron, algunos años antes, el derrumbamiento del comunismo, aún no se planteaban la desaparición de Rusia como potencia. Tras haber sobrestimado la eficacia económica del comunismo, el mundo desarrollado subestimaba las dificultades asociadas con la salida del comunismo.

A principios de los años noventa, la hipótesis más verosímil para todos era que Rusia conservaría cierto peso estratégico en un mundo libre de la polarización ideológica pero que aún contaría con dos superpotencias. Entonces era posible soñar con un mundo igualitario y equilibrado, y que las naciones al fin aceptasen las mismas reglas de juego. En aquel contexto, los Estados Unidos apostaron por el retorno al equilibrio entre las naciones. Su esfuerzo de desarme, ya lo hemos visto, fue espectacular[3]. Nada anunciaba entonces la futura opción imperial. Pero entre 1990 y 1995, la descomposición política de la antigua esfera soviética se hizo patente, y la implosión económica de las diversas repúblicas fue realmente dramática.

Entre 1990 y 1995, la producción rusa experimentó una caída del 50 por

100. La tasa de inversión se desmoronó, el uso de la moneda retrocedió y, en ciertas regiones, se volvió a una economía de trueque. Las independencias de Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán —medio rusa étnicamente— supusieron para el centro «eslavo» del sistema una pérdida de 75 millones de individuos. Desde el punto de vista de la masa demográfica, Rusia perdió su estatus de equivalente aproximado de Estados Unidos. En 1981, la Unión Soviética tenía 268 millones de habitantes, los Estados Unidos 230. En 2001, Rusia sólo tenía 144 millones, y los Estados Unidos habían alcanzado los 285.

Peor aún, las reivindicaciones nacionales o étnicas no sólo afectaron a las antiguas repúblicas soviéticas, sino también a las regiones autónomas del interior de la Federación Rusa, del Cáucaso al Tatarstán. La administración central parecía estar perdiendo el control de las lejanas regiones de Siberia. Entonces se especuló sobre la posible ruptura de los lazos entre las regiones puramente rusas, una especie de fragmentación feudal del Estado ruso[4]. Todo sugería la posibilidad de una desintegración total. Hacia 1996, el antiguo adversario estratégico de los norteamericanos parecía, simple y llanamente, a punto de desaparecer. Fue entonces cuando apareció la opción imperial en Estados Unidos. La hipótesis de un mundo desequilibrado, dominado militarmente por Estados Unidos, contenía un elemento de verosimilitud. Un empujoncito, algunos estímulos y provocaciones en los márgenes de la Federación Rusa, el Cáucaso y Asia central, sus dos talones de Aquiles, y Estados Unidos ganaría aquella partida de ajedrez. En 1997 apareció *The Grand Chessboard*, coherente obra estratégica de Brzezinski sobre la necesidad y los medios para establecer una dominación asimétrica de Estados Unidos en Eurasia.

El hundimiento ruso convierte a Estados Unidos en la única superpotencia militar. Paralelamente, se acelera la globalización financiera: entre 1990 y 1997, el saldo positivo de los movimientos de capitales entre Estados Unidos y el resto del mundo pasa de 60.000 a 271.000 millones de dólares. Los norteamericanos pueden entregarse a un consumo suplementario no cubierto por la producción.

La idea de la existencia de una opción imperial, sin embargo, no debe llevarnos a imaginar que, unos círculos dirigentes norteamericanos intensamente lúcidos, genialmente calculadores, concibiesen en un momento decisivo cierta estrategia y la aplicasen consistentemente a partir

del mismo. Lo que condujo a la elección de la opción imperial fue, por el contrario, el abandono al curso natural de las cosas, una preferencia constante por la facilidad. La clase dirigente norteamericana está aún más desprovista de voluntad y de proyectos positivos que sus homólogas europeas, tan a menudo criticadas por su debilidad. Después de todo, la construcción de Europa exige esfuerzos de concertación y organización de los que, hoy por hoy, la clase dirigente estadounidense sería completamente incapaz.

A largo plazo, una opción nacional habría sido infinitamente más segura para Estados Unidos, donde, teniendo en cuenta la masa continental del país y el centralismo de su sistema financiero, esta opción es mucho más viable que en cualquier otro sitio. Pero eso habría exigido un verdadero trabajo de organización y regulación por parte de la administración: una política energética y una política de protección de la industria, dos elementos esenciales que habría sido necesario combinar con una política exterior multilateral para animar a las demás naciones y regiones a evolucionar hacia una autonomía beneficiosa para todos. La redinamización de las economías desarrolladas sobre una base «regionalizada» habría permitido, en efecto, una ayuda eficaz a los países en vías de desarrollo, cuya deuda habría podido ser condonada como contrapartida del retorno al proteccionismo. Un plan mundial de este tipo hubiera convertido a Estados Unidos en un líder mundial indiscutible y definitivo. Pero, claro, pensar y poner todo eso en marcha habría sido agotador.

Era tan fácil, tan gratificante, creer en el derrumbamiento definitivo de Rusia y en la emergencia de Estados Unidos como única superpotencia, constatar la afluencia de capitales y abandonarse a un deslizamiento sin fin del déficit comercial... Justificada por la ideología liberal del *laissez-faire*, la opción imperial fue sobre todo, psicológicamente, producto del *laisser-aller*^[5].

Esta estrategia, con objetivos ambiciosos pero frágiles motivaciones, implicaba un riesgo mayor: en 1997 no se podía afirmar definitivamente que la potencia rusa hubiese muerto. Toda política exterior que diese por hecho algo tan incierto comportaba un riesgo colosal para Estados Unidos: el de encontrarse un día en una situación de dependencia económica grave y no disponer de una superioridad militar real, en suma, pasar de una situación semi-imperial a una situación pseudo-imperial.

Si hubiese sido pensada, si hubiese resultado de una voluntad fuerte, la estrategia diplomática y militar correspondiente a la opción imperial al menos hubiese sido aplicada metódica y constantemente. Pero no ha sido así. Para demostrar esa ausencia de continuidad en el esfuerzo, lo más simple es analizar el más razonable y más franco de los proyectos imperiales –el modelo Brzezinski– y examinar a continuación en qué medida los dirigentes norteamericanos se han ceñido a él o no. El examen de la historia reciente revela que han llevado a cabo todo lo que era fácil y renunciado a todo lo que exigía una inversión importante de tiempo y energía.

DEL GRAN TABLERO DE AJEDREZ DIPLOMÁTICO...

Aunque sugiere que, por su propio bien, Occidente debería dar el golpe de gracia a Rusia anexionándose Ucrania y utilizando a Uzbekistán para conseguir que Asia central escape a su esfera de influencia, el proyecto de Brzezinski es claro y conciso. Tampoco revela qué cerco sobre Rusia debe conducir a la disgregación del corazón del país. La alta estrategia no excluye un mínimo de prudencia diplomática. Pero hay algo más inconfesable aún: Brzezinski no evoca la ineficacia de la economía norteamericana ni la necesidad de Estados Unidos de asegurarse política y militarmente el control sobre las riquezas del mundo. Su cultura geopolítica le lleva, sin embargo, a formular esa motivación esencial de manera indirecta, primero subrayando que lo esencial de la población y la actividad mundial se encuentra en Eurasia, luego constatando que los Estados Unidos están lejos de Eurasia. Traducción: es de Eurasia de donde vienen los flujos de mercancías y dinero indispensables para el mantenimiento del nivel de vida de Estados Unidos, tanto de sus clases superiores como de su plebe.

Una vez planteadas esas reservas, el proyecto parece coherente. La única amenaza para el imperio norteamericano es Rusia y, por tanto, hay que aislarla y desmembrarla. Se podría hablar de un enfoque bismarckiano de los problemas en el que Rusia ocuparía el lugar de la Francia vencida del periodo 1871-1890. El canciller Bismarck consiguió la unificación de Alemania tras aplastar a Francia en 1870-1871. Durante los veinte años siguientes, trabajó para mantener buenas relaciones con *todas* las demás potencias europeas y aislar a un único adversario, Francia, a la que

consideraba estructuralmente revanchista a causa de la pérdida de Alsacia-Lorena. Brzezinski recomienda a Estados Unidos la adopción de una línea conciliadora con *todas* las naciones excepto Rusia. Además, como ha comprendido perfectamente que el verdadero ascendiente de Estados Unidos sobre Eurasia depende, antes que nada, del consentimiento de los protectorados europeo y japonés, aconseja afianzar ese ascendiente mediante la concesión de un papel mundial, en vez de asiático, a Japón y la adopción de una actitud comprensiva hacia la construcción europea. Brzezinski sólo trata de manera condescendiente a Inglaterra, a la que define como «no-actor». Sin embargo, respeta al tándem franco-alemán, y destaca su papel de jugador estratégico mayor, y, en un alarde de inteligencia política, el autor hasta sugiere la conveniencia de una actitud más comprensiva hacia Francia. La visión de partida es lúcida: mientras Europa y Japón se conformen con el liderazgo norteamericano, el imperio es invulnerable, pues concentra en su esfera próxima la mayor parte del potencial tecnológico y económico del mundo. Más allá de ese centro estratégico, Brzezinski recomienda también una actitud conciliadora hacia China, cuya posible rivalidad no es más que un problema a largo plazo, y hacia Irán, cuya probable evolución no tiene por qué conducir al enfrentamiento. Atrapada entre Europa y Japón, aislada de China e Irán, Rusia perdería efectivamente cualquier medio de acción en Eurasia. Resumamos: los Estados Unidos, única superpotencia, deben ser comprensivos con todas las potencias secundarias para eliminar definitivamente la única amenaza militar inmediata a su hegemonía: Rusia.

¿Qué parte de este programa ha sido aplicada por la diplomacia norteamericana? En el fondo, sólo la acción contra Rusia mediante la ampliación de la OTAN hacia el Este, los acercamientos a Ucrania, y la utilización de todos los pretextos posibles para extender la influencia estadounidense en el Cáucaso y Asia central. La guerra contra Al Qaeda y el régimen de los talibán ha permitido el despliegue de 12.000 soldados americanos en Afganistán, 1.500 en Uzbekistán y un centenar en Georgia. Pero el gobierno norteamericano no ha hecho otra cosa que aprovecharse de las circunstancias: el esfuerzo es débil, insuficiente para culminar, como veremos en el capítulo siguiente, en una desestabilización definitiva de Rusia para la que Estados Unidos ya no tiene medios.

Por lo demás, la diplomacia norteamericana, lejos de ser brillantemente

bismarckiana, ha sido catastróficamente wilhelmiana. Guillermo II, una vez consiguió desembarazarse del canciller de hierro, se apresuró a entrar en conflicto con dos de las potencias mayores de Europa: Gran Bretaña y Rusia, imponiendo a Francia un sistema de alianzas «llave en mano» que condujo directamente a la Primera Guerra Mundial y al final de la hegemonía alemana. Los Estados Unidos descuidan y humillan a sus aliados europeos con sus acciones unilaterales, dejando de lado a la OTAN, instrumento esencial de su poderío. Por otra parte, desprecian a Japón, cuya economía, la más eficaz del mundo y necesaria para su bienestar, presentan continuamente como retrasada. Además, provocan incansablemente a China e integran a Irán en el eje del mal. *Es como si Estados Unidos tratase de constituir una coalición eurasiática de países muy diversos exasperados por su comportamiento errático.* Añadamos, saliéndonos ligeramente del marco de Brzezinski, la obstinación de los Estados Unidos en generalizar su conflicto con el mundo musulmán mediante su indefectible apoyo a Israel.

La torpeza norteamericana, no obstante, no es aleatoria, sino que resulta, así como la opción imperial, de un abandono al curso de las cosas, a las necesidades a corto plazo. Los limitados recursos económicos, militares e ideológicos de Estados Unidos no le dejan otra posibilidad para afirmar su papel mundial que *maltratar a las pequeñas potencias*. Hay una lógica oculta en el aparente comportamiento de borracho de la diplomacia norteamericana. Al provocar a todos los actores secundarios, afirma su papel mundial. Su dependencia económica del mundo implica, en efecto, una presencia universal de una clase u otra. La insuficiencia de sus recursos reales conduce a la «histerización» teatral de los conflictos secundarios. Además, el debilitamiento de su universalismo le ha hecho perder de vista el hecho de que, si quiere seguir reinando, debe tratar de forma igualitaria a Europa y Japón, sus aliados principales, que, juntos, dominan la industria mundial.

... AL JUEGUECITO MILITAR

La obstinación de Estados Unidos en mantener una tensión en apariencia inútil con esos residuos del pasado que son Corea del Norte, Cuba e Iraq reúne todas las características de la irracionalidad. Sobre todo si añadimos la hostilidad hacia Irán, nación claramente inmersa en la vía de

normalización democrática, y las frecuentes provocaciones a China. Una política auténticamente imperial conduciría a la búsqueda de una *Pax americana* mediante el establecimiento de relaciones de paciencia condescendiente con países cuyo estatuto es evidentemente provisional. Los regímenes norcoreano, cubano e iraquí caerían sin intervención exterior. Irán se está transformando positivamente ante nuestros ojos. Ahora bien, es perfectamente evidente que la agresividad norteamericana refuerza los comunismos absurdos, consolida el régimen iraquí y conforta la posición de los conservadores antiamericanos en Irán. En el caso de China, donde el poder comunista gestiona una transición autoritaria hacia el capitalismo, en la práctica, la hostilidad americana da armas al régimen, le legitima continuamente al permitirle apoyarse en sentimientos nacionalistas y xenófobos. Recientemente se ha abierto un nuevo frente ante la actividad de bombero pirómano de Estados Unidos: el conflicto entre la India y Pakistán. Aunque ampliamente responsable de la desestabilización de Pakistán y de la virulencia local del islamismo, Estados Unidos sigue presentándose como mediador indispensable.

Nada de eso es bueno para el mundo y, además, irrita a sus aliados, pero sin embargo tiene cierto sentido. Esos conflictos, que representan un riesgo militar cero para los Estados Unidos, les permiten estar «presentes» en cualquier parte del mundo y alimentar la ilusión de un planeta inestable, peligroso, que necesita de ellos para su protección.

La primera guerra contra Iraq, dirigida por Bush I, en cierta forma proporcionó el modelo que domina actualmente el comportamiento norteamericano. Ya no nos atrevemos a hablar de estrategia, pues, probablemente, la racionalidad a muy corto plazo de los Estados Unidos provocará, a medio plazo, un debilitamiento radical de su posición en el mundo.

¿Qué es Iraq? Un país petrolífero dirigido por un dictador cuya capacidad destructiva es sólo local. Las circunstancias de la agresión contra Kuwait son oscuras, y no va a ser fácil averiguar si los Estados Unidos animaron conscientemente a Sadam Husein a la anexión de Kuwait haciéndole creer que para ellos tal cosa era aceptable. La cuestión es secundaria. Lo seguro es que la liberación de Kuwait definió una opción posible para el futuro: implicarse en el máximo de conflictos contra potencias militares ridículas – designadas por la expresión *rogue state*[\[6\]](#), que resume su peligrosidad y su

pequeño tamaño— para «demostrar» la fuerza de Estados Unidos. El adversario debe ser débil: por algo los Estados Unidos han dejado en paz a Vietnam, todavía comunista, que simboliza para los norteamericanos el límite de su capacidad militar real. La exageración de la amenaza iraquí —¡el cuarto ejército del mundo, decían!— no fue más que el comienzo de la puesta en escena de inexistentes amenazas para el mundo.

La guerra de Afganistán que resultó del atentado del 11 de septiembre vino a confirmar la opción. Una vez más, los dirigentes norteamericanos se metieron en un conflicto que no habían previsto, pero que encajaba con su técnica central, que podemos llamar *micromilitarismo teatral* y consiste en demostrar que el mundo necesita que los Estados Unidos aplasten lentamente a unos adversarios insignificantes. En el caso de Afganistán, la demostración ha sido imperfecta. Efectivamente, ha quedado patente que cualquier país que carezca de una defensa aérea eficaz, o incluso de capacidad de disuasión nuclear, está a merced de un bombardeo. Pero la incapacidad del ejército norteamericano para imponerse en el terreno ha recordado al mismo tiempo la incapacidad fundamental de la superpotencia, revelando su dependencia, no sólo de los señores de la guerra locales, sino sobre todo del beneplácito de los rusos, muy próximos y únicos capaces de armar rápidamente a la Alianza del Norte. Resultado: ni el mulá Omar ni Bin Laden han sido capturados, aunque unos cuantos prisioneros insignificantes han sido encerrados en la base de Guantánamo, Cuba, país cuyo jefe, Castro, sólo comparte con los jefes fundamentalistas cierta predilección por la barba. Se ha creado así un vínculo ficticio entre el «problema cubano» y el problema Al Qaeda. La construcción mediática de un eje del mal es uno de los actuales objetivos estadounidenses.

LA FIJACIÓN POR EL ISLAM

La distribución de las fuerzas norteamericanas en el mundo revela la estructura real del imperio, o de sus restos, si uno considera que, más que en ascensión, está en descomposición. Alemania, Japón y Corea siguen siendo los lugares con mayor implantación de fuerzas norteamericanas en el extranjero. El establecimiento, desde 1990, de bases en Hungría, Bosnia, Afganistán y Uzbekistán no ha cambiado estadísticamente esa orientación general heredada de la lucha contra el comunismo. De aquel periodo sólo

subsisten como adversarios *declarados* Cuba y Corea del Norte. Esos Estados ridículos son estigmatizados incesantemente, pero sin que las palabras conlleven acción militar alguna.

El grueso de la actividad militar norteamericana se concentra ahora en el mundo musulmán, en nombre de la «lucha contra el terrorismo», última versión oficial del «micromilitarismo teatral». Tres factores permiten explicar la fijación de Estados Unidos por esa religión que, de hecho, es también una región. Cada uno de ellos remite a una de las deficiencias – ideológica, económica o militar– de los Estados Unidos en términos de recursos imperiales:

- El retroceso del universalismo ideológico conduce a una nueva intolerancia hacia la cuestión del estatus de la mujer en el mundo musulmán.
- La reducción de la eficacia económica lleva a una obsesión por el petróleo árabe.
- La insuficiencia militar de Estados Unidos hace del mundo musulmán, cuya debilidad en este terreno es extrema, un blanco preferente.

FEMINISMO ANGLOSAJÓN Y DESPRECIO DEL MUNDO ÁRABE

Los Estados Unidos, cada vez más intolerantes respecto a la diversidad del mundo, identifican espontáneamente al mundo árabe con un antagonista. La oposición es en este caso de tipo visceral, primitivo, antropológico. Va mucho más allá de la oposición religiosa utilizada por Huntington para dejar al mundo musulmán fuera de la esfera occidental. Para el antropólogo acostumbrado a trabajar sobre las costumbres, los sistemas anglosajón y árabe son completamente opuestos.

La familia norteamericana es nuclear, individualista y garantiza a la mujer una posición elevada. La familia árabe es extensa, patrilineal y coloca a la mujer en una situación de máxima dependencia. El matrimonio entre primos es un tabú en el mundo anglosajón, y preferencial en el mundo árabe. Estados Unidos, cuyo feminismo se ha hecho, con el paso del tiempo, cada vez más dogmático y agresivo, y cuya tolerancia hacia la diversidad efectiva del mundo disminuye sin cesar, estaba en cierta forma programado para entrar en conflicto con el mundo árabe, o más

generalmente con la parte del mundo musulmán cuyas estructuras familiares se parecen a las del mundo árabe, lo que podemos llamar mundo arábigo-musulmán. Tal definición incluye a Pakistán, Irán y, parcialmente, a Turquía, pero no a Indonesia, Malasia, ni a los pueblos africanos islamizados de la costa índica, donde el estatus de la mujer es elevado.

El choque entre Estados Unidos y el mundo arábigo-musulmán presenta, por tanto, el desagradable aspecto de un conflicto antropológico, de un enfrentamiento irracional entre valores indemostrables por definición. Hay algo inquietante en el hecho de que tal dimensión pueda convertirse en un factor estructural de las relaciones internacionales. Este conflicto cultural ha adquirido desde el 11 de septiembre un cariz bufonesco y, de nuevo, teatral, para convertirse en una especie de comedieta de bulevar globalizada. Por un lado, los Estados Unidos, país de las mujeres castradoras, cuyo presidente anterior tuvo que comparecer ante una comisión para demostrar que no se había acostado con una becaria; por el otro, Bin Laden, terrorista polígamo con innumerables hermanastros y hermanastras. Nos encontramos ante la caricatura de un mundo a punto de desaparecer. El mundo musulmán no necesita los consejos de Estados Unidos para evolucionar en materia de usos y costumbres.

El descenso de la fecundidad que caracteriza a la mayor parte de los países musulmanes supone en sí mismo una mejoría del estatus de la mujer. Primero porque requiere una elevación de su nivel de alfabetización, después porque un país que, como Irán, alcanza una fecundidad de 2,1 hijos por mujer contiene un gran número de familias que renuncian a tener hijos y, de hecho, rompen con la tradición patrilineal[7]. Egipto es uno de los pocos países que dispone de encuestas sucesivas sobre los matrimonios entre primos; en ellas se observa que la proporción de los mismos está decreciendo: de un 25 por 100 en 1992 a un 22 por 100 en 2000[8].

Con la guerra de Afganistán hemos conocido la emergencia, un poco en el continente europeo, masivamente en el mundo anglosajón, de un discurso de guerra cultural sobre el estatus de la mujer afgana, y de la exigencia de la reforma de las costumbres. Parecía que lo que bombardeaban los B'52 norteamericanos era el antifeminismo islámico. Esta exigencia occidental es ridícula. La evolución de las costumbres ya está en marcha, pero se trata de un proceso lento que una guerra moderna y ciega sólo puede frenar, pues asociará la civilización occidental, efectivamente feminista, con una

indiscutible ferocidad militar y, en consecuencia, conferirá una nobleza absurda a la ética sobremasculinizada del guerrero afgano.

El conflicto entre el mundo anglosajón y el mundo arábigo-musulmán es profundo. Y lo peor no son los posicionamientos de las señoras Bush y Blair sobre las mujeres afganas. La antropología social o cultural anglosajona están dando pruebas de su decadencia. Al esfuerzo de comprensión de los individuos que viven en sistemas diferentes, típico de Evans-Pritchard o Meyer Fortes, ha sucedido la denuncia a manos de sufragistas ignorantes de la dominación masculina en Nueva Guinea, o la admiración explícita hacia los sistemas matrilineales de la costa de Tanzania o Mozambique, por otra parte, mayoritariamente musulmanes. Si la ciencia se pone a discriminar entre buenos y malos, ¿cómo podemos esperar serenidad por parte de gobiernos y ejércitos?

Ya lo vimos más arriba, «universalismo» no es sinónimo de tolerancia. Los franceses, por ejemplo, son más que capaces de mostrarse hostiles con los inmigrantes de origen magrebí porque el estatus de la mujer árabe contradice su propio sistema de valores. Pero su reacción es instintiva y no viene acompañada por ninguna formalización ideológica, ningún juicio global sobre el sistema antropológico árabe. A priori, el universalismo es ciego a la diferencia y no puede desembocar en la condena explícita de tal o cual sistema. La guerra «contra el terrorismo», por el contrario, ha dado pie a juicios definitivos e inapelables sobre el sistema antropológico afgano (o árabe), incompatibles con un a priori igualitario.

Estas observaciones no son por tanto una colección de anécdotas, sino la consecuencia del retroceso del universalismo en el mundo anglosajón, que priva a Estados Unidos de una visión pertinente de las relaciones internacionales y les impide tratar decentemente —es decir, eficazmente, desde un punto de vista estratégico— al mundo musulmán.

DEPENDENCIA ECONÓMICA Y OBSESIÓN POR EL PETRÓLEO

La política petrolífera norteamericana, naturalmente concentrada en el mundo árabe, es un efecto de la nueva relación económica de Estados Unidos con el mundo. Líder histórico en el descubrimiento, producción y utilización del petróleo en los últimos treinta años, el papel de Estados Unidos ha pasado a ser, fundamentalmente, el de un importador. Desde ese

punto de vista se ha normalizado en comparación con Europa y Japón, cuyas producciones son poco importantes o inexistentes.

En 1973, los Estados Unidos producían 9,2 millones de barriles al día e importaban 3,2. En 1999, producían 5,9 e importaban 8,6[9]. Al actual ritmo de explotación, las reservas norteamericanas se agotarán en 2010. Atendiendo a estas cifras, es fácil comprender la obsesión estadounidense por el petróleo y, por qué no, la excesiva representación de los «petroleros» en el gobierno Bush. La fijación de Estados Unidos por esta fuente de energía no puede, sin embargo, ser considerada como puramente racional y sintomática de una estrategia imperial eficaz. Y esto por varias razones.

Primero porque, teniendo en cuenta el nivel de *dependencia general de las importaciones* de la economía norteamericana, la temática petrolera es más simbólica que esencial. Un país atiborrado de petróleo pero privado de sus abastecimientos de mercancías vería caer su consumo de la misma manera que un país privado de petróleo. Las importaciones de petróleo representan, ya lo hemos visto, un porcentaje en absoluto despreciable, pero secundario, del déficit comercial norteamericano: 80.000 millones de dólares de 450.000, en el año 2000. De hecho, los Estados Unidos serían vulnerables a cualquier tipo de bloqueo, y la preeminencia de la temática petrolera no puede explicarse mediante la racionalidad económica.

El temor a una insuficiencia del abastecimiento no debería conducir a una fijación por Oriente Medio. Los países que proveen de energía a Estados Unidos están bastante bien repartidos por el planeta. El mundo árabe, pese a su posición preponderante en la producción y, sobre todo, la posesión de las reservas mundiales, no representa amenaza alguna para Estados Unidos. La mitad de las importaciones norteamericanas de petróleo proceden del Nuevo Mundo, militarmente seguro para Estados Unidos: México, Canadá y Venezuela, principalmente. Si añadimos a las cantidades provenientes de esos países la propia producción norteamericana, resulta que el 70 por 100 del consumo de Estados Unidos procede de la esfera occidental inmediata definida por la doctrina Monroe.

Tabla 9. Importaciones petrolíferas norteamericanas en 2001 (en millones de barriles)

Total	3.475
-------	-------

Argelia	3	Congo (Kinshasa)	5
Arabia Saudí	585	Indonesia	15
Egipto	2,5	Malaisia	5
Emiratos Árabes	5	Nigeria	309
Iraq	285		
Irán	0	Antillas Holandesas	6
Kuwait	88	Canadá	485
Omán	6	Ecuador	43
Qatar	0	México	498
		Perú	2,5
Angola	122	Trinidad y Tobago	19
Brunei	2	Venezuela	520
China	5		
Congo (Brazzaville)	16	Resto del mundo	453

Fuente: <http://www.census.gov/foreign-trade>.

En comparación con Europa y Japón, que realmente dependen de Oriente Medio, la seguridad petrolífera de Estados Unidos es considerable. Los países del Golfo Pérsico sólo aportan el 18 por 100 del consumo norteamericano. La presencia militar en la región, aeronaval o terrestre, en Arabia Saudí, la lucha diplomática contra Irán y los ataques repetidos contra Iraq, se inscriben sin duda en el marco de una estrategia petrolífera. No obstante, no se trata de controlar la energía de Estados Unidos, sino la del mundo y, más específicamente, la de los dos polos industrialmente productivos y excedentarios de la tríada, Europa y Japón. En este caso, la acción norteamericana puede calificarse, efectivamente, de imperial. Y no es del todo tranquilizadora.

Actualmente, la existencia de poblaciones numerosas en Irán, Iraq e incluso Arabia Saudí obliga a estos países a vender su petróleo para evitar el riesgo de explotar. Por tanto, europeos y japoneses no tienen nada que temer de la libertad de acción de esas naciones. Los Estados Unidos pretenden querer garantizar la seguridad de abastecimiento de sus aliados. La verdad es que, mediante el control de los recursos energéticos necesarios

para Europa y Japón, Estados Unidos se asegura la posibilidad de ejercer significativas presiones sobre ellos.

Lo que acabo de sugerir son las ensoñaciones de un viejo estratega abandonado a la facilidad de ciertas cifras y de algunos mapas, una especie de Rumsfeld arquetípico. La realidad es que los Estados Unidos han perdido el control de Irán y de Iraq. Arabia Saudí está empezando a escapar a su dominación, y sólo es posible considerar el establecimiento de bases permanentes en este país, tras la primera guerra contra Iraq, como un último intento para no perder completamente el control de la zona. Este retroceso es la tendencia estratégica de fondo. Ninguna armada aeronaval puede mantener una supremacía militar indefinida, *a tal distancia de Estados Unidos*, sin el apoyo de naciones locales. Las bases saudíes y turcas son técnicamente más importantes que los portaaviones norteamericanos.

Por tanto, la fijación por el petróleo del mundo musulmán tiene más que ver con el miedo a la expulsión que con la capacidad para ampliar el imperio. Además, revela la ansiedad de Estados Unidos más que su poder: en primer lugar, por miedo a una dependencia económica general, cuyo déficit energético no es más que un símbolo; a continuación, y como consecuencia, por miedo a perder el control de los dos protectorados productivos de la tríada, Europa y Japón.

UNA SOLUCIÓN A CORTO PLAZO: ATACAR A LOS DÉBILES

Más allá de toda motivación aparente de Estados Unidos –indignación ante el estatus de la mujer árabe, importancia del petróleo–, la elección del mundo musulmán como blanco y pretexto privilegiado para el militarismo teatral norteamericano, cuyo objetivo real es ilustrar sin gastar mucho la «omnipotencia estratégica» de Estados Unidos, resulta de la debilidad del mundo árabe. Así de sencillo. Es el cordero del sacrificio por naturaleza. Huntington señala –no sabemos si con pesar o satisfacción– que la civilización musulmana carece de un Estado dominante central, un «core-state» en su terminología. Efectivamente, en la esfera arábigo-musulmana no existe ningún Estado poderoso en función de la población, industria o capacidad militar. Ni Egipto, ni Arabia Saudí, ni Pakistán, ni Iraq, ni Irán tienen los medios materiales ni humanos para una verdadera resistencia. Israel ha demostrado en varias ocasiones la actual incapacidad militar de los

países árabes, cuyo nivel de desarrollo y organización estatal parecen por el momento incompatibles con la emergencia de aparatos militares eficaces.

La región es por tanto un campo de demostración ideal para los Estados Unidos, que pueden conseguir victorias cuya facilidad recuerda a un videojuego. La derrota en Vietnam ha sido perfecta y sucesivamente minimizada por el *establishment* militar norteamericano, que conoce la incapacidad en tierra de sus propias tropas y nunca deja de recordar –ya se trate del lapsus de un general que confunde Afganistán con Vietnam, o del miedo evidente a desplegar su infantería– que la única guerra posible para Estados Unidos es la que le enfrenta a un adversario débil y desprovisto de defensas antiaéreas. Además, está fuera de duda que, eligiendo un adversario débil, buscando la asimetría, el ejército norteamericano resucita cierta tradición militar asociada con el diferencialismo, la de las guerras indias.

La opción antiárabe de Estados Unidos es una solución fácil. Resulta de múltiples parámetros objetivos y de la necesidad de mantener una apariencia de acción imperial. Pero no de una decisión pensada de manera central para optimizar las posibilidades del imperio norteamericano a largo plazo. Al contrario. Los dirigentes estadounidenses escogen siempre caminar cuesta abajo. Siempre adoptan la solución más fácil e inmediata, la menos exigente en términos de inversión económica, militar o incluso conceptual. Maltratan a los árabes porque son débiles militarmente, porque tienen petróleo y porque el mito del petróleo permite olvidar lo esencial, la dependencia global estadounidense para abastecerse de *todas* las mercancías. También maltratan a los árabes porque no hay un lobby árabe eficaz en el juego político interno de Estados Unidos, y porque los líderes norteamericanos ya no son capaces de pensar de manera universalista e igualitaria.

Si queremos comprender lo que ocurre, es absolutamente necesario rechazar el modelo de unos Estados Unidos actuando en virtud de un plan global, pensado racionalmente y aplicado metódicamente. Existe un curso de la política exterior norteamericana que conduce a alguna parte, pero como podría hacerlo el curso de un río. La pendiente más inclinada conduce siempre al descenso y la reunión de los arroyos, de los ríos, y al final el río desemboca en el mar o en el océano. Luego el conjunto va a alguna parte. Pero el proceso prescinde de todo pensamiento y todo control. Así es como

Estados Unidos define su camino, es una superpotencia en efecto, pero impotente para dominar un mundo demasiado vasto y diverso. Cada una de las opciones escogidas conduce a dificultades agravadas en los terrenos en los que hubiera sido realmente necesario actuar, ir temporalmente contra el curso de las cosas, rechazar la línea con mayor pendiente, por seguir con la metáfora hidrográfica, aceptar remontar algunos cientos de metros a pie: reconstruir la industria, pagar el precio de una verdadera fidelidad de los aliados teniendo en cuenta sus intereses, atreverse a enfrentarse seriamente al verdadero adversario estratégico ruso en vez de contentarse con incordiarle, o imponer a Israel una paz equitativa.

Las gesticulaciones norteamericanas en el Golfo, los ataques contra Iraq, las amenazas contra Corea, las provocaciones a China, se inscriben en la estrategia estadounidense del micromilitarismo teatral. Divierten por un tiempo a los medios de comunicación y despistan a los dirigentes aliados. Pero esas gesticulaciones divergen de los ejes mayores de una estrategia norteamericana realista, que debería asegurar el control estadounidense sobre los polos industriales productivos de la tríada, Europa y Japón, y neutralizar a China e Irán mediante una actitud benevolente. Y neutralizar al único adversario militar real, Rusia. En los dos últimos capítulos de este libro, voy a mostrar cómo el retorno de Rusia al equilibrio y la tendencia de Europa y Japón a la autonomía conducirán, a medio plazo, al desmoronamiento del liderazgo norteamericano. Y cómo la agitación micromilitar estadounidense está fomentando el acercamiento entre esos actores estratégicos mayores que son Europa, Rusia y Japón; es decir, exactamente lo que Estados Unidos debería impedir si quisiera reinar. La pesadilla oculta tras el sueño de Brzezinski se está realizando: Eurasia está buscando su equilibrio sin Estados Unidos.

[1] Michael Porter, *The Competitive Advantage of Nations*, Macmillan, 1990.

[2] Lester Thurow, *Head to Head. The Coming Economic Battle among Japan, Europe and America*, William Morrow, Nicholas Brealey, 1993.

[3] Véase *supra*, pp. 79-80.

[4] Muy buena descripción de esta fase en *Le chaos russe*, de Jacques Sapir, La Découverte, 1996.

[5] Dejar que algo evolucione sin intervenir, dejarse ir [N. del T.].

[6] Literalmente, «estado bribón». En nuestro ámbito, esta expresión ha conocido traducciones muy diversas, como «estado paria» o «estado canalla» [*N. del T.*].

[7] Teóricamente, es posible construir un modelo que compatibilice una fecundidad limitada a 2 hijos por mujer y una preferencia patrilineal absoluta, si suponemos que cada pareja deja de procrear en cuanto tiene un hijo y sigue procreando si no lo tiene; pero es una hipótesis muy irreal que elimina la posibilidad de que la pareja tenga dos hijos, imposibilidad que elimina otra dimensión de la familia árabe tradicional: la solidaridad de los hermanos y la preferencia por el matrimonio entre sus hijos.

[8] *Egypt Demographic and Health Survey*, 1992 y 2000.

[9] *Statistical Abstract of The United States*, 2000, p. 591.

CAPÍTULO VII

El regreso de Rusia

Aunque sigan haciendo como si su antiguo adversario estratégico ya no contase, ora humillándolo, ora simulando la benevolencia debida a un moribundo y, a veces, combinando ambas actitudes, los Estados Unidos están fracasando en su intento de rematar o, más modestamente, aislar a Rusia. A finales de mayo de 2002, G. W. Bush recorría Europa hablando de cooperación con Rusia, en el mismo momento en que sus soldados se instalaban en el Cáucaso, en Georgia. Washington se da muy frecuentemente el gustazo de demostrar al mundo que la OTAN puede ampliarse, o que puede comenzar la instalación de un escudo espacial americano, sin el acuerdo de Moscú. Decir que Rusia no existe es negar la realidad, pues sin su ayuda activa el ejército norteamericano no habría podido poner un pie en Afganistán. Pero el micromilitarismo teatral exige esa postura; hay que simular el imperio aún con más violencia precisamente cuando Estados Unidos depende tácticamente de Rusia.

La estrategia norteamericana ante la cuestión rusa incluía dos objetivos; el primero ya no es viable, y el segundo parece cada vez más difícil de alcanzar.

Primer objetivo: la desintegración de Rusia, que podía ser acelerada mediante el apoyo a los independentistas del Cáucaso y la presencia militar norteamericana en Asia central. En teoría, esas demostraciones de fuerza tenían que avivar las tendencias provinciales centrífugas incluso en el interior de la parte étnicamente rusa de la Federación. Los estrategas estadounidenses subestimaban gravemente la cohesión nacional rusa.

Segundo objetivo: el mantenimiento de cierto grado de tensión entre Estados Unidos y Rusia tenía que impedir el acercamiento entre Europa y Rusia –la reunificación de la zona oeste de Eurasia–, preservando durante el mayor tiempo posible el antagonismo heredado de la guerra fría. Pero el desorden y la incertidumbre engendrados por la política norteamericana en Oriente Medio, al contrario, terminaron creando las condiciones óptimas

para la reinserción de Rusia en el juego internacional, situación que Vladímir Putin aprovechó inmediatamente. Éste propuso a Occidente, en un impresionante discurso pronunciado en alemán en el Bundestag, el 25 de septiembre de 2001, el verdadero final de la guerra fría. Pero ¿a qué Occidente? Ayudar a corto plazo a Estados Unidos en sus operaciones micromilitares y mediáticas en Afganistán, país de aciago recuerdo, no es para los rusos más que la apariencia de las cosas. Lo esencial es acercarse a Europa, primera potencia industrial del planeta. La medida de los flujos de importaciones y exportaciones permite definir el alcance real del sutil juego a tres bandas que se plantea entre Rusia, Estados Unidos y Europa.

En 2001, Rusia y Estados Unidos intercambiaron bienes por valor de 10.000 millones de euros, Rusia y la Unión Europea por valor de 75.000 millones; o sea, 7,5 veces más. Rusia puede pasarse sin los Estados Unidos, pero no sin Europa. Implícitamente, lo que Rusia ofrece a Europa es un contrapeso a la influencia norteamericana en el plano militar y la seguridad de sus suministros energéticos. La oferta es tentadora.

Por mucha inteligencia que contenga el libro de Brzezinski, en la metáfora del título, *el gran tablero de ajedrez*, se esconde un acto fallido en el sentido freudiano, algo así como un presentimiento del fracaso: a quién se le ocurre jugar al ajedrez con los rusos, siendo éste su deporte nacional. Los rusos están bien entrenados intelectualmente para no cometer los errores que el adversario espera de ellos; en este caso, reaccionar tontamente a las provocaciones sin sustancia estratégica real en Georgia o Uzbekistán. Rechazar un cambio, sacrificar una pieza, evitar un enfrentamiento menor propuesto por el adversario... son los rudimentos básicos del ajedrez. Sobre todo cuando la posición propia es débil. Tal vez algún día los manuales de diplomacia mencionen la «defensa Putin», cuya formulación teórica podría ser la siguiente: cómo obtener, en el contexto de un declive, un cambio sustancial de las alianzas.

No exageremos sin embargo la importancia de los cálculos y las decisiones conscientes de los gobiernos. El equilibrio mundial no depende fundamentalmente ni de las acciones de Bush II y su equipo, ni de la inteligencia política de Putin. El factor de peso que representa la dinámica, o la pasividad, de la sociedad rusa es esencial. Ahora bien, aparentemente, Rusia está emergiendo de una década de desorden relacionado con la salida del comunismo, y recuperando su papel de actor fiable y estable del

equilibrio entre las potencias. No obstante, no hay que idealizar la situación.

LOS PARÁMETROS DEMOGRÁFICOS DE LA CRISIS RUSA

La sociedad rusa está totalmente alfabetizada, la educación secundaria y superior está bastante avanzada. Pero Rusia sigue siendo pobre y extremadamente violenta. Esta sociedad era probablemente una de las pocas del mundo que combinaba, a finales de los años noventa, una tasa de homicidios muy elevada, 23 por cada 100.000 habitantes, con una tasa de suicidios igualmente excesiva, 35 por cada 100.000 habitantes. Estas cifras están entre las más altas del mundo.

En el espacio geográfico para el que tenemos cifras, sólo Colombia supera el nivel de violencia privada de la sociedad rusa. El nivel de anarquía de la sociedad colombiana nos permite calificarla de loca, incluso si parte de esa locura se expresa a través de la charlatanería pseudorrevolucionaria de las FARC. Suicidio y homicidio explican en buena medida la corta esperanza de vida masculina en Rusia. Ésta, que ya era corta durante la última época soviética, 64 años en 1989, cayó hasta los 57 años en 1994, para remontar ligeramente después, 61 años en 1998, y experimentar una leve recaída en 1999: 60 años.

El movimiento de la mortalidad infantil nos permite seguir la dramática coyuntura de los años que siguieron al comunismo. De 17,6 por 1.000 en 1990, la mortalidad infantil alcanzó el 20,3 en 1993. En 1998, bajó de nuevo hasta el 16,5, para volver a subir ligeramente a 16,9 en 1999. No obstante, la heterogeneidad territorial de la Federación no permite considerar, en el momento actual, esa reciente punta como estadísticamente significativa en lo que se refiere al corazón activo de Rusia. Los dos últimos porcentajes, que no pueden considerarse brillantes en comparación con el mundo desarrollado, son, aún así, los más bajos registrados en toda la historia rusa.

Tabla 10. Mortalidad infantil y esperanza de vida masculina en Rusia

	<i>Mortalidad infantil</i>	<i>Esperanza de vida masculina</i>		<i>Mortalidad infantil</i>	<i>Esperanza de vida masculina</i>
1965	27,0	64,6	1983	19,8	62,3

1966	25,6	64,3	1984	21,1	62,0
1967	25,6	64,2	1985	20,8	62,3
1968	25,5	63,9	1986	19,1	63,8
1969	24,4	63,5	1987	19,4	65,0
1970	22,9	63,2	1988	19,1	64,8
1971	21,0	63,2	1989	18,1	64,2
1972	21,6	63,2	1990	17,6	63,8
1973	22,2	63,2	1991	18,1	63,5
1974	22,6	63,2	1992	18,4	62,0
1975	23,6	62,8	1993	20,3	58,9
1976	24,8	62,3	1994	18,6	57,3
1977	21,4	62,0	1995	18,2	58,2
1978	23,5	61,8	1996	17,5	59,7
1979	22,6	61,7	1997	17,2	60,9
1980	22,0	61,5	1998	16,5	61,3
1981	21,5	61,5	1999	16,9	59,9
1982	20,2	62,0			

Fuente: Base de datos *Statistiques démographiques des pays industriels*, a cargo del Institut National d'Études Démographiques, realizada por Alain Monnier y Catherine de Guibert-Lantoine.

El parámetro demográfico más preocupante, y cuyas implicaciones son evidentes, es el desmoronamiento de la fecundidad. Según el indicador coyuntural, en Rusia el número de hijos por mujer era sólo de 1,2 en 2001. Lo mismo ocurría en Bielorrusia, y en Ucrania aún era más bajo: 1,1. Contrariamente a las apariencias, esta fecundidad no permite detectar una persistencia cultural específica en el espacio soviético, pues sus tasas, muy bajas, están cerca de las de Europa central y meridional. Recordemos que España tiene una fecundidad de 1,2; Italia, Alemania y Grecia de 1,3.

Como indican unas proyecciones muy preocupantes, teniendo en cuenta la elevada mortalidad, esa baja de la natalidad debería conducir a medio plazo a una disminución importante de la población rusa. De 144 millones de habitantes en 2001, Rusia debería caer a 137 en 2025; Ucrania, de 49 millones a 45. Estas proyecciones dependen evidentemente de la

persistencia de unas condiciones socioeconómicas absolutamente desfavorables. Ahora bien, en este terreno, la situación está evolucionando, mejor aún, está dando un giro importante.

LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA Y EL REGRESO DEL ESTADO

La economía rusa volvió a arrancar a partir de 1999. A la disminución del producto nacional bruto (todavía -4,9 por 100 en 1998) siguió por fin una recuperación: 5,4 por 100, 8,3 por 100 y 5,5 por 100 de aumento en 1999, 2000 y 2001. Este crecimiento no se explica sólo en función de las exportaciones de petróleo y gas natural, puntos fuertes de la economía rusa en toda circunstancia. La progresión de la industria en 1999 y 2000 se ha estimado en un 11-12 por 100, y es particularmente importante en las construcciones mecánicas, la química, la petroquímica y el papel. Pero el arranque de las industrias ligeras también es sustancial. Rusia parece estar saliendo, en el plano económico, de su época de confusión. Ya no puede ser considerada como un país en quiebra. El proceso de desmonetarización –de paso a una economía de trueque– ha sido frenado, y ahora se puede hablar, al contrario, de remonetarización. El Estado, que parecía a punto de evaporarse, vuelve a emerger como un agente autónomo de la vida social, fenómeno que podemos medir, de la forma más simple y fundamental, por su renovada capacidad para recaudar una parte de la riqueza nacional. En proporción con el producto nacional bruto, los recursos del Estado pasaron de 8,9 por 100 en 1998 a 12,6 por 100 en 1999 y 16,0 por 100 en 2000. La renta arrojó un superávit del 2,3 por 100 del PNB en 2000^[1].

Indispensable para el equilibrio interno de la sociedad rusa, esta reaparición del Estado está teniendo dos efectos en el plano internacional. Rusia puede comportarse de nuevo como un socio financiero fiable, puesto que puede reembolsar sin dificultad su deuda exterior. Además, aun estando continuamente amenazada por el comportamiento inestable y agresivo de Estados Unidos, ha conseguido iniciar el restablecimiento de una mínima capacidad militar: de un 1,7 por 100 del PNB dedicado a defensa en 1998, pasó a un 2,4 por 100 en 1999 y a un 2,7 en 2000. Sería muy arriesgado afirmar que Rusia ha resuelto todos sus problemas, o incluso los más importantes, pero está claro que la era Putin es la era de la estabilización de la vía social rusa y el comienzo de la resolución de los problemas

económicos.

El intento desordenado y brutal de liberalización de la economía de los años 1990-1997, dirigido con ayuda de consejeros norteamericanos, condujo al país al desastre. En este punto, podemos aceptar el diagnóstico de Gilpin, que considera que el desmoronamiento del Estado fue ampliamente responsable de la anarquía social y económica durante la transición rusa[2]. Es el tipo de desastre que China ha evitado manteniendo un Estado autoritario en el centro de un proceso de liberalización económica.

LA CUESTIÓN DEMOCRÁTICA EN RUSIA

La cuestión del dinamismo económico no es la única que planea sobre el futuro de Rusia. La otra incógnita fundamental es el destino del sistema político: hoy por hoy, nadie puede afirmar que éste vaya a ser democrático y liberal. Los medios de comunicación occidentales, tanto escritos como audiovisuales, nos aseguran día a día que el país de Vladímir Putin está experimentando una verdadera normalización mediática. Al parecer, el gobierno está metiendo en cintura, una tras otro, a las diferentes televisiones y periódicos, aunque los medios occidentales admiten a veces que se trata de limitar el poder de las oligarquías nacidas de la anarquía pseudoliberal del periodo 1990-2000, y no de suprimir la libertad de prensa. Después de todo, no hace mucho tiempo, el Estado disponía en Francia de un monopolio televisivo contestado y destinado a desaparecer, pero nadie en sus cabales hubiera descrito la Francia de De Gaulle como un país en camino hacia el totalitarismo.

En Rusia hay un presidente fuerte, elegido por sufragio universal, y un parlamento menos poderoso pero igualmente elegido por sufragio universal. Hay también una pluralidad de partidos políticos financiados por el Estado, como en Francia, y no por las grandes empresas, como en Estados Unidos. Se pueden distinguir tres fuerzas principales: un partido comunista, un centro gubernamental y una derecha liberal. La democracia rusa no ha adoptado la forma clásica de una democracia de alternancia de tipo anglosajón o francés, como tampoco lo hizo, en su día, la democracia japonesa. Si ese sistema se estabiliza, podremos decir que representa una forma posible de adaptación de la democracia a un fondo antropológico

comunitario.

Tras la anarquía que conoció el país entre 1990 y 2000, la democracia rusa está atravesando una fase, sin duda necesaria, en la que, el gobierno central está volviendo a hacerse con las riendas del poder. El gobierno Putin está llevando a cabo en Chechenia, en las fronteras de la Federación Rusa, una guerra sucia cuyos métodos podemos condenar legítimamente. Pero también tenemos que admitir que, habida cuenta de la presencia de innumerables minorías étnicas en el espacio de la Federación, impedir que el Estado ruso meta en cintura a Chechenia es exigir su descomposición terminal. El activismo de la CIA en el Cáucaso durante los diez últimos años y la instalación de consejeros norteamericanos en Georgia confieren al conflicto de Chechenia una dimensión internacional. Se trata de un enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos, y ambas potencias tendrán que asumir equitativamente la responsabilidad moral de las pérdidas humanas.

Si queremos juzgar a Rusia, tendremos que adoptar una perspectiva más amplia, evitar la miopía histórica del comentario del día a día. Echemos un vistazo a lo que ha llevado a cabo Rusia en los últimos diez años con inmensos sufrimientos económicos y sociales.

Rusia ha derribado por sí misma el régimen totalitario más completo que ha conocido la historia de la humanidad. Ha aceptado sin violencia la independencia de sus satélites de Europa del Este, seguidos por los países bálticos y las repúblicas del Cáucaso y Asia central. Ha aceptado la fisión del corazón propiamente ruso del Estado, la separación de Bielorrusia y Ucrania. Ha admitido que la presencia de enormes minorías rusas en la mayoría de los nuevos Estados no impedía su independencia. Sin embargo, no debemos idealizar nada de eso. Podemos subrayar que Rusia no tenía elección, y que el hecho de dejar allí a sus minorías era una garantía de fuerza para el futuro. Si esto es cierto, no podemos sino admirar la inteligencia y el autocontrol de los dirigentes rusos, que supieron actuar con vistas a un futuro lejano y no cayeron en la fácil tentación de una inmediata e inútil violencia. Rusia, que hace apenas diez años aún era una superpotencia, asumió pacíficamente todas las concesiones a las que se negó la Serbia de Milosevic. Y, al hacerlo, demostró que era una gran nación, calculadora y responsable, a la que algún día tendremos que reconocer, pese al horror del estalinismo, su positiva contribución a la

historia –que incluye una de las literaturas más universales: Gogol, Tolstoi, Dostoievski, Chéjov, Turgueniev y muchos otros. La condena retrospectiva del comunismo no constituye una descripción exhaustiva de la historia rusa.

EL UNIVERSALISMO RUSO

Para evaluar adecuadamente lo que Rusia puede aportar de positivo al mundo presente, antes tenemos que comprender por qué tuvo una influencia tan grande sobre el mundo pasado. El comunismo, doctrina y práctica de servidumbre inventada por ella, sedujo en el exterior del imperio ruso a obreros, campesinos y profesores, que transformaron la aspiración comunista en una fuerza planetaria. El éxito del comunismo se explica principalmente por la existencia en buena parte del mundo, principalmente en la zona central de Eurasia, de estructuras familiares igualitarias y autoritarias que predisponen a las gentes a percibir esta ideología como natural y buena. Pero Rusia logró, durante algún tiempo, organizar todo eso a escala planetaria, convirtiéndose en el corazón de un imperio ideológico. ¿Por qué?

Rusia es de temperamento universalista. La igualdad estaba inscrita en la estructura familiar de los campesinos rusos a través de un sistema de herencia absolutamente simétrico. Bajo el reinado de Pedro el Grande, los nobles rusos renunciaron a la primogenitura, principio hereditario que favorece al hijo mayor en detrimento de todos los demás. Como los campesinos franceses recién alfabetizados de la época revolucionaria, los campesinos rusos del siglo XX percibían espontáneamente a los hombres como a iguales a priori. El comunismo se consolidó como doctrina universal. Este enfoque universalista permitió la transformación del imperio ruso en Unión Soviética. El bolchevismo atrajo hacia sus círculos dirigentes a las minorías del imperio: bálticos, judíos, georgianos, armenios... Como Francia, Rusia sedujo por su capacidad de considerar a todos los hombres como iguales.

Pero el comunismo ya es historia. El fondo antropológico del antiguo espacio soviético se está transformando, pero lo hace lentamente. La nueva democracia rusa, si tiene éxito, conservará ciertas especificidades que nosotros tendremos que imaginar si queremos prever su comportamiento futuro en la escena internacional. La economía rusa liberalizada nunca será

un capitalismo individualista a la anglosajona. Conservará rasgos comunitarios y creará formas asociativas horizontales que aún es demasiado pronto para definir. Es previsible que el sistema político no se basará en el modelo de alternancia bipartita norteamericana o inglesa. Quien quiera especular sobre la futura forma de Rusia debería leer antes la obra clásica de Anatole Leroy-Beaulieu *L'empire des tsars et les Ruses*, de 1897-1898[3], porque en ella encontrará una descripción exhaustiva de comportamientos e instituciones de sensibilidad comunitaria entre veinte y cuarenta años *anteriores* al triunfo del comunismo.

El enfoque universalista de la política internacional subsistirá, y se hará patente en reflejos y reacciones instintivas parecidas a las de Francia, como cuando por ejemplo ésta irrita a Estados Unidos con su enfoque «igualitario» de la cuestión palestino-israelí. Los rusos, al contrario que los norteamericanos, no tienen en la cabeza un límite apriorístico que separa a los hombres de pleno derecho de los otros, indios, negros o árabes. Por otra parte, tampoco exterminaron a sus indios –bashkires, osetios, maris, samoyedos, buriatos, tunguses, yakutos, yukagirs y chukchis– durante la conquista de Siberia; su supervivencia explica la compleja estructura de la Federación Rusa.

La política internacional de nuestros días carece completamente del temperamento universalista ruso. La desaparición de la potencia soviética, que imprimía una marca igualitaria a las relaciones internacionales, explica en parte el desencadenamiento de las tendencias diferencialistas, norteamericanas, israelitas u otras. La cantinela universalista francesa no tiene mucho peso en ausencia de la potencia rusa. El regreso de Rusia al campo de los equilibrios de fuerza internacionales sólo puede representar una ventaja para la Organización de Naciones Unidas. Si Rusia no cae en la anarquía o el autoritarismo, puede convertirse en un factor de equilibrio fundamental: una nación fuerte, pero no hegemónica, que exprese una percepción igualitaria de las relaciones entre los pueblos. Esta postura será tanto más fácil cuanto que Rusia no dependa económicamente, como Estados Unidos, de la extracción asimétrica de mercancías, capitales o petróleo en todo el mundo.

LA AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

Teniendo en cuenta sus persistentes dificultades en los terrenos demográfico y sanitario, no podemos considerar la recuperación rusa como un elemento definitivo del nuevo paisaje mundial. Pero, de todas formas, debemos llevar la hipótesis hasta el final y examinar las bazas específicas de una economía rusa cuyos equilibrios y posibilidades de crecimiento han sido restablecidas. Inmediatamente se impone una primera constatación: Rusia sería una potencia económica muy particular, que combinaría el nivel relativamente elevado de su población activa con una independencia energética total. La comparación con el Reino Unido, que posee recursos petrolíferos en el mar del Norte, sería superficial. Las producciones petrolífera y, sobre todo, gasística de Rusia hacen de ella un actor mundial en el plano energético. Tampoco debemos olvidar que el tamaño de su territorio le garantiza otros recursos naturales en proporciones inmensas. *Frente a unos Estados Unidos dependientes, Rusia, gracias a la naturaleza, es independiente del mundo.* Su balanza comercial es excedentaria.

Esta situación no se debe a los hombres. No obstante, tiene un peso específico sobre la definición de los sistemas sociales: la masa territorial rusa, sus riquezas mineras y energéticas hicieron posible la concepción estalinista del socialismo en un solo país. En los días del debate sobre la globalización y la interdependencia universal, Rusia podría emerger, en un escenario que consintiese las hipótesis más favorables, como una democracia inmensa, con sus cuentas exteriores equilibradas y provista de una autonomía energética; en suma, como la encarnación de una especie de sueño gaullista en un mundo dominado por Estados Unidos.

Si la incertidumbre de Estados Unidos sobre el abastecimiento a medio plazo, tanto de mercancías y capitales como de petróleo, explica en buena medida la excitación de los dirigentes de Washington, podemos imaginar, por analogía, la futura tranquilidad de espíritu de los dirigentes rusos: saben que si consiguen estabilizar las instituciones y las fronteras, en Chechenia y otros lugares, ya no dependerán de nadie. Por el contrario, disponen de una ventaja inusual: la exportación de petróleo y, sobre todo, gas natural. La debilidad estructural de Rusia es demográfica, pero, como veremos, tal debilidad puede convertirse en una ventaja. Irónicamente, todo eso haría de la Rusia poscomunista una nación particularmente tranquilizadora, por su independencia energética del resto del mundo, frente a unos Estados Unidos inquietantes en su papel de predadores.

RECENTRALIZAR LAS RUSIAS

El problema prioritario de Rusia, sin embargo, no es su imagen en el extranjero, sino la recuperación de un espacio estratégico propio, ni interior, ni exterior. La antigua Unión Soviética tenía una estructura muy particular, en parte heredada de la época zarista, y, por esa razón, no podemos excluir que presente un grado de permanencia ligeramente superior al del comunismo. Alrededor de Rusia podían distinguirse dos coronas: en primer lugar, el corazón «eslavo», o más bien «ruso en sentido amplio», correspondiente a la expresión tradicional «todas las Rusias», que añadía Bielorrusia y Ucrania al país central; después, el resto de la Comunidad de Estados Independientes del Cáucaso y Asia central. El reciente arranque de la economía rusa podría devolver la vida, poco a poco, a ese conjunto y reconstruir, por así decirlo, la antigua esfera de influencia rusa, sin que pueda hablarse de una dominación en el sentido habitual.

Esta dinámica, si llega a activarse, le debería tanto a la incapacidad de las economías occidentales, muy debilitadas por la depresión capitalista, para ocupar un espacio que ha permanecido vacante durante una década, como a la recuperación económica en el centro ruso del sistema. Únicamente las tres repúblicas bálticas están verdaderamente arraigadas en el espacio europeo, o más exactamente, escandinavo. La reemergencia de la esfera «soviética» no es más segura que el despegue definitivo de Rusia; pero ya se puede ver que ese despegue ni siquiera tendría que ser muy espectacular para que la recentralización se produjese. Entre todas las naciones nacidas de la ruina de la URSS existen afinidades antropológicas que se remontan a una época muy anterior al comunismo.

Todos los países de la esfera, *sin excepción*, tenían estructuras familiares comunitarias que asociaban, en el marco de una sociedad tradicional, a un padre y a sus hijos casados. Esto es válido tanto para los bálticos como para los pueblos del Cáucaso o de Asia central. La única diferencia observable es la preferencia endogámica, a veces débil, de ciertas poblaciones islamizadas como los azeríes, los uzbekos, los kirguizos, los tayikos o los turkmenos. En cambio, los kazakos son exogámicos, como los rusos. Esta afinidad «antropológica» no puede de ninguna manera conducir a una negación de la existencia de los pueblos. Los letones, los estonios, los lituanos, los georgianos o los armenios existen igual que los pueblos musulmanes,

aunque, como ha explicado Olivier Roy, las naciones nacidas de la descomposición del comunismo a menudo le deben mucho a la «fabricación» política que llevó a cabo el sistema soviético[4]. Pero hay que saber que aún existen afinidades culturales reales entre los pueblos de la antigua Unión Soviética, en particular la sensibilidad comunitaria. El progreso de la democracia en la zona tiene lugar sobre un trasfondo de resistencia a cualquier forma de individualismo demasiado violento. Esta afinidad antropológica permite explicar un fenómeno reciente, y prever un fenómeno futuro, que conciernen al desarrollo de la sociedad poscomunista en el territorio de la antigua URSS.

Fenómeno reciente: la revolución liberal ha nacido en el centro dirigente del sistema, en Rusia, y no ha alcanzado igual de deprimida la periferia, aquellas repúblicas donde el individualismo no es más «natural» que en Rusia. La independencia ha protegido a las repúblicas periféricas, eslavas o no, de esta segunda revolución rusa, liberal, y ha fomentado en ellas la fosilización de los regímenes más autoritarios que el ruso.

Fenómeno previsible: el futuro progreso de la democracia en las coronas exteriores del conjunto ruso le deberán mucho a la presión rusa, tanto o más que a una influencia occidental débil y mal adaptada. Rusia está intentando definir la vía de salida del comunismo, un régimen político-económico liberalizado pero capaz de tener en cuenta su fuerte sensibilidad comunitaria. En ese sentido restringido Rusia podría volver a ser un modelo para la zona.

La existencia de un trasfondo antropológico común a todas las repúblicas de la antigua URSS explica por qué aún es fácil descubrir hechos culturales similares en todas las zonas, en el terreno de la violencia, por ejemplo, tanto suicida como homicida. Los únicos países que presentan una mortalidad violenta tan espectacular como la de Rusia son Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán y la tres repúblicas bálticas –Estonia, Letonia y Lituania. El paralelismo es tan fuerte que no puede explicarse completamente por la presencia de minorías rusas, aun cuando éstas sean tan numerosas como en Estonia y Letonia. En el nivel infraestatal, e incluso infrapolítico, de las mentalidades, la esfera soviética aún no está completamente desactivada.

Durante sus procesos de independencia, las repúblicas bálticas se apresuraron a inventar una historia de eterna oposición a Rusia poco realista desde el punto de vista del análisis antropológico. La Rusia central y del

norte, cuna del Estado ruso, y las repúblicas bálticas pertenecen a una misma esfera cultural original, fuertemente comunitaria, tanto por la estructura familiar como por las aspiraciones ideológicas durante la transición hacia la modernidad. El mapa del voto bolchevique durante las elecciones a la Asamblea Constituyente de 1917 muestra que el electorado comunista era aún más potente en Letonia que en Rusia del norte y Rusia central. La contribución de los letones a la policía secreta soviética fue muy apreciable desde el principio. Por lo tanto, no es realmente sorprendente observar, a través de los parámetros reveladores de las mentalidades, como las tasas de homicidio y de suicidio, una proximidad persistente entre las culturas rusa y báltica.

La insignificante tasa de suicidio de Azerbaiyán es, en cambio, típica de un país musulmán, puesto que el islam, y la estructura familiar cerrada y solidaria que suele corresponderle, parece garantizar siempre la inmunidad a la autodestrucción. Pero las tasas de las otras antiguas repúblicas musulmanas de Asia central son «demasiado» altas para tratarse de países musulmanes, incluida la de Kazajstán, donde la mitad de la población es rusa. Tal desviación sugiere una influencia soviética más importante de lo que generalmente se dice. Este hecho debe añadirse a la completa alfabetización, la baja fecundidad y la insignificancia del islamismo en el Asia central postsoviética. Olivier Roy, en sus notables trabajos, tal vez subestima la impregnación cultural rusa en la región. No señala otra marca de persistencia que la de la lengua rusa, *lingua franca* de las clases dirigentes de Asia central, un fenómeno que él considera temporal^[5]. Aunque no creo ni por un minuto en la hipótesis inversa de la supervivencia soterrada de la esfera soviética, si fuese un geoestratega norteamericano, yo avanzaría con más cuidado. Los 1.500 soldados desplegados por Washington en Uzbekistán son muy poca cosa y están muy lejos de su mundo. Hoy son la punta de lanza de su ejército, pero mañana podrían amanecer convertidos en rehenes.

LA CUESTIÓN UCRANIANA

Entre 1990 y 1998, la descomposición de Rusia alcanzó cotas alarmantes y condujo a la pérdida de control por parte del Estado ruso sobre poblaciones étnicamente rusas. En el caso de los países bálticos, el Cáucaso

y Asia central, zonas mayoritariamente no rusas, el retroceso puede interpretarse como una retirada imperial o una descolonización. En el caso de Bielorrusia, Ucrania y la mitad norte de Kazajstán, Rusia perdió una parte de su esfera de influencia tradicional. Bielorrusia nunca había existido como entidad estatal autónoma. El norte de Kazajstán tampoco; y, en los dos casos, la pérdida de control puede ser considerada como el efecto paradójico de una anarquía que respetó las fronteras creadas en la época soviética. El caso de Ucrania, con sus tres subpoblaciones –ucraniana uniata al Oeste, ucraniana ortodoxa en el centro y rusa al Este–, es más complejo. La posibilidad de una secesión definitiva era realista. Pero, probablemente, Huntington tiene razón cuando afirma, en contra de Brzezinski, que Ucrania está llamada a volver a la órbita rusa. Sin embargo, no podemos aceptar su simplista interpretación religiosa del fenómeno. La dependencia de Ucrania respecto a Rusia resulta de permanencias históricas mucho más densas y sutiles.

Tabla 11. Homicidio y suicidio en el mundo (por cada 100.000 habitantes)

	<i>Homicidio</i>	<i>Suicidio</i>	<i>Total</i>
Rusia 1998	22,9	35,3	58,2
Bielorrusia 1999	11,1	33,5	44,6
Ucrania 1999			
Estonia 1999	16,1	33,2	49,3
Letonia 1999	12,7	31,4	44,1
Lituania 1999	8,0	42,0	50,0
Azerbaiyán 1999	4,7	0,7	5,4
Kazajstán 1999	16,4	26,8	43,2
Kirguistán 1999	7,0	11,5	18,5
Uzbekistán	6,8	3,3	10,1
Tayikistán 1995	6,1	3,5	9,5
Turkmenistán 1998	8,4	6,9	15,3
Alemania 1998	0,9	14,2	15,1
Estados Unidos 1998	6,6	11,3	17,9

Finlandia 1998	2,4	23,8	26,2
Francia 1997	0,9	19,0	19,9
Hungría 1999	2,9	33,1	36,0
Japón 1997	0,6	18,6	16,2
Reino Unido 1998	0,7	7,4	8,1
Suecia 1996	1,2	14,2	15,4
Argentina 1994	4,6	6,4	11,0
Colombia 1994	73,0	3,2	16,2
México 1995	17,2	3,2	20,4
Venezuela 1994	15,7	5,1	20,8

Fuente: Anuarios demográficos de las Naciones Unidas.

Desde el punto de vista de Ucrania, la innovación siempre ha llegado de Rusia. En este caso nos enfrentamos a una constante histórica. La revolución bolchevique nació en Rusia y, más específicamente, en su parte históricamente dominante, un vasto espacio alrededor del eje Moscú-San Petersburgo. Allí nació el Estado ruso; de allí partieron todas las corrientes modernizadoras, desde el siglo XVI al XX. Y también allí tuvo lugar la ruptura liberal de los años noventa. El derrocamiento del comunismo y la ola reformista que le sucedió nacieron en Moscú y fueron vehiculados por la lengua rusa. Ucrania, separada de Rusia, no puede hacer otra cosa que avanzar muy lentamente por la vía de las reformas, y eso cualquiera que sea la agitación ideológica y verbal mantenida del Fondo Monetario Internacional.

Ucrania es, histórica y sociológicamente, una zona mal estructurada, difusa, que nunca ha estado detrás de un fenómeno importante de modernización. Esencialmente, es la periferia rusa, sometida a los impulsos del centro, y siempre caracterizada por su conservadurismo: antibolchevique y antisemita en 1917-1918, y más anclada en el estalinismo que Rusia desde 1990. Los occidentales, engañados por su posición geográfica al Oeste y por la presencia de una gran minoría religiosa uniata cercana al catolicismo, no comprendieron que Ucrania, al declarar su independencia, se aislaba de la revolución democrática moscovita y petersburguesa, por mucho que de esa forma se pusiese en situación de

obtener créditos occidentales. No exageremos, sin embargo, el conservadurismo periférico de Ucrania. Sus dificultades para salir del puro presidencialismo autoritario no son comparables a las de Kazajstán o Uzbekistán.

Sin embargo, el escenario propuesto por Brzezinski no es absurdo. En Ucrania existe la diferenciación cultural suficiente respecto a Rusia para que esta república se autodefiniera como específica. Pero, carente de una dinámica propia, Ucrania sólo puede escapar de Rusia pasando a la órbita de otra potencia. La potencia norteamericana está demasiado lejos y es demasiado incorpórea para servir de contrapeso ante Rusia. Europa es una potencia económica real, y Alemania su corazón, pero no es una potencia militar y política. Si Europa quiere llegar a serlo, no le conviene satelizar a Ucrania, porque va a necesitar del equilibrio ruso para emanciparse de la tutela norteamericana.

Podemos medir aquí la inexistencia concreta, económica, de Estados Unidos en el corazón de Eurasia: el poder de su oratoria no puede compensar la inmaterialidad de su producción, particularmente en un país en desarrollo como Ucrania. Dejando aparte sus exportaciones militares y algunos ordenadores, los Estados Unidos no tienen gran cosa que ofrecer. No exportan los bienes de producción y consumo que necesitan los ucranianos. En cuanto a su capital financiero, los Estados Unidos absorben más que invierten, privando al mundo en vías de desarrollo de los recursos liberados por Europa y Japón. Lo único que pueden hacer los Estados Unidos es producir la ilusión de ser una potencia financiera a través del control político e ideológico del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, dos instituciones de las que, dicho sea de paso, Rusia puede prescindir gracias a sus excedentes comerciales.

Por supuesto, los Estados Unidos pueden ofrecerse para consumir los bienes hipotéticamente producidos por Ucrania, pagándolos con el dinero que se han agenciado en Europa, Japón o cualquier otro sitio. Pero los intercambios comerciales revelan sobre todo la dependencia de Ucrania respecto a Rusia y Europa, y la exterioridad de Estados Unidos. En 2000, Ucrania importó bienes por valor de 8.040 millones de dólares de la Comunidad de Estados Independientes, y 5.916 millones de dólares del resto del mundo, principalmente de Europa^[6]. Los 190 millones en bienes y servicios provenientes de Estados Unidos representaron el 1,4 por 100 del

total[7]. Ese mismo año, Ucrania exportó bienes por valor de 4.498 millones de dólares a la CEI y 10.075 millones al resto del mundo, de los cuales sólo 872 fueron a parar a Estados Unidos, un 6 por 100 del total. Ucrania sólo cubre un 56 por 100 de sus intercambios con la CEI, pero es excedentaria en relación con el resto del mundo, con una tasa de cobertura del 170 por 100.

Y aquí es donde se percibe más claramente la inmaterialidad del imperio norteamericano: los Estados Unidos sólo cubren las importaciones que llegan de Ucrania en un 22 por 100. No olvidemos el aspecto dinámico del proceso: en su comercio con Ucrania, los Estados Unidos sólo son deficitarios desde 1994. En 1992 y 1993 fueron ligeramente excedentarios. El consumo es, cada vez con mayor claridad, la especialización fundamental de la economía norteamericana en el sistema internacional. Los Estados Unidos ya no están, es lo menos que podemos decir, en la situación de sobreproducción de la inmediata posguerra, y por eso no pudieron ser los autores del nuevo plan Marshall que hubieran necesitado los países que estaban saliendo del comunismo. Los Estados Unidos son, tanto en la antigua esfera soviética como en otros lugares, depredadores.

Nuestra única certeza sobre Ucrania es que no va a desplazarse. Su acercamiento a Rusia es tan verosímil como la imposibilidad de anexión pura y dura por parte de Moscú. Rusia, si su economía despegue, volverá a ser el centro de gravedad de un espacio más vasto que su propio territorio. La Comunidad de Estados Independientes podría convertirse en una fuerza política real y nueva, que combinase el liderazgo ruso y la autonomía de varias coronas sucesivas. Bielorrusia sería anexionada, Ucrania seguiría siendo autónoma, pero se convertiría en una segunda Rusia, pequeña o nueva. La noción de «todas las Rusias» resurgiría en la conciencia de los actores locales e internacionales. Armenia, más allá del Cáucaso, conservaría su estatus de aliada, encadenada a Rusia por miedo a Turquía, aliado privilegiado, aún durante algunos años, de Estados Unidos. Georgia se avendría a razones. Las repúblicas de Asia central volverían bajo su ala, evidentemente, Kazajstán, medio rusa, ocuparía un lugar particular en el dispositivo. La reaparición de Rusia como actor económico y cultural dinámico en esta región seguramente colocaría a las tropas situadas por Estados Unidos en Uzbekistán y en Kirguistán en una situación extraña. Ese proceso de reorganización crearía inmediatamente, al Este de la Comunidad

Europea ampliada, una segunda entidad plurinacional, en este caso provista de una fuerza directiva central: Rusia. Pero, en los dos casos, el carácter complejo del sistema político dificultaría cualquier comportamiento agresivo y cualquier intervención en un conflicto militar mayor.

LA DEBILIDAD COMO VENTAJA

Al hacer el retrato de una Rusia ideal y necesaria para el mundo he cargado un poco las tintas. Lo que acabo de describir es una nación virtual. Como hemos visto, por el momento, en Rusia la violencia privada está entre las más altas del mundo; el Estado lucha para mantener su capacidad de recaudar el impuesto y preservar la integridad de sus fronteras caucásicas. Rusia sigue sufriendo el cerco, más provocativo que efectivo, de los americanos en Georgia y Uzbekistán. En nombre de una ingenuidad perversa, la prensa occidental le reprocha sus medios de comunicación maniatados, sus grupos de jóvenes de extrema derecha; en suma, todas las imperfecciones de una nación dolorida que vuelve a ponerse en pie. Muchos de nuestros medios de comunicación, demasiado acostumbrados a la dulzura del subdesarrollo, se complacen proyectando la imagen de una Rusia inquietante.

Por su parte, los estrategas norteamericanos no cesan de explicar que, para garantizar nuestra seguridad a largo plazo, tenemos que hacer comprender a los rusos que su fase imperial ha terminado. Pero, diciendo esto, seguramente, nos revelan sobre todo sus propias preocupaciones imperiales. No es necesario ser un intelectual de alto nivel para comprender que Rusia ya no es una potencia en expansión. Cualquiera que sea la forma, democrática o autoritaria, que acabe adoptando su régimen, lo cierto es que Rusia está sufriendo una regresión demográfica. Su población disminuye, envejece, y este hecho nos autoriza a percibir a esa nación como un factor de estabilidad más que como una amenaza.

Desde un punto de vista norteamericano, esa tendencia demográfica ha producido una paradoja bastante curiosa. En un primer momento, la contracción de la población rusa, añadida al derrumbe de la economía, convirtió a Estados Unidos en la única superpotencia. Entonces sus dirigentes se entregaron al sueño de un imperio imposible, aguijoneados por la tentación de rematar al oso ruso. Más adelante, el mundo comprendió que

una Rusia debilitada no sólo ya no era inquietante, sino que se había convertido automáticamente en un factor de equilibrio frente a unos Estados Unidos demasiado poderosos, demasiado depredadores y demasiado erráticos en su estrategia internacional. Eso fue lo que permitió a Vladímir Putin declarar: «Nadie pone en duda el gran valor para Europa de sus relaciones con Estados Unidos. Pero creo que Europa consolidaría su reputación como potencia mundial realmente independiente... si asociase sus capacidades a las de Rusia —con los recursos humanos, territoriales y naturales, con el potencial económico, cultural y *defensivo* de Rusia—». El paréntesis es mío.

En el fondo, no estamos absolutamente seguros de que Rusia vaya a implantar una sociedad democrática, de que vaya a ilustrar para siempre, o al menos durante mucho tiempo, el sueño de Fukuyama sobre la universalización de la sociedad liberal. En ese sentido político no es completamente fiable. Pero en el plano diplomático es fiable por dos razones esenciales. Primero porque es débil. Paradójicamente, además de la estabilización interna de su país, ésa es la baza principal de Vladímir Putin, lo que le permite reinsertarse como aliado potencial en el juego de los europeos. Pero Rusia es también fiable porque, liberal o no, es de temperamento universalista, capaz de percibir de forma igualitaria y justa las relaciones internacionales. Combinado con la debilidad, que impide los sueños de dominación, el universalismo ruso no puede sino contribuir positivamente al equilibrio del mundo.

Un «realista» de la escuela norteamericana clásica, kissingueriano o no, ni siquiera necesitaría esta interpretación, muy optimista, de Rusia como polo de equilibrio. Para el realista estratégico, el contrapeso militar no tiene por qué ser moralmente bueno.

Los griegos, finalmente hartos de la potencia ateniense, acabaron pidiendo socorro a Esparta, que no era precisamente un modelo de democracia y libertad, pero tenía la cualidad de rechazar cualquier expansión territorial. Así acabó el imperio ateniense, derribado por los griegos y no por los persas. Sería irónico ver, en los próximos años, a Rusia desempeñando el papel de Esparta, ciudad oligárquica llamada a defender la libertad, después de haber desempeñado el de Persia, imperio multiétnico que amenazaba a todas las naciones. No conviene llevar demasiado lejos las comparaciones: el mundo de hoy es demasiado vasto y complejo para dar cabida a una

nueva guerra del Peloponeso. Simplemente porque Estados Unidos no tiene los medios económicos, militares o ideológicos para impedir que sus aliados europeos y japoneses recuperen su libertad si así lo desean.

-
- [1] OECD, *Economic Surveys 2001-2002, Russian Federation*, vol. 2002/5.
- [2] *Global Political Economy*, Princeton University Press, 2001, pp. 333-339.
- [3] La edición definitiva. La primera edición es de 1881-1882. Hay una reedición reciente en la colección «Bouquins», Robert Laffont, 1990.
- [4] Olivier Roy, *La nouvelle Asie centrale ou la fabrication des nations*, Le Seuil, 1997.
- [5] Olivier Roy, *La nouvelle Asie centrale, op. cit.*, y *L'Asie centrale contemporaine*, Presses universitaires de France, 2001.
- [6] La Documentation française, *Le Courrier des Pays de l'Est*, núm. 1020.
- [7] U.S. Census Bureau, <http://www.census.gov/foreign-trade/balance/c4623.html>.

CAPÍTULO VIII

La emancipación de Europa

En un primer momento, el atentado del 11 de septiembre fue para los europeos la ocasión de una hermosa demostración de solidaridad. Sus dirigentes insistieron en implicar formalmente a la OTAN, alianza defensiva dirigida contra Estados, en una mal definida «lucha contra el terrorismo». Durante el año siguiente al atentado, hemos asistido a una continua degradación de las relaciones entre europeos y norteamericanos, tan aparentemente misteriosa en sus causas profundas como inexorable en su desarrollo. La violencia de la acción terrorista puso de manifiesto una solidaridad. La guerra norteamericana contra el terrorismo, brutal e ineficaz, en lo que a métodos se refiere, y de oscuros objetivos reales, ha acabado poniendo de manifiesto un verdadero antagonismo entre Europa y Estados Unidos. La denuncia incansable de un «eje del mal», el apoyo constante a Israel y el desprecio hacia los palestinos han cambiado progresivamente la percepción europea de Estados Unidos. Hasta entonces factor de paz, los Estados Unidos se han convertido en un factor de desorden. Los europeos, durante mucho tiempo hijos leales de una potencia respetada, han acabado desconfiando de una irresponsabilidad paterna posiblemente peligrosa. Y hemos podido ver cómo se producía lo impensable, la emergencia progresiva, aunque incompleta, de una sensibilidad internacional común a franceses, alemanes y británicos.

La desconfianza hacia Estados Unidos por parte de los franceses no puede considerarse una novedad. Sin embargo, la evolución de los alemanes es asombrosa. Los dirigentes de Washington daban por supuesta la obediencia de los dirigentes de su protectorado principal en el Oeste, instrumento indispensable del poderío norteamericano en el continente. Esta creencia implícita se basaba en un doble sobreentendido: las bombas americanas arrasaron Alemania entre 1943 y 1945, y los alemanes son gente obediente por naturaleza, que se somete al más fuerte; por otra parte, sienten gratitud hacia Estados Unidos por haberlos protegido contra el comunismo y

permitido su desarrollo económico. La lealtad de Alemania parecía garantizada por los siglos de los siglos por una mezcla de fuerza e interés bien entendido.

La nueva vacilación del aliado británico no es menos sorprendente. El alineamiento de Gran Bretaña con Estados Unidos era, para los analistas estratégicos norteamericanos, algo natural, congénito, por decirlo así, resultante de una comunidad lingüística, de temperamento y civilización. La desenvoltura de Brzezinski cuando se refiere al apoyo británico es característica. La emergencia de un nuevo antiamericanismo inglés, a la derecha y la izquierda del espectro político, es un fenómeno paradójico, pues aparece justo después de una implicación sin precedentes junto a Estados Unidos. El Reino Unido consiguió permanecer al margen de la guerra de Vietnam. Pero la paradoja de un acercamiento y un alejamiento que se suceden en un breve intervalo de tiempo es clásica; todas las naciones europeas se han visto afectadas por ella en diferentes grados: al acercarse demasiado a algo o a alguien tomamos conciencia de una diferencia insoportable.

Un análisis detenido de la prensa del Viejo Continente, entre los países miembros de la Alianza Atlántica, ilustraría el incremento de una sensación de miedo y, después, de exasperación. No obstante, es más fácil demostrar el giro afectivo a través de sus efectos. Para la desesperación de los dirigentes militares y civiles norteamericanos, los europeos han terminado poniéndose de acuerdo sobre la fabricación de un Airbus destinado al transporte militar. Igualmente, han puesto en marcha el proyecto Galileo de detección vía satélite, destinado a romper el monopolio del sistema norteamericano GPS. Esta decisión permite calibrar la fuerza económica y tecnológica de Europa, pues requiere la puesta en órbita de una treintena de satélites. Cuando Europa quiere, es decir, cuando alemanes, británicos y franceses están de acuerdo, puede. En junio de 2002, Europa, con el acuerdo del Reino Unido y de Alemania, hasta se atrevió a amenazar a Estados Unidos con medidas de represalia detalladas tras la subida de los aranceles aduaneros para el acero. Las conferencias internacionales están ahora repletas de responsables norteamericanos —universitarios, militares o periodistas— irritados, por no decir amargados, que reprochan, explícitamente, a los europeos su incomprensión o su deslealtad, e, implícitamente, su riqueza, su potencia y su creciente autonomía.

No se puede explicar esta evolución en función de los acontecimientos de un solo año, que no son más que la punta del iceberg. Describir los recientes desencuentros políticos es estudiar los mecanismos de una toma de conciencia más que la sustancia del antagonismo. Hay fuerzas profundas en acción. Algunas acercan a los europeos a los americanos, otras los alejan. El análisis se complica en virtud de un aspecto importante del proceso en curso: *las fuerzas de aproximación y de disociación aumentan simultáneamente*. En Europa existe cierto deseo creciente de fusión con Estados Unidos, pero se ve contrarrestado, cada vez con mayor eficacia, por una necesidad de disociación que progresa aún más vigorosamente. Este tipo de tensiones son típicas de los divorcios inminentes.

LAS DOS OPCIONES: ¿INTEGRACIÓN IMPERIAL O INDEPENDENCIA?

Desde los días de la guerra, las relaciones de los dirigentes europeos con Estados Unidos son ambivalentes, al igual que la relación de los dirigentes de Washington con la construcción europea. Los norteamericanos necesitaban una reconciliación franco-alemana para garantizar la coherencia de la Alianza Atlántica en el continente, frente a los rusos; sin embargo, nunca se habían planteado que esa reconciliación podía conducir al nacimiento de una entidad estratégica competidora. El cambio que han experimentado los americanos, de la simpatía y el aliento a la desconfianza, después a la acritud y, por fin, a la oposición, es un proceso comprensible.

Lógicamente, los responsables europeos, por su parte, sintieron necesidad de la protección americana tras el golpe de Praga y la soviétización de Europa oriental. En nuestros días, una vez pasada la resaca de la Segunda Guerra Mundial y caído el comunismo, les invaden las dudas y la nostalgia de la independencia. Después de todo, desde el punto de vista de las clases dirigentes del Viejo Continente, cada historia nacional europea es más densa, más rica e interesante que la de Estados Unidos, que sólo tiene tres siglos. La conquista de los europeos del nivel de vida norteamericano sólo podía reavivar una duda sobre la legitimidad del liderazgo estadounidense y dar cuerpo al movimiento emancipatorio. Todo esto es aplicable, sin modificación alguna, a Japón, al otro lado de Eurasia.

Pero, a lo largo de los últimos veinte años, también han aparecido fuerzas

contradictorias que nos empujan hacia la integración total en el sistema norteamericano. La revolución liberal (reacción ultraliberal en la terminología izquierdista) ha generado una nueva tentación en las esferas superiores europeas. Como hemos visto, el mundo desarrollado está minado por el auge de las tendencias oligárquicas. Las nuevas fuerzas sociales emergentes necesitan un líder. En el mismo momento en que su papel militar deja de ser necesario, los Estados Unidos se convierten en el campeón planetario de una revolución no-igualitaria, de una mutación oligárquica que, comprensiblemente, seduce a las clases dirigentes de todas las sociedades del mundo. Lo que Estados Unidos ofrece ahora no es ya la protección de la democracia liberal, sino más dinero y más poder para aquellos que ya son los más ricos y poderosos.

Los dirigentes europeos del periodo 1965-2000 no llegaron a escoger entre las dos opciones, integración y emancipación. Liberalizaron la economía y unificaron el continente simultáneamente, colocando así a los norteamericanos en una situación original a comienzos del siglo XXI: la de no saber si sus vasallos son traidores o súbditos leales. Europa se ha convertido en una zona de libre comercio desprovista de protección tarifaria, si dejamos aparte los restos de una política agrícola común. Pero el euro está ahí y su caída en picado, del 25 por 100, frente al dólar entre su nacimiento y febrero de 2002 ha restablecido de hecho, y durante cierto tiempo, una protección de la economía europea respecto a Estados Unidos al bajar todos sus precios a la importación en un porcentaje equivalente. Los alaridos de los responsables y periodistas del Viejo Continente con ocasión del establecimiento por parte del gobierno Bush, durante la primera mitad del año 2002, de tarifas proteccionistas para el acero y de subvenciones para la agricultura sugieren que los dirigentes europeos no son en absoluto conscientes de las consecuencias de sus actos. No quieren ver que el euro actúa por sí mismo contra Estados Unidos; al principio con su bajada y, en una fase ulterior, con su subida, *porque realmente no han escogido entre la integración en el sistema norteamericano o la emancipación.*

La opción «integración imperial» implicaría, desde el punto de vista de las clases dirigentes europeas, una doble revolución mental: el enterramiento del concepto de nación y la concertación de un matrimonio imperial; por una parte, una renuncia a defender la independencia de sus pueblos, pero en

contrapartida, y en lo que a sus líderes se refiere, una integración de pleno derecho en la clase dirigente norteamericana. Ésta fue la pulsión que sacudió a buena parte de las elites francesas y europeas el 11 de septiembre, cuando todo el mundo se sentía «americano». Y también era el sueño de Jean-Marie Messier.

El expolio cada vez más frecuente de los europeos acaudalados a manos de Wall Street, las empresas y los bancos norteamericanos hace esta opción cada vez menos atractiva. Además, la emergencia de una verdadera eurofobia a la derecha del espectro político norteamericano nos lleva a preguntarnos si los Estados Unidos no estarán a punto de arreglar el asunto por su cuenta haciendo comprender a sus aliados que está fuera de cuestión que en el futuro lleguen a ser otra cosa que ciudadanos de segunda. La recuperación del diferencialismo norteamericano sólo afecta negativamente a los negros, los hispanos y los árabes. Pero, en menor medida, concierne también a europeos y japoneses.

La opción «emancipación» resultaría de la potencia económica objetiva del continente, del reconocimiento de valores comunes distintos de los de Estados Unidos. Esta opción reconoce a Europa la capacidad de garantizar por sí misma su defensa militar, algo realista a muy corto plazo. Europa es más potente industrialmente que Estados Unidos. Ya no tiene nada que temer de una Rusia muy debilitada. No obstante, *y esto es algo que nunca se dice*, debería alcanzar una verdadera autonomía estratégica aumentando su capacidad nuclear. Aunque desde luego el equilibrio del terror que sigue existiendo entre Estados Unidos y Rusia le proporciona tiempo más que suficiente para llevar a cabo ese incremento de su potencial nuclear si así lo desea. El único problema de fondo que padece Europa es su déficit demográfico y, por tanto, su tendencia al debilitamiento, no en relación con Rusia, sino con Estados Unidos.

Presentar dos opciones es sugerir la posibilidad de una elección. Es imaginar a unas clases dirigentes transformadas en actores conscientes, antropomorfos, por decirlo de alguna manera, capaces de decidir la dirección a seguir en función de sus intereses, sus gustos y sus valores. Semejantes maravillas existieron sin duda a lo largo de la historia: el Senado de la República romana, los líderes de la democracia ateniense en los días de Pericles, la Convención en la Francia de 1793, las elites imperiales victoriosas en tiempos de Gladstone y Disraeli, la aristocracia

prusiana bajo la autoridad de Bismarck. Pero nosotros no vivimos en una de esas grandes épocas. En última instancia, podemos evocar una conciencia de ese tipo entre las actuales clases superiores estadounidenses, con ciertas reservas, pues, cuando se enfrentan a una elección, siempre adoptan la solución más fácil, de forma que no se puede afirmar que realmente sea una elección. Pero en el caso de las clases dirigentes europeas que conservan cierta capacidad para tomar decisiones difíciles, exigentes, la fragmentación nacional excluye a priori toda posible ilusión sobre la existencia de un pensamiento colectivo.

Se trata de factores de peso, e inconscientes, que van a decidir las posiciones de Europa y Estados Unidos. La fuerza de las cosas, como se decía antes, va a separar a Europa de Estados Unidos.

CONFLICTO DE CIVILIZACIÓN ENTRE EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS

No obstante, las fuerzas de disociación no son sólo económicas. La dimensión cultural desempeña su papel, aunque, por otra parte, no es posible distinguir completamente la cultura de la economía. Europa está dominada por valores de agnosticismo, paz y equilibrio ajenos hoy por hoy a la sociedad norteamericana.

Ahí radica probablemente el error más grave de Huntington, en querer restringir la esfera de dominación norteamericana a lo que él llama Occidente. Buscando disfrazar la agresividad norteamericana con ropajes de civilización, apunta al mundo musulmán, la China confucionista y la Rusia ortodoxa, pero postula la existencia de una «esfera occidental» cuya naturaleza es muy incierta incluso desde sus propios presupuestos. Este Occidente de bazar fusiona a católicos y protestantes en un sistema cultural y religioso único. Esta fusión resulta chocante para alguien acostumbrado a trabajar sobre la oposición de las teologías y los rituales o, más simplemente, sobre las luchas entre creyentes de ambas religiones en los siglos XVI y XVII.

Dejando de lado la infidelidad de Huntington respecto a su propia variable, la religión, casi resulta demasiado fácil demostrar la oposición latente entre Europa y Estados Unidos partiendo de ese mismo criterio – utilizado, esta vez, correctamente y en el presente—. Los Estados Unidos

están atiborrados de fraseología religiosa, la mitad de sus habitantes dicen acudir al oficio del fin de semana, y un cuarto acude efectivamente. Europa, a su vez, es un espacio de agnosticismo donde la práctica religiosa tiende a cero. Pero la Unión Europea aplica mejor el mandamiento bíblico «No matarás». La pena de muerte ha sido abolida y la tasa de homicidio es muy baja, cercana a 1 por cada 100.000 habitantes al año. La ejecución de los condenados es algo rutinario en Estados Unidos, donde la tasa de homicidio, tras un ligero descenso, se ha situado entre 6 y 7 por cada 100.000 habitantes. Los Estados Unidos fascinan por su diferencia tanto o más que por su universalidad. Su violencia, que parece interesante en el cine, resulta insoportable cuando es exportada en forma de acción diplomática o militar. El universo de las diferencias culturales entre europeos y norteamericanos es casi infinito, pero un antropólogo está obligado a mencionar el estatus de la mujer norteamericana, castradora y amenazadora, que resulta tan inquietante para los varones europeos como la omnipotencia del hombre árabe para las mujeres europeas.

Sobre todo, hay que hablar de lo más profundo y antiguo que separa a las concepciones americanas y europeas: el mismo proceso de constitución de las sociedades, nivel de análisis en el que ya no se pueden distinguir en absoluto las costumbres de la economía, y al que conviene más el concepto de civilización.

Las sociedades europeas nacieron de la labor de generaciones de campesinos miserables, y sufrieron durante siglos los hábitos guerreros de sus clases dirigentes. No descubrieron la riqueza y la paz hasta un momento relativamente tardío. Podemos decir otro tanto de Japón y la mayor parte de los países del Viejo Mundo. Todas estas sociedades conservan, en una especie de código genético, una comprensión instintiva de la noción de equilibrio económico. En el plano de la moral práctica, todavía asocian las nociones de trabajo y recompensa; en el plano contable, las de producción y consumo.

La sociedad norteamericana es, en cambio, el producto reciente de una experiencia colonial muy exitosa, pero no testada por el tiempo: se ha desarrollado en tres siglos gracias a la llegada de una población ya alfabetizada a un suelo dotado de inmensos recursos minerales y muy productivo en el plano agrícola, pues era virgen. Aparentemente, Estados Unidos no ha comprendido que su éxito resulta de un proceso de

explotación y de gasto sin contrapartida de unas riquezas que no había creado.

La adecuada comprensión que tienen los europeos, los japoneses, o cualquier pueblo de Eurasia, de la necesidad de un equilibrio ecológico, o de un equilibrio de la balanza comercial, es producto de una larga historia campesina. En la Edad Media, europeos, japoneses, chinos e indios, por ejemplo, tuvieron que luchar contra el agotamiento del suelo, y comprobaron en sus carnes la escasez de los recursos naturales. En Estados Unidos, una población liberada del pasado descubrió una naturaleza aparentemente inagotable. La economía ha dejado de ser allí una disciplina que estudia la asignación óptima de unos recursos escasos, para convertirse en la religión de un dinamismo que se desinteresa por la noción de equilibrio. El rechazo por Estados Unidos del protocolo de Kyoto, así como la doctrina O'Neill sobre el carácter benigno del déficit comercial, resultan en parte de una tradición cultural. Los Estados Unidos siempre se han desarrollado agotando sus suelos, derrochando su petróleo, buscando en el exterior los hombres que necesitaban para trabajar.

EL MODELO SOCIAL NORTEAMERICANO AMENAZA A EUROPA

Las sociedades europeas están fuertemente arraigadas. La movilidad geográfica de las poblaciones es dos veces menor que en Estados Unidos, incluyendo Inglaterra, donde la proporción de habitantes que cambiaba de residencia en un año era, hacia 1981, de sólo 9,6 por 100, como en Francia (9,4 por 100) y Japón (9,5 por 100), contra el 17,5 por 100 de Estados Unidos^[1]. La inestabilidad residencial de la población norteamericana se considera a menudo una prueba de dinamismo, pero la improductividad actual de la industria norteamericana arroja una duda sobre la eficacia económica intrínseca de esos movimientos incesantes. Después de todo, los japoneses producen el doble moviéndose la mitad.

En el nivel infra-ideológico de las mentalidades, la relación de los ciudadanos europeos con el Estado era y sigue siendo una relación de confianza. Las diversas instituciones que lo encarnan nunca son consideradas enemigas, al contrario de lo que se observa en Estados Unidos, donde la ideología liberal no es más que la parte visible, y presentable, de una relación con el Estado que, en el nivel infra-ideológico

de las mentalidades, puede llegar a ser absolutamente paranoica. Incluso en Gran Bretaña, donde la revolución liberal ha sido mucho más importante que en Francia, Alemania o Italia, no se observa la existencia, como ocurre en Estados Unidos, de milicias armadas para resistir a las supuestas manipulaciones del Estado central, federal en la terminología americana[2]. La seguridad social es una pieza fundamental del equilibrio en todas las sociedades europeas. Por eso la exportación del modelo estadounidense de capitalismo desregulado constituye una amenaza para las sociedades europeas, lo mismo que para la sociedad japonesa, tan próxima en este sentido a sus lejanos primos europeos.

A lo largo de la década 1990-2000 se especuló mucho sobre las diferentes variedades del capitalismo, sobre la existencia en Alemania de un modelo industrial renano –que privilegiaba la cohesión social, la estabilidad, la formación de la mano de obra y la inversión tecnológica a largo plazo– opuesto al modelo liberal anglosajón, que fomenta el beneficio, la movilidad de trabajo y capital, el corto plazo. Japón, por supuesto con matices, está más cerca de Alemania, tanto por el modelo económico como por el tipo antropológico, la familia arquetípica, tan cara a Frédéric Le Play[3]. Entonces se especulaba sobre las ventajas e inconvenientes de cada modelo; la mayoría de los comentaristas señalaba la mayor eficacia de los tipos alemán o japonés en la década 1980-1990 y, en la década 1990-2000, una aparente remontada, ideológica más que industrial, del tipo anglosajón.

La cuestión de las ventajas y deficiencias económicas es, en cierto sentido, secundaria. El sistema norteamericano ya no puede asumir el abastecimiento de su propia población. Y, lo que es más grave, desde el punto de vista europeo, los incesantes intentos para adaptar las sociedades fuertemente arraigadas y estatalizadas del Viejo Continente a ese modelo liberal las está haciendo explotar. El ascenso de la extrema derecha en las sucesivas elecciones es muy significativo a este respecto. Dinamarca, los Países Bajos, Bélgica, Francia, Suiza, Italia y Austria ya se han visto afectadas. Un círculo negro parece rodear a Alemania, promovida de forma inesperada, si pensamos en los años treinta, a la condición de polo de resistencia al «fascismo». Por ahora Inglaterra es indemne, cosa explicable dada su mayor capacidad de adaptación al modelo ultraliberal. Pero el país está inquieto, y ha descubierto una renovada pasión por la intervención del Estado en la vida económica y social, ya se trate de educación, sanidad o la

gestión de los ferrocarriles. España y Portugal saben que sólo deben su inmunidad temporal a la extrema derecha a su relativo retraso económico.

Por el momento Alemania y Japón resisten. No porque esos dos países sean más aptos a la flexibilidad y a la inseguridad social, sino porque sus poderosas economías han protegido, hasta hace muy poco, a las masas obreras y populares. Podemos estar seguros de que una desregulación a la americana en esas naciones con fuerte cohesión social produciría un ascenso de la extrema derecha.

En este punto el equilibrio ideológico y estratégico da un vuelco: el tipo de capitalismo que se identifica con el modelo americano se convierte en una amenaza para las sociedades que más se habían resistido a él. Durante un tiempo beneficiarias del librecurso, las potencias industriales mayores que son Japón y Alemania se ven ahora asfixiadas por la insuficiencia de la demanda mundial. La tasa de paro se está elevando hasta en Japón. Las clases obreras ya no encuentran protección frente a la presión de la globalización. La preponderancia ideológica del ultraliberalismo ha provocado la emergencia, en el interior de esas mismas sociedades, de un discurso contestatario potencialmente destructor del equilibrio mental y político.

La prensa económica norteamericana no deja de reclamar una reforma de esos sistemas «no modernos», «cerrados», pero cuyo único error verdadero es ser demasiado productivos. En las fases de depresión mundial, las economías industriales más potentes siempre sufren más que las economías atrasadas o infraproductivas. La crisis de 1929 golpeó el corazón de la economía norteamericana a causa de su potencia industrial de la época. Los Estados Unidos escasamente productivos del año 2000 están mejor armados para afrontar un déficit de la demanda. Los artículos de la prensa económica americana que reclaman la modernización de los sistemas alemán y japonés no dejan de tener su gracia: cabría preguntarse cómo funcionaría la economía mundial si Alemania y Japón empezasen a producir déficits comerciales de tipo americano. El hecho es que la presión ideológica norteamericana y la preponderancia de las concepciones liberales en la organización de los intercambios a escala mundial se están convirtiendo en un problema de fondo para los dos aliados más importantes de Estados Unidos, para las dos economías industriales más exportadoras. La estabilidad del sistema norteamericano se apoyaba al principio en la

dominación de esos dos pilares fundamentales, Alemania y Japón, conquistados durante la Segunda Guerra Mundial y después domesticados. Los Estados Unidos, arrastrados por su déficit, su fracaso y su angustia, a una nueva intolerancia, se están ganando su enemistad.

En Europa, lo importante es el nuevo comportamiento de Alemania, potencia económica dominante. La revolución liberal americana amenaza mucho más la cohesión social alemana que el modelo republicano francés, de costumbres más liberales y que combina individualismo y la seguridad del Estado. Si pensamos en términos de «valores sociales», el conflicto entre Francia y Estados Unidos sólo es un conflicto a medias; en cambio, la oposición entre las concepciones norteamericana y alemana es absoluta. El viaje de George W. Bush a Europa en mayo de 2002 fue un fiel reflejo de ese desfase franco-alemán. Las manifestaciones contra su llegada fueron mucho más importantes en Alemania que en Francia. Los franceses, lastrados por el recuerdo del general de Gaulle, se creían hasta hace muy poco los únicos capaces de defender su independencia. Les cuesta imaginar a Alemania rebelándose en nombre de sus propios valores. Pero la emancipación de Europa, si llega a producirse, le deberá tanto a Alemania como a Francia.

Los europeos son muy conscientes de los problemas que les plantea Estados Unidos, cuya masa los protege y los oprime al mismo tiempo desde hace muchos años. Sin embargo, son escasamente conscientes de los problemas que ellos le plantean a Estados Unidos. Las burlas hacia Europa, gigante económico sin conciencia ni acción política, son frecuentes. Esa crítica, a menudo justificada, olvida sin embargo que la potencia económica existe en sí misma, y que los mecanismos de integración y concentración derivados producen espontáneamente efectos estratégicos a medio o largo plazo. Por eso Estados Unidos se sentía amenazado, ya antes de la puesta en marcha del euro, por el aumento del potencial económico de Europa.

LA POTENCIA ECONÓMICA EUROPEA

Aunque estimula los intercambios de bienes entre continentes, en la práctica, el librecurso no produce un mundo unificado. La globalización planetaria no es más que una dimensión secundaria del proceso. La realidad estadística es la intensificación de los intercambios prioritarios entre países

próximos y la constitución de regiones económicas integradas de escala continental: Europa, América del Norte y Central, América del Sur, Extremo Oriente. Las reglas del juego liberal fijadas bajo liderazgo norteamericano tienden a destruir así la hegemonía de Estados Unidos, induciendo a la constitución de bloques regionales separados de América del Norte.

Europa se está convirtiendo en una potencia autónoma casi a su pesar. Desde el punto de vista americano, hay cosas peores: la acción de las fuerzas económicas hace que Europa esté también condenada a anexionarse nuevos espacios en sus márgenes por un efecto de contigüidad y difusión. Europa expresa su fuerza casi a su pesar. Su peso económico continental la lleva a borrar progresivamente el poder político y militar de Estados Unidos, a englobar con su masa física real, por ejemplo, las bases norteamericanas.

Desde un punto de vista estratégico, se puede ver el mundo de dos formas: atendiendo a lo militar parece que los Estados Unidos aún existen en el Viejo Mundo, atendiendo a lo económico se hace evidente el carácter cada vez más marginal de su presencia, no sólo en Europa, sino en toda Eurasia.

Desde una óptica militar, tendremos que enumerar de nuevo los diferentes asentamientos americanos en el planeta, en Europa, Japón, Corea u otros lugares. Si nos dejamos impresionar fácilmente, podremos convencernos de que los 1.500 soldados extraviados en Uzbekistán, o los 12.000 encerrados en la base de Bagram, en Afganistán, cuentan algo en el plano estratégico. Mi impresión personal es que esos dos asentamientos son sucursales bancarias poco productivas que sirven para distribuir algunos subsidios entre los jefes de los clanes locales. Éstos siguen detentando el verdadero poder, en este caso el de no entregar a los terroristas que buscan, o hacen como que buscan, los norteamericanos. Esas transferencias financieras son modestas pero suficientes: el subdesarrollo de aquellas regiones es tal que permite pagar a los mercenarios locales a precio de saldo.

Si adoptamos una visión económica de las cuestiones estratégicas, y nos trasladamos a la parte del mundo que realmente se está desarrollando, allí donde nacen industrias, donde las sociedades despiertan y se democratizan, en los márgenes de Europa, por ejemplo, la inexistencia económica y material de Estados Unidos se convierte en un fenómeno flagrante.

Vamos a situarnos en la periferia de la zona euro para considerar tres

países clave para Estados Unidos en el plano militar:

- Turquía, aliado fundamental, un baluarte entre Europa, Rusia y Oriente Medio.
- Polonia, legítimamente apresurada por entrar en la OTAN y olvidar definitivamente una dominación rusa muy anterior a la dictadura comunista.
- Reino Unido, aliado natural de Estados Unidos.

Por supuesto, es posible imaginar a esos tres países, como hacen esos niños grandes que son en el fondo los estrategias militares, como posiciones fuertes y estables de la estrategia norteamericana por el control del mundo. En el universo infantil de Donald Rumsfeld, por ejemplo, sólo cuenta la fuerza física. Pero si pasamos del patio de recreo militar al mundo de los equilibrios económicos reales, contemplaremos a Turquía, Polonia y el Reino Unido como a tres países que están ya en la zona de influencia de la zona euro. El Reino Unido comercia 3,5 veces más con la Europa de los doce que con Estados Unidos, Turquía 4,5 veces más, Polonia 15 veces más. En caso de conflicto comercial grave entre Europa y Estados Unidos, Polonia no tendría elección alguna, y Turquía muy pocas. En cuanto al Reino Unido, cualquier enfrentamiento directo con la Europa continental exigiría cierta dosis de heroísmo económico –del que es perfectamente capaz.

Tabla 12. Intercambios comerciales de Turquía, Polonia y el Reino Unido
(en millones de dólares)

2000	Turquía		Polonia		Reino Unido	
	<i>import.</i>	<i>export.</i>	<i>import.</i>	<i>export.</i>	<i>import.</i>	<i>export.</i>
Estados Unidos	7,2	11,3	4,4	3,1	13,4	15,8
Europa de los 12	40,8	43,4	52,3	60	46,6	53,5
Rusia	7,1	2,3	9,4	2,7	0,7	0,4
Japón	3	0,4	2,2	0,2	4,7	2
China	2,5	0,3	2,8	0,3	2,2	0,8

Fuente: OCDE, *Estadísticas mensuales del comercio internacional*, noviembre 2001.

La situación no es estática. Si introducimos datos históricos relativos al periodo 1995-2000, veremos que Polonia está siendo absorbida por la zona euro. Turquía, como la mayoría de países del mundo, exporta más hacia Estados Unidos de lo que importa de allí. Como en otras ocasiones, Estados Unidos se esfuerza en desempeñar su papel de consumidor omnívoro. El Reino Unido, pese a su pertenencia original a la esfera de intercambio europea, en los últimos cinco años se ha acercado ligeramente a Estados Unidos. La marcha hacia el euro, mal concebida y deflacionista, ha tenido desde ese punto de vista un efecto disuasivo en vez de atractivo.

El examen de estas cifras pone de manifiesto el poder del factor de contigüidad territorial en el desarrollo de los intercambios comerciales. La globalización existe en dos niveles, uno mundial, otro regional; pero antes que nada, como temen los analistas estratégicos norteamericanos, es una regionalización por continente o subcontinente. En la medida en que es un proceso realmente global, hace que los Estados Unidos aparezcan como un consumidor de bienes y financiación más que como una contribución positiva. La estricta lógica matemática sugiere que a través de esas interacciones de contigüidad geográfica, la globalización, sus efectos más profundos, desplazan hacia Eurasia el centro de gravedad económico del mundo y tienden a aislar a los Estados Unidos.

La acción de esas fuerzas, al principio estimulada por Estados Unidos, favorece la emergencia de una Europa integrada, de hecho potencia dominante en una región mejor situada estratégicamente que aquella otra cuyo centro es Estados Unidos. El desarrollo de Europa oriental, de Rusia, de países musulmanes como Turquía o Irán y, potencialmente, toda la cuenca mediterránea, parecen estar convirtiendo a Europa en un polo natural de crecimiento y poder. Su proximidad con el Golfo Pérsico sin duda representa para los «pensadores» de la política norteamericana la amenaza más dramática para la posición de Estados Unidos en el mundo.

La técnica del escenario de crisis permite visualizar mejor la interacción de los equilibrios de fuerza económicos y militares. ¿Qué pasaría si Europa, potencia económica dominante para Turquía, presionase a esta última para que retirase al ejército estadounidense su autorización para utilizar la base de Incirlik en el marco de una agresión contra Iraq? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Pasado mañana? El alineamiento de Turquía al lado de Europa conduciría a una dramática disminución del potencial norteamericano en Oriente

Próximo. Los europeos actuales no conciben tales escenarios, los americanos los imaginan.

LA PAZ CON RUSIA Y EL MUNDO MUSULMÁN

Al contrario que Estados Unidos, Europa no tiene problemas particulares con el mundo exterior. Mantiene una interacción comercial normal con el resto del planeta, comprando las materias primas y la energía que necesita, pagando esas importaciones con los ingresos obtenidos de sus exportaciones. *Su interés estratégico a largo plazo es entonces la paz.* Ahora bien, la política exterior de Estados Unidos está, cada vez más, estructurada por dos conflictos principales con dos adversarios que son vecinos inmediatos de Europa. Uno, Rusia, es el obstáculo fundamental para la hegemonía norteamericana, pero es demasiado fuerte para ser abatido. El otro, el mundo musulmán, es un adversario insignificante que sirve para la puesta en escena teatral de la potencia militar norteamericana. Dado que Europa tiene interés por la paz, particularmente con sus dos principales vecinos, sus objetivos estratégicos prioritarios se oponen radicalmente a los norteamericanos.

En la medida en que los países del Golfo tienen que vender su petróleo para que sus poblaciones se incrementen, Europa no tiene por qué temer un embargo. En cambio, no puede aceptar indefinidamente el desorden alimentado por Estados Unidos e Israel en el mundo árabe. La realidad económica sugiere que esa región del mundo debería pasar a una esfera de cooperación centrada en Europa que excluyese absolutamente a Estados Unidos. Turquía e Irán lo han comprendido perfectamente. Pero no nos equivoquemos: esa situación reúne todos los elementos necesarios para un verdadero antagonismo a medio plazo entre Europa y Estados Unidos.

Europa sólo puede intentar multiplicar los terrenos de entendimiento con Rusia, que, según indican todos los datos, se está convirtiendo en un socio razonable, muy debilitado económica y militarmente, pero gran exportador de petróleo y gas natural. La impotencia estratégica de Estados Unidos frente a Rusia atenúa la contradicción. Los Estados Unidos se ven obligados continuamente, después de un acto de agresión, a demostraciones de amistad hacia Rusia impuestas por el miedo a ver cómo europeos y rusos les dejan completamente de lado en las futuras negociaciones.

En lo que se refiere al islam, los desmanes norteamericanos no dejan de agravarse y se hacen muy concretos. El mundo musulmán aporta a Europa una parte importante de sus inmigrantes: pakistaníes en Inglaterra, magrebíes en Francia, turcos en Alemania, por citar sólo los grupos más importantes. Los hijos de esos inmigrantes son ciudadanos de los países de acogida, incluida Alemania, donde acaba de ser aprobado un derecho de suelo similar al francés. Europa debe mantener una relación de paz y buena armonía no sólo por razones de proximidad geográfica, sino también para garantizar su paz interna. En este punto, los Estados Unidos generan tanto desorden interno como internacional. Con los ataques de jóvenes magrebíes desfavorecidos contra sinagogas, durante el primer trimestre del año 2002, Francia fue la primera en experimentar la desestabilización causada por la política americano-israelí, aunque las causas profundas de la revuelta proceden de la estructura cada vez más desigual de la misma sociedad francesa. No hay razón para pensar que Alemania, con sus turcos y, más aún, Inglaterra, con sus pakistaníes, vayan a escapar en los próximos años a la acción desestabilizadora de los Estados Unidos.

LA PAREJA FRANCO-ALEMANA... Y SU AMANTE INGLESA

Invocar a Europa, su poder, su creciente antagonismo hacia Estados Unidos, es utilizar un concepto cuyo sentido no está bien definido: una región económica, una esfera de civilización, un conjunto de naciones, o, en suma, para permanecer en la indefinición más absoluta, una entidad en movimiento. La integración económica continúa en nuestros días. La entidad atrae por su masa y su éxito a nuevos miembros en Europa del Este y parece destinada, pese a todas las dificultades, a absorber a Turquía. Pero este proceso espontáneo de expansión económica tiene como primer efecto político una desorganización. La ampliación económica deja al sistema institucional en una situación de impotencia. La persistencia de las naciones, encarnada por las lenguas, los sistemas políticos, las mentalidades, hace muy difícil la puesta a punto de procedimientos de decisión aceptables para el conjunto de los miembros.

Desde el punto de vista de la estrategia mundial, tal evolución podría ser percibida como el comienzo de un proceso de desintegración. Además, hace verosímil la emergencia de un proceso simplificado de liderazgo a tres

bandas en el continente: el Reino Unido, Francia y Alemania constituyen un triunvirato dirigente. Tras algunos años de desencuentro, la reconciliación franco-alemana es muy verosímil. El papel del Reino Unido sería absolutamente nuevo, pero hay que considerarlo como una posibilidad. No debemos asumir el error inicial de Brzezinski, que asegura que Gran Bretaña, a diferencia de Francia y Alemania, no es un «jugador estratégico» y que «su política no requiere una atención elevada». El papel de la cooperación franco-británica en la elaboración de una política militar europea es tal que esa opinión puede ser calificada de desafortunada.

Entre 1990 y 2001, las relaciones franco-alemanas no fueron buenas. Al crear una Alemania de 80 millones de habitantes y una Francia disminuida de sólo 60 millones, la unificación desequilibró Europa. La unificación monetaria, que hubiera debido representar una marcha hacia el optimismo, fue concebida para atar a Alemania. Para tranquilizar a ésta, los europeos aceptaron criterios de gestión exageradamente rigurosos y años de estancamiento. Alemania, por su lado, un poco ebria tras recuperar la unidad, no desempeñó un papel apaciguador durante ese periodo, sobre todo durante la desintegración de Yugoslavia. Esa fase ha terminado. Primero porque Alemania está evolucionando hacia una mayor flexibilidad y hedonismo, y se está acercando a Francia en el plano de las mentalidades.

Pero volvamos al terreno del realismo político, de los equilibrios de fuerzas. La crisis demográfica devuelve a Alemania, inexorablemente, a la escala común de las grandes naciones europeas. El número de nacimientos es ligeramente inferior que en Francia. Ambos países tienen otra vez prácticamente el mismo tamaño. Las elites alemanas son conscientes de ese retorno a la media. La fiebre de la unificación ha pasado, los dirigentes alemanes saben que su país no será *la* gran potencia europea. Las dificultades concretas de la reconstrucción en la antigua RDA han contribuido a ese regreso al realismo.

Francia, por su parte, desde que ha dejado de estar paralizada por la política del franco fuerte, desde que fue liberada económicamente por el euro, ha recobrado, gracias a una situación demográfica más favorable, cierto dinamismo y la confianza en sí misma. En suma, en la actualidad se dan todas las condiciones para una reactivación de la cooperación franco-alemana en un verdadero clima de confianza.

Pero, una vez más, debemos constatar la preponderancia de una cierta

fuerza de las cosas. El reequilibrio demográfico no ha sido decidido; ha sobrevenido, por la misma evolución de las sociedades, y se presenta para los dirigentes como algo dado. El reequilibrio demográfico franco-alemán no es, por otra parte, más que uno de los aspectos de la estabilización demográfica mundial. Más al Este, la regresión demográfica rusa está aplacando mecánicamente la antigua inquietud, alemana o europea, de verse engullidos por una nación-continente en expansión demográfica.

El declive demográfico ruso, el estancamiento alemán y el relativamente buen comportamiento de la población francesa están reequilibrando el conjunto de Europa, entendida en sentido amplio, en un proceso inverso al que la desestabilizó a principios del siglo XX. Entonces, el estancamiento demográfico galo, combinado con la expansión de la población alemana, hizo de Francia una nación temerosa. Al Este, la expansión aún más rápida de Rusia engendró una verdadera fobia en Alemania. Ahora la fecundidad es baja en todas partes. Esa debilidad plantea problemas específicos, pero al menos tiene el mérito de apaciguar esta parte del mundo de manera casi automática. Si los índices de fecundidad se mantienen así de bajos durante mucho tiempo, asistiremos a una verdadera crisis demográfica que amenazará la prosperidad del continente europeo. En un primer momento, la caída de la presión demográfica facilitó, sin que nadie se diese mucha cuenta de ello, el proceso de fusión de las economías nacionales europeas por el librecambio, borrando de la conciencia de los actores el miedo al desequilibrio político y a la agresión.

Cualquier hipótesis sobre el comportamiento futuro del Reino Unido será bastante arriesgada. La pertenencia simultánea a dos esferas, una anglosajona, otra europea, forma parte de su naturaleza.

La revolución liberal afectó a Inglaterra más violentamente que a cualquier otra nación europea, aunque hoy los británicos sueñen con volver a nacionalizar sus ferrocarriles y reforzar, mediante dotaciones presupuestarias razonables, su sistema sanitario. Los lazos entre los Estados Unidos e Inglaterra van mucho más allá de esa estrecha dimensión socioeconómica: la lengua, el individualismo y un sentido congénito, por decirlo así, de la libertad política. Todo eso es evidente, pero puede hacernos perder de vista algo igual de evidente. Los ingleses perciben mejor que los demás europeos, no sólo los defectos de Estados Unidos, sino su evolución. Si Estados Unidos tiene problemas, serán los primeros en

saberlo. Los ingleses son los aliados preferentes de los norteamericanos, pero también están más expuestos que los demás a la presión ideológica y cultural venida de ultramar, porque no disponen, contrariamente a alemanes, franceses, etc., de ninguna protección natural como el idioma. He aquí el dilema británico: no sólo sufren la tirantez entre Europa y Estados Unidos, sino que su relación con éstos es particularmente problemática.

Lo que es seguro es que la decisión británica de aceptar el euro o rechazarlo será capital, no sólo para Europa, sino también para Estados Unidos. La integración a la zona euro de la plaza financiera y bancaria de Londres, principal polo financiero del Viejo Mundo, sería un golpe terrible para Nueva York y para Estados Unidos, habida cuenta de su dependencia de los flujos financieros mundiales. En el actual estado de deficiencia productiva de la economía norteamericana, la entrada de la City en el sistema europeo central realmente podría hacer que el equilibrio del mundo se tambalease. Sería bastante irónico que, al final, Gran Bretaña, ignorada por Brzezinski, acabase de golpe con la hegemonía estadounidense tomando partido por Europa.

[1] L. Long, «Residential mobility differences among developed countries», *International Regional Science Review*, 1991, vol. 14, núm. 2, pp. 133-147.

[2] Anthony King, «Distrust of government: explaining American exceptionalism», en Susan J. Pharr y Robert D. Putnam, *Disaffected Democracies*, Princeton University Press, 2000, pp. 74-98.

[3] Economista e ingeniero (1806-1882), uno de los fundadores de la sociología francesa y creador del «método monográfico». Principal representante del catolicismo social, conservador y tradicionalista, su doctrina tuvo mucha influencia durante la segunda mitad del siglo XIX [N. del T.].

FINAL DE PARTIDA

Pese a todo el dolor de una transición educativa y demográfica que termina, el planeta tiende hoy a la estabilidad. El Tercer Mundo, pese a sus accesos de fiebre ideológica y religiosa, está en camino hacia el desarrollo y la democratización. Ninguna amenaza global requiere una actividad particular de Estados Unidos para la protección de las libertades. Una sola amenaza de desequilibrio global pesa hoy sobre el planeta: los mismos Estados Unidos, que de protectores han pasado a convertirse en depredadores. Precisamente ahora que su utilidad política y militar ha dejado de ser evidente, Estados Unidos ha comprendido que ya no puede prescindir de los bienes producidos por el planeta. Pero el mundo es demasiado vasto, demasiado poblado, demasiado diverso, y está atravesado por fuerzas incontrolables. Ninguna estrategia, por inteligente que sea, conseguirá que los Estados Unidos transformen su situación semiimperial en un imperio de hecho y de derecho. Estados Unidos es demasiado débil económica, militar e ideológicamente. Por eso cada uno de sus movimientos destinados a afianzar su influencia sobre el mundo engendra consecuencias negativas que debilitan un poco más su postura estratégica.

¿Qué ha ocurrido durante la última década? La situación tradicional nos había acostumbrado a la presencia de dos imperios bien reales y enfrentados entre sí. Un día, uno de ellos se desmoronó: el imperio soviético. El otro, el americano, también estaba inmerso en un proceso de descomposición. La brutal caída del comunismo produjo, sin embargo, la ilusión de un aumento del poder de Estados Unidos, ahora absoluto. Tras el derrumbamiento soviético, y después ruso, Estados Unidos creyó poder extender su hegemonía a todo el planeta, cuando en realidad su capacidad para controlar su propia esfera ya se estaba debilitando.

Para alcanzar una hegemonía planetaria estable, hubiera sido necesario que Estados Unidos reuniese dos condiciones en el campo de los equilibrios de fuerza reales:

Primero mantener intacta la influencia sobre los protectorados europeo y

japonés, que constituyen los verdaderos polos económicos, dado que la economía real se define por la producción más que por el consumo.

Y después, doblegar definitivamente la potencia estratégica rusa: obtener la total desintegración de la antigua esfera soviética y la desaparición completa del equilibrio del terror nuclear, quedando Estados Unidos como único país capaz de un ataque nuclear, de forma unilateral y sin riesgo de represalias, contra cualquier nación del mundo.

Ninguno de esos dos objetivos ha sido alcanzado. El avance de Europa hacia la unidad y la autonomía no ha sido frenado. Japón, más discretamente, conserva su capacidad para actuar solo, si un día le apetece. En cuanto a Rusia, en la actualidad se está estabilizando y, pese a tener que enfrentarse con el neoimperialismo teatral de Estados Unidos, ha empezado a modernizar su aparato militar y ha vuelto a jugar al ajedrez con eficacia e imaginación en el tablero diplomático.

Al no poder controlar a las verdaderas potencias de su tiempo –sujetar a Europa y Japón en el terreno comercial, anular a Rusia en el nuclear y militar–, los Estados Unidos han tenido que optar por una acción militar y diplomática ejercida contra las no-potencias, para escenificar un simulacro de imperio: el «eje del mal» y el mundo árabe, dos esferas cuya intersección es Iraq. La acción militar, por sus niveles de intensidad y de riesgo, queda ahora a medio camino entre la guerra real y el videojuego. Estados Unidos está llevando a cabo embargos contra países incapaces de defenderse y sigue bombardeando ejércitos insignificantes. Aunque pretende concebir y producir armamentos cada vez más sofisticados, capaces de la precisión de un videojuego, en la práctica se contenta con bombardeos pesados dignos de la Segunda Guerra Mundial contra poblaciones civiles desarmadas. El nivel de riesgo es casi insignificante para el ejército de Estados Unidos, pero no es nulo para las poblaciones civiles norteamericanas, pues la dominación asimétrica engendra reacciones terroristas llegadas de las zonas dominadas. La más exitosa de ellas fue la del 11 de septiembre.

Ese militarismo demostrativo, que debía probar la incapacidad técnico-militar de todos los demás actores mundiales, ha acabado inquietando a las verdaderas potencias que son Europa, Japón y Rusia, y fomentando su acercamiento mutuo. Es en este punto donde el juego americano se revela más contraproducente. Los dirigentes de Estados Unidos creyeron que el riesgo era, como máximo, un acercamiento entre Rusia, potencia mayor,

China e Irán, potencias menores, cuya consecuencia hubiera sido la perduración del control norteamericano sobre los protectorados europeo y japonés. Pero a lo que se arriesgan realmente, si no se tranquilizan, es a un acercamiento entre una potencia nuclear mayor, Rusia, y las dos potencias industriales dominantes, Europa y Japón.

Europa va siendo consciente, lentamente, de que Rusia no sólo ya no es una amenaza estratégica, sino que se está convirtiendo en una contribución para su seguridad militar. ¿Quién puede afirmar con absoluta sinceridad que Estados Unidos hubiera permitido a los europeos lanzar el euro, una terrible amenaza a medio plazo para su abastecimiento financiero, y el proyecto Galileo, que romperá el monopolio americano de los sistemas de posicionamiento global, si no existiese el contrapeso estratégico ruso? Es la razón profunda por la cual la extensión de la OTAN hacia el Este ha perdido sentido, o ha cambiado de sentido. Al principio, la integración de las antiguas democracias populares en la OTAN sólo podía ser interpretado como un acto agresivo contra Rusia, extraño en el contexto del desmoronamiento digno y pacífico de la Unión Soviética. Entonces se hablaba de la asociación simbólica de Rusia a la OTAN, hoy recogida en los textos, mera presentación cosmética de un proceso de acoso sistemático. Pero la integración de Rusia a la esfera de consulta y, por qué no, de decisión de la OTAN se está convirtiendo poco a poco en una opción atractiva para los europeos, en la medida en que institucionalizaría la existencia de un contrapeso estratégico al poder estadounidense. Se comprende por qué a los norteamericanos les interesa cada vez menos la OTAN y prefieren «actuar solos» en el terreno del militarismo teatral.

El control de los campos petrolíferos del Golfo Pérsico o Asia central se presenta como el objetivo racional de la acción norteamericana en la esfera de los países débiles. Pero sólo es racional en apariencia, pues la actual dependencia norteamericana es universal, y no simplemente petrolera. Pero es precisamente aquí donde la acción de Estados Unidos produce las consecuencias negativas más impresionantes. La inquietud y la agitación alimentadas por los americanos en el Golfo, su voluntad manifiesta de controlar los recursos energéticos de los europeos y los japoneses, sólo pueden llevar a ambos protectorados a considerar, cada vez más, a Rusia, otra vez segundo productor de petróleo mundial y primer productor de gas natural, como un socio necesario. Por su parte, Rusia se beneficia del

aumento sistemático del curso del petróleo, estimulado a intervalos regulares por la agitación norteamericana en Oriente Próximo, un regalo del cielo por el que Rusia sólo puede felicitarse. La agitación y la incertidumbre alimentadas por la diplomacia estadounidense no consiguen nada más que aumentar la entrada de divisas en Rusia gracias a la exportación de petróleo.

Una concertación más sistemática entre europeos y japoneses, igualmente enfrentados al control americano de sus suministros energéticos, parece cada vez más ineluctable. Las similitudes entre las economías europea y japonesa, todavía industriales, sólo pueden conducir a un acercamiento. Es lo que revelan, en particular, las tendencias recientes de la inversión japonesa directa en el extranjero —compra o fundación de empresas—. En 1993, Japón invirtió 17.500.000 de yenes en Estados Unidos y sólo 9.200.000 en Europa. En 2000, las proporciones se invirtieron: 27.000.000 en Europa y sólo 13.500.000 en América del Norte^[1].

Para los interesados en los modelos teóricos, la acción norteamericana supone una maravillosa ocasión para estudiar la inviabilidad de las retroalimentaciones negativas cuando un actor estratégico se asigna un objetivo que ya no está a su alcance. Cada paso que dan los norteamericanos para asegurarse el control del planeta les sitúa ante nuevos problemas.

El juego es lento, porque todas las potencias —y no sólo Estados Unidos— presentan deficiencias fundamentales. Europa está minada por la falta de unidad y la crisis demográfica, Rusia por su estado de debilitamiento económico y demográfico, Japón por su aislamiento y su situación demográfica. Por eso la partida no terminará con un mate que simbolice la victoria de una única potencia, sino con un «rey ahogado» que formalizará la incapacidad de todas ellas para dominar. Juntas Europa, Rusia y Japón representan más de dos veces y media el potencial norteamericano. El extraño activismo de Estados Unidos en el mundo musulmán empuja continuamente a las tres potencias del Norte a un acercamiento a largo plazo.

El mundo que está a punto de nacer no será un imperio controlado por una sola potencia. Se tratará de un sistema complejo, en el que un conjunto de naciones o metanaciones de escalas equivalentes, aunque no iguales, encontrarán el equilibrio. Ciertas entidades, como el polo ruso, seguirán teniendo en el centro una sola nación. Y lo mismo podemos decir de Japón,

minúsculo en el mapa pero cuyo producto industrial es igual al de Estados Unidos, y que podría, si lo desease, construir en quince años una fuerza militar con una tecnología igual o superior a la norteamericana. A muy largo plazo, China se sumará a este grupo. A su vez, Europa es un conjunto de naciones con una pareja líder franco-alemana en el centro, pero su potencia efectiva dependerá de la participación británica. América del Sur parece destinada a organizarse bajo el liderazgo brasileño.

DEMOCRACIAS Y OLIGARQUÍAS

El mundo nacido del desmoronamiento del imperio soviético y la descomposición del sistema norteamericano no será uniformemente democrático y liberal, como sueña Fukuyama. No obstante, no volverá de ninguna manera a un totalitarismo de tipo nazi, fascista o comunista. La continuación de la historia humana está garantizada por un doble movimiento. El mundo en vías de desarrollo camina hacia la democracia, empujado en ese sentido por la alfabetización, que engendra sociedades culturalmente homogéneas. Por su parte, el mundo desarrollado de la tríada está, en diversos grados, corroído por cierta tendencia oligárquica, fenómeno engendrado por la emergencia de una nueva estratificación educativa que compartimenta la sociedad en «superiores», «inferiores» y diversas variedades de «intermedios».

No exageremos sin embargo el efecto antidemocrático de esta estratificación educativa no igualitaria: los países desarrollados siguen estando alfabetizados y condenados a gestionar la contradicción entre alfabetización masiva, de tendencia democrática, y estratificación universitaria, de tendencia oligárquica.

El establecimiento de un neoproteccionismo sobre la base de las grandes regiones o metanaciones definida más arriba fortalecería la tendencia democrática, favoreciendo, en el terreno de la actividad económica y el reparto del presupuesto nacional (o metanacional), a obreros e ingenieros.

El librecurso absoluto, que acentúa la desigualdad de ingresos, supondría un triunfo del principio oligárquico. El control norteamericano del sistema engendraría un fenómeno cuyas primeras manifestaciones ya pudieron observarse entre 1995 y 2000, la transformación del pueblo americano en una plebe imperial, abastecida de bienes industriales por todo

el planeta. Pero, como he intentado explicar, la culminación de este proceso imperial es poco verosímil.

COMPRENDER ANTES DE ACTUAR

¿Qué hacer, tanto al nivel del ciudadano como al del hombre de Estado, si estamos dominados por fuerzas económicas, sociológicas e históricas que nos superan?

Para empezar, aprender a ver el mundo tal como es, escapar a la influencia ideológica, a la ilusión del instante, a la «falsa alerta permanente» (como decía Nietzsche) alimentada por los medios de comunicación. Percibir los equilibrios de fuerza reales, que ya es mucho. En todo caso, significa conquistar la posibilidad de no actuar a contracorriente. Los Estados Unidos no son una hiperpotencia. En la situación actual, sólo pueden aterrorizar a las naciones débiles. En lo que respecta a los enfrentamientos realmente globales, es Estados Unidos quien está a merced de un entendimiento entre europeos, rusos y japoneses. Éstos tienen la posibilidad teórica de estrangular al gigante americano. Los Estados Unidos, por su parte, no pueden vivir sólo de su actividad económica, que necesita subsidios para mantener su nivel de consumo: en el momento presente, y al ritmo de crecimiento actual, 1.200 millones de dólares al día. Si se volviesen demasiado inquietantes, serían los Estados Unidos quienes deberían temer un embargo.

Ciertos estrategas norteamericanos lo saben, pero sospecho que los europeos aún no son conscientes de la violencia estratégica de algunas de sus decisiones. El euro en particular, nacido en el conflicto y la incertidumbre, será en el futuro, si es que aguanta, una amenaza permanente para el sistema norteamericano. De hecho, el euro ha creado una colectividad económica cuya masa es comparable o superior a la de Estados Unidos, capaz de una acción uniforme en una sola dirección, y con fuerza suficiente para perturbar los equilibrios o, más bien, agravar los desequilibrios de Estados Unidos.

Antes del euro, Estados Unidos podía contar, hiciese lo que hiciese, con un fenómeno de asimetría. Las variaciones del dólar actuaban sobre el conjunto del mundo. Las de las pequeñas monedas se compensaban y no tenían consecuencias para los Estados Unidos. Éstos viven ahora bajo la

amenaza de los movimientos globales unidireccionales. Por ejemplo: la caída del euro desde su creación a febrero de 2002. Ese proceso, ni deseado ni previsto, coincidió con una fuga de capitales hacia Estados Unidos; pero tuvo como consecuencia la bajada de los precios europeos en un 25 por 100. De hecho, el euro levantó una barrera tarifaria. Las posteriores protestas contra la subida de los aranceles aduaneros norteamericanos sobre los productos siderúrgicos revela cierta mala fe por parte de los europeos. Peor aún, revela el desconocimiento de su potencia efectiva. Los amos protestan como si fuesen los sirvientes. Análogamente, la subida del euro puede favorecer a largo plazo a la industria americana, pero, en contrapartida, también puede cerrarle de golpe el grifo de capital financiero a Estados Unidos, y a muy corto plazo.

La existencia del euro conducirá a una mayor concentración económica entre naciones europeas y a la probable emergencia de una política presupuestaria común inédita hasta ahora. Si este proceso no llega a culminar, el euro desaparecerá. Pero los europeos deben saber que la emergencia de una política presupuestaria a escala continental tendrá consecuencias macroeconómicas a escala planetaria y romperá el monopolio norteamericano de la regulación coyuntural. Si los europeos empiezan a impulsar políticas globales de reactivación, aniquilarán al mismo tiempo el único servicio real que los Estados Unidos prestan al mundo, el mantenimiento keynesiano de la demanda. Si Europa se convierte en un polo autónomo de regulación keynesiana, lo cual es deseable, romperá de hecho el sistema americano.

No me atrevería a examinar en unas pocas páginas los innumerables efectos e interacciones que un cambio de comportamiento así implicaría para los flujos financieros y migratorios a escala planetaria. Pero el resultado de conjunto es fácil de prever: en Eurasia, más cerca del centro del mundo, aparecería un polo de regulación, y también es posible imaginar el agotamiento de los flujos materiales, monetarios y migratorios que nutren hoy a los Estados Unidos. Éstos tendrían que vivir como las demás naciones, equilibrando sus cuentas exteriores, exigencia que implicaría un descenso del 15 ó 20 por 100 del nivel de vida efectivo de su población. Esta evaluación no pierde de vista el hecho de que sólo las mercancías importadas y exportadas tienen valor internacional. La mayoría de bienes y servicios actualmente contabilizados en el PNB norteamericano no tienen

valor en los mercados internacionales y, de hecho, están muy sobrevalorados.

La perspectiva de tal ajuste no tiene nada de terrorífico. Un descenso del nivel de vida de esas dimensiones no es en absoluto comparable con el que experimentó Rusia (más del 50 por 100) tras la extinción del comunismo, y eso partiendo de un PNB por cabeza notablemente inferior al de Estados Unidos. La economía norteamericana es flexible por naturaleza, y podemos confiar en una adaptación rápida y beneficiosa para el conjunto del sistema mundial. El análisis crítico de las presentes tendencias no debe hacernos olvidar las cualidades intrínsecas de Estados Unidos, ya se trate de su flexibilidad económica o de su apego al principio de libertad política. Pergeñar una concepción razonable de los Estados Unidos no puede ser en ningún caso pretender deshacerse de ellos, rebajarlos, ni ninguna otra actitud violenta y fantasiosa. Lo que el mundo necesita no es que los Estados Unidos desaparezcan, sino que vuelvan a ser ellos mismos, democráticos, liberales y productivos. En la medida de lo posible, pues en la historia humana, como en la de las especies animales, nunca se produce una vuelta atrás completa verdaderamente *in statu quo ante*. Los dinosaurios no regresaron nunca. Los Estados Unidos auténticamente imperiales y generosos de los años cincuenta tampoco volverán nunca.

Más allá de la correcta percepción de la realidad del mundo, ¿qué podemos *hacer*? Modestamente, actuar al margen para facilitar una transición que se está produciendo por sí misma. Ninguna política internacional puede, en el estado actual de los equilibrios de fuerza económicos, demográficos y culturales mundiales, influir en el curso de la historia. Sólo se puede intentar facilitar la emergencia de una superestructura política razonable evitando al máximo los enfrentamientos violentos.

En el estado de incertidumbre en el que se encuentran hoy la economía y la sociedad norteamericanas, la existencia de un equilibrio del terror nuclear sigue siendo necesaria, ya sea a cargo del potencial ruso o mediante la creación de una fuerza de disuasión europea.

Europa y Japón, que pueden pagar sus importaciones, deben negociar directamente con Rusia, Irán y el mundo árabe la seguridad de su suministro petrolífero. No hay razón alguna para implicarse en un intervencionismo militar teatral a la americana.

Las Naciones Unidas, lo mismo como representación ideológica que como organización política, deben ser el instrumento de la concertación general. Desde ese punto de vista, los Estados Unidos, tan hostiles a la ONU, han percibido la amenaza correctamente. Para que la gran organización internacional fuese más eficaz, tendría que integrar y formalizar mejor los equilibrios de fuerza económicos reales. En un mundo en el que la guerra es económica, la ausencia en el Consejo de Seguridad, como miembros permanentes, de dos naciones mayores como Japón y Alemania es una aberración. Su ausencia expresa simplemente su sujeción al sistema norteamericano.

Exigir un asiento para Japón es simplemente cuestión de sentido común. Como único país que ha sufrido un ataque nuclear, y hoy por hoy fundamentalmente pacifista, es depositario de una auténtica legitimidad. Sus concepciones económicas, muy diferentes de las del mundo anglosajón, sólo pueden ser un contrapeso útil a todo el planeta. Para Alemania la situación no es tan simple, porque las naciones europeas están excesivamente representadas en el Consejo de seguridad y no se trata de agravar el desequilibrio concediendo un puesto suplementario. Francia tiene aquí una oportunidad para mostrarse inteligente y compartir su asiento con Alemania. La representación compartida tendría mucho más peso que la actual: la pareja franco-alemana podría realmente ejercer un derecho al veto.

La deslocalización de ciertas instituciones mundiales desde Estados Unidos hacia Eurasia contribuiría igualmente a ese ajuste de la superestructura política mundial a la realidad económica del mundo. La creación de nuevas instancias internacionales es sin duda una vía más simple, menos conflictiva, que el desplazamiento del FMI o del Banco Mundial, instituciones actualmente muy devaluadas en el ánimo de todos.

Estas propuestas de acción no son nada más que un reflejo institucional de lo esencial, la toma de conciencia de la realidad de los equilibrios de fuerzas económicas en el mundo. Si el planeta tiende hacia el equilibrio y el apaciguamiento mediante la acción natural de las fuerzas demográficas, culturales y políticas, ninguna gran estrategia es realmente necesaria. Pero hay que evitar a toda costa olvidar que hoy por hoy, igual que en el pasado, las verdaderas fuerzas son de orden demográfico y educativo, y el verdadero poder, de orden económico. No sirve de nada extraviarse en el

espejismo de una competición militar con Estados Unidos, de una pseudocompetición militar, que nos conduzca a intervenir continuamente en países sin importancia estratégica real. No debemos cambiar el concepto de «teatro de operaciones» por el de «operaciones teatrales», como ha hecho el ejército norteamericano. Intervenir en Iraq a su lado sería representar un papel secundario en un sangriento vodevil.

Ningún país consiguió, en el siglo XX, aumentar su poder mediante la guerra, ni con el aumento de sus fuerzas armadas. Francia, Alemania, Japón y Rusia han perdido mucho en ese juego. Los Estados Unidos salieron vencedores del siglo porque supieron, durante un largo periodo, evitar implicarse en los conflictos militares del Viejo Mundo. Sigamos el ejemplo de aquellos primeros Estados Unidos, los que triunfaron. Atrevámonos a hacernos fuertes rechazando el militarismo y concentrándonos en los problemas económicos y sociales internos de nuestras sociedades. Dejemos que los Estados Unidos actuales, si tanto lo desean, agoten la energía que les queda en su «lucha contra el terrorismo», ersatz de lucha por el mantenimiento de una hegemonía que ya no existe. Si se obstinan en demostrar al mundo su omnipotencia, sólo conseguirán demostrarle su impotencia.

[1] <http://www.jin.jac.02.jp/stat/stats/08TRA42.html>.

POSTFACIO

(2004)

Después del imperio apareció en Francia a comienzos del mes de septiembre de 2002. Los acontecimientos transcurridos desde esa fecha han confirmado sobradamente la interpretación y las predicciones propuestas entonces. Incluso se puede hablar de una aceleración del proceso de descomposición, pues la administración Bush parece insistir en aplicar metódicamente un programa de deslegitimación y destrucción del sistema estratégico norteamericano. Los Estados Unidos, hasta hace muy poco factor de orden internacional, están resultando ser, cada vez más, un factor de desorden. Desde este punto de vista, la entrada en guerra con Iraq y la ruptura de la paz mundial han representado una etapa decisiva. La tesis del «micromilitarismo teatral» ha quedado perfectamente ilustrada por la guerra de agresión desencadenada por la primera potencia mundial contra un enano militar: Iraq, un país subdesarrollado de veinticinco millones de habitantes, extenuado por más de una década de embargo. El circo mediático no debe ocultar una realidad fundamental: el tamaño del adversario elegido define la realidad de la potencia estadounidense. Atacar a un rival débil no implica definirse de forma convincente como fuerte. La tesis central de este libro es que, al atacar a enemigos insignificantes, lo que pretende es seguir siendo la potencia indispensable para el mundo. Pero el mundo no necesita una potencia militarista, alborotadora, inestable y ansiosa que proyecta su desorden interno sobre el planeta.

Por su parte, los Estados Unidos ya no pueden pasarse sin el mundo. Su déficit comercial ha venido aumentando desde la publicación de *Después del imperio*. Hoy, el país es estructuralmente deficitario en los intercambios de bienes de tecnología avanzada. Su dependencia de los flujos financieros procedentes del exterior se ha agravado. Si Estados Unidos lucha, escenificando su actividad guerrera simbólica en el corazón de Eurasia e intentando, así, olvidar y hacer olvidar su debilidad industrial, sus necesidades de dinero fresco y su carácter predador es, en efecto, para mantener su centralidad financiera. Lejos de haber reforzado su liderazgo

sobre el mundo, la guerra ha producido, contra todos los pronósticos de la administración de Washington, una rápida degradación del estatus internacional de Estados Unidos.

En primer lugar, ha agravado la crisis de una economía mundial mal gestionada por su potencia reguladora. La propia economía estadounidense es percibida, cada vez más, como un objeto misterioso: ya no se sabe demasiado bien cuáles de sus empresas son totalmente reales y cuáles no. ¿Cómo es que la mirífica «productividad» de esta economía desemboca en unas importaciones siempre en alza, signo característico de improductividad? Ya no se sabe cómo funciona o parece funcionar todo esto. ¿Qué efecto tendrá un tipo de interés cero sobre los diversos componentes de esta economía posmoderna? La inquietud de los medios dirigentes norteamericanos es palpable. Día tras día, la prensa sigue con inquietud la evolución del dólar. Ni siquiera se sabe si la economía estadounidense resistirá el impacto de la guerra de Iraq, que, aunque menor en el plano estrictamente militar, resulta costosa en el plano económico, pues los «aliados» ya no quieren pagar, como hicieron durante la guerra del Golfo. Los déficits internos y externos de Estados Unidos se disparan: los dirigentes del mundo entero se preguntan cada vez más si la potencia reguladora central de la economía mundial no se está saltando, simple y llanamente, las reglas de la racionalidad capitalista. El aventurerismo no es solo militar, también financiero. Y cabe predecir que, en los años o en los meses que vienen, las instituciones y los grupos europeos y asiáticos que han invertido en Estados Unidos van a perder mucho dinero, dado que la caída de la Bolsa no es sino la primera etapa de la volatilización de los activos extranjeros en los Estados Unidos. El dólar baja, con algunos sobresaltos, pero ningún modelo económico permite decir hasta dónde lo hará, porque su estatus de moneda de reserva es cada vez más incierto y porque su valor intrínseco es muy pequeño, ya que hay pocos bienes reales que comprar en Estados Unidos.

Sin embargo, el fracaso principal de Estados Unidos en la fase actual es ideológico y diplomático. Pues, lejos de estar a punto de dominar el planeta, están perdiendo el control que ejercían sobre él. Lejos de aparecer como un líder del mundo libre, los Estados Unidos entraron en Iraq sin el consentimiento de Naciones Unidas e incurriendo en una flagrante violación del derecho internacional. El sistema estratégico norteamericano

ya había empezado a disgregarse antes incluso de su ataque contra Iraq.

Alemania, cuya sumisión era considerada por los políticos y los periodistas norteamericanos como algo obvio, dijo no a la guerra, marcando, de algún modo, el inicio del giro de Europa hacia la autonomía estratégica. De este modo, le dio a Francia la posibilidad de comenzar a desempeñar eficazmente su papel en la ONU para retrasar la guerra estadounidense. Durante la negociación de la resolución 1441 sobre el armamento iraquí, estuvimos muy cerca de la realización pragmática de una de las proposiciones finales de *Después del imperio*, a saber, la posibilidad de que Francia compartiese con Alemania su asiento permanente en el Consejo de Seguridad, así como su derecho al veto. Pues sin la oposición de Alemania a la guerra, Francia no habría podido hacer nada.

Por otra parte, el éxito de *Después del imperio* en Francia y en Alemania contribuye a demostrar que el acercamiento de estos dos países no es superficial, ocasional, producto de las circunstancias, estrictamente intergubernamental, sino que está emergiendo una sensibilidad política común. La eficacia de la pareja francoalemana no expresa, sin embargo, sino la globalidad del sentimiento europeo. La acción de Berlín y París no podía prescindir del acuerdo tácito de los otros pueblos de la Unión Europea. En el estadio actual, los Gobiernos de la periferia del sistema europeo experimentan cierto retraso en lo que se refiere a la concienciación sobre los intereses estratégicos de la nueva entidad continental, pero no así los pueblos cuya oposición a la guerra norteamericana ha sido homogénea y masiva, algo tan evidente en España como en Italia, Polonia o Hungría.

Durante este episodio, la ceguera de las élites diplomáticas y periodísticas estadounidenses ha sido extrema: no en vano, declararon que Alemania estaba aislada, precisamente en el momento en que esta, gracias a su acto de independencia y su apego a la paz, recuperaba una fuerte legitimidad internacional.

Una segunda predicción que adelantaba en *Después del imperio* y se ha verificado es el acercamiento entre Europa y Rusia a raíz del alarmante comportamiento militarista de Estados Unidos. El acercamiento entre París, Berlín y Moscú puede resultar algo inquietante para las naciones de la Europa del Este que acaban de escapar a la dominación soviética y se encuentran en la extraña situación de haberse unido a la OTAN apenas unos

meses después de la descomposición de aquella. Era inevitable que Hungría, Polonia y las demás naciones que acaban de escapar de la órbita soviética viviesen ese giro estratégico con temor y dudasen un momento en cerrar filas con Francia y Alemania.

Rusia ha recuperado su equilibrio, está muy debilitada y ha dejado de ser imperialista. Su interés reside en la colaboración estratégica con Europa sobre una base igualitaria. Las antiguas «democracias populares» comprenderán pronto que Estados Unidos no puede hacer nada por ellas estratégicamente, ya que su producción es deficitaria y es incapaz de protegerlas de otro modo que no sea con palabras. Para ellas, la verdadera seguridad solo puede pasar por una adhesión plena y firme a Europa, y por una participación activa en la política de defensa común europea. Por otra parte, la guerra no ha tenido ninguna influencia sobre las decisiones importantes de las nuevas democracias de Europa del Este, que, una tras otra, se han adherido a la Unión Europea por referéndum. Con motivo de esta crisis, Rusia ha salido del aislamiento diplomático heredado de la guerra fría.

La defección más sorprendente, no obstante, ha sido la de Turquía, que le negó el acceso a su territorio a las tropas norteamericanas. Este pilar militar de la OTAN escogió su interés nacional en vez del apoyo de Estados Unidos. No puede haber un ejemplo mejor de la debilidad real de Estados Unidos, cuya causa profunda debemos señalar aquí.

Cada vez que un aliado ha desertado, durante la crisis diplomática, el Gobierno de Washington ha demostrado ser incapaz de reaccionar, de ejercer su supuesto poder de coacción o su capacidad para tomar represalias, por una razón muy simple: Estados Unidos ya no tiene medios económicos y financieros para sufragar su política exterior. El dinero real, acumulado por los excedentes comerciales, está en Europa y en Asia; financieramente hablando, Norteamérica ya no es más que un glorioso mendigo planetario. Cualquier amenaza de embargo por parte de Estados Unidos, cualquier amenaza de interrupción de los flujos financieros, por supuesto catastrófica para la economía mundial, alcanzaría *primero* a los Estados Unidos, tan dependientes del mundo como son, ellos mismos, para sus aprovisionamientos de toda clase. Es por esto por lo que el sistema diplomático norteamericano se disgrega, por etapas, sin que los Estados Unidos puedan reaccionar de otro modo que mediante un aumento de su

actividad belicosa contra potencias más débiles. El verdadero poder es el económico y Estados Unidos ya no la tiene. Cuando un actor nacional deja de seguirle el juego y le dice «no»... para sorpresa general, no pasa nada. Francia, por ejemplo, no será castigada porque Estados Unidos no tiene medios para ello. En cuanto a Alemania, su capacidad financiera es tal que los Estados Unidos han intentado olvidar que fue uno de sus oponentes más determinados...

El Reino Unido, por su parte, ha participado en la guerra, dándole así una extraña coloración étnica anglosajona a la coalición militar, que, probablemente, ha perjudicado mucho a la imagen de Estados Unidos. Para las demás naciones del planeta, resulta imposible identificarse con un conflicto que parece una guerra entre pueblos anglosajones y árabes. Sin embargo, el comportamiento del Reino Unido a medio plazo sigue siendo una incógnita. La política de alineamiento con el Gobierno norteamericano es intensamente destructiva para su posición internacional. Y la decisión gubernamental no debe hacernos olvidar que la opinión pública británica se opuso a la guerra antes de que esta estallase. Pero está claro que la evolución de Estados Unidos engendra en Gran Bretaña una verdadera crisis de identidad –cultural y política–, mucho más importante que la que antaño engendrara el nacimiento de Europa.

Es muy posible que los mismos Estados Unidos, cuya crisis no ha hecho sino comenzar, conduzcan a los británicos a cierta forma de cansancio, de repulsa diplomática y militar, y a abrazar su identidad europea. La eurofobia de las élites norteamericanas no dejará inmune a Inglaterra que, en el fondo, para Estados Unidos representa la quintaesencia de Europa, su verdadero origen.

Evidentemente, la oposición de Francia, Alemania y Rusia no ha impedido la guerra de Iraq, lo que, paradójicamente, es una verdadera lástima para Estados Unidos. Enfrentado al rechazo de los aliados, el Gobierno norteamericano habría podido tener el valor de dar marcha atrás para evitar una pérdida total de legitimidad y liderazgo. Sin embargo, de una forma un poco infantil, prefirió entrar en guerra para no «caer en descrédito». Hoy, los Estados Unidos están empantanados en Iraq. Han perdido hombres, tiempo y dinero. Con su comportamiento amenazante, han acelerado la integración de Europa y han conseguido que el

acercamiento entre esta y Rusia sea irreversible. Así pues, George W. Bush y los neoconservadores pasarán a la historia como los grandes liquidadores del imperio norteamericano.

Akal Pensamiento crítico

PINCHE
AQUÍ

*"Una colección que
radiografía la crisis de
hegemonía neoliberal"*

